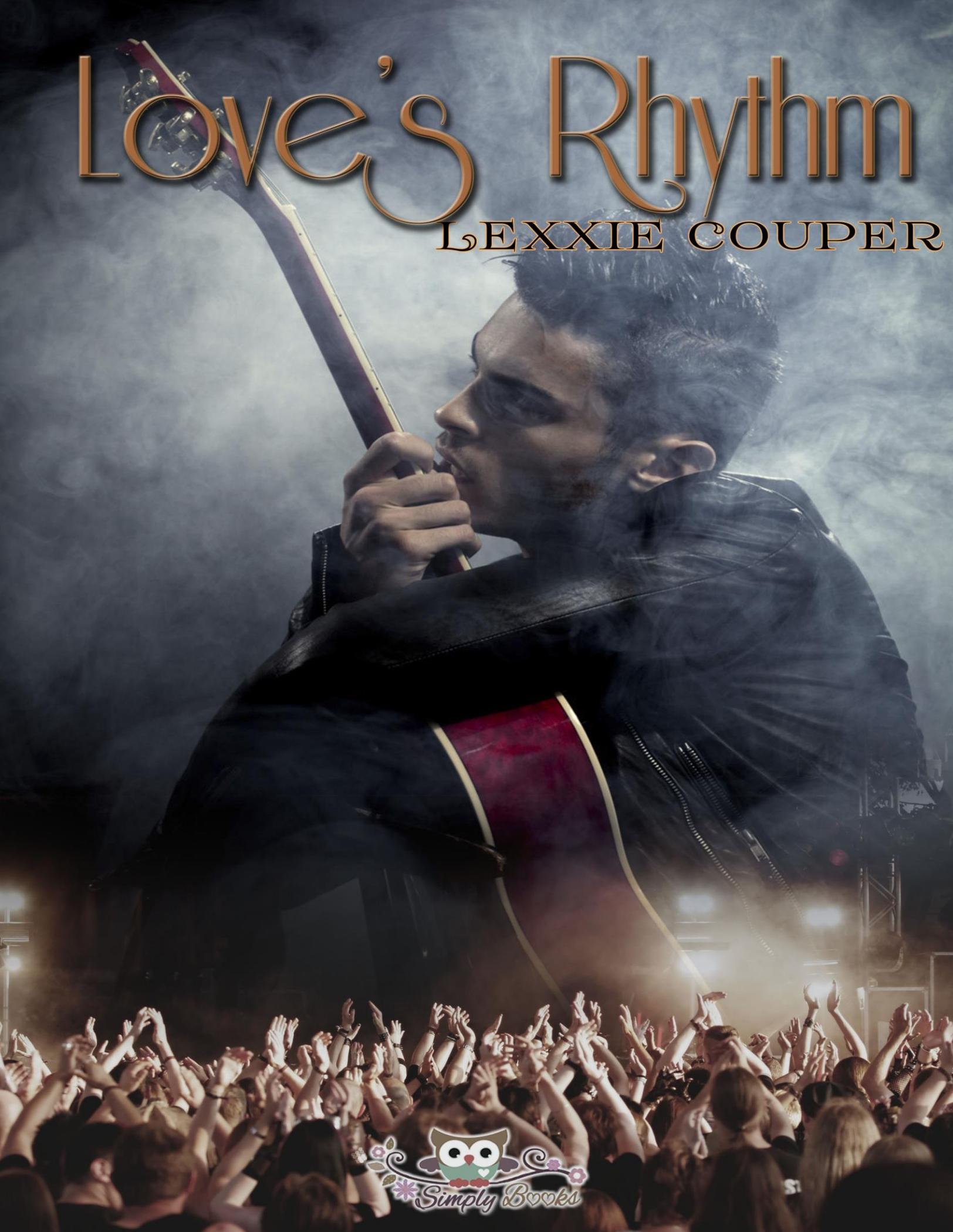
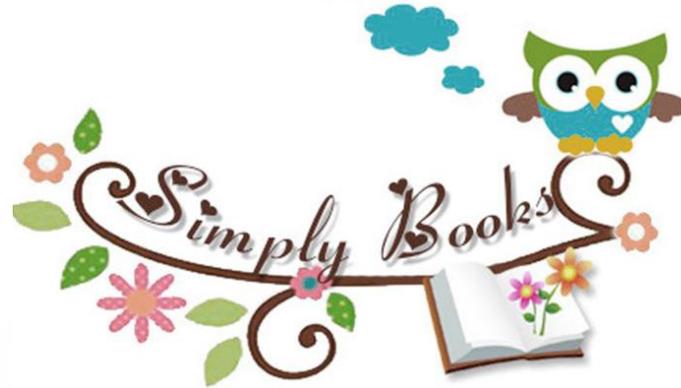


Love's Rhythm

LEXXIE COUPER



Este libro llega a ti
gracias a



¡Descubre tu próxima aventura!





MODERADORA DE TRADUCCIÓN

Mir

TRADUCTORAS

<i>Bluedelacour</i>	<i>melusanti</i>	<i>Sol Brillante</i>
<i>Elena Ashb</i>	<i>Mir</i>	<i>Vettina</i>
<i>Kachii Andree</i>	<i>Mona</i>	<i>Gracekelly</i>
<i>Malu_12</i>	<i>Nelly Vanessa</i>	<i>Steffanie</i>
<i>MaryJane♥</i>	<i>nElshICA</i>	

MODERADORA DE CORRECCIÓN

Francatemartu

CORRECTORAS

<i>Nony_mo</i>	<i>Susanauribe</i>
<i>Sttefanye</i>	<i>Malu_12</i>
<i>francatemartu</i>	<i>Akanet</i>

REVISIÓN FINAL & DISEÑO

Francatemartu



Índice



SINOPSIS	CAPÍTULO 7
DEDICATORIA	CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 1	CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 2	CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 3	CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 4	CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 5	PRÓXIMO LIBRO
CAPÍTULO 6	BIOGRAFÍA DE LA AUTORA



Sinopsis



*S*u música mueve el mundo. ¿Puede el amor mover su corazón?

Nick Blackthorne sabe todo acerca de las palabras del amor. Son la razón por la que es la mayor estrella de rock del mundo. ¿La ironía? Le dio la espalda al amor hace mucho tiempo, atraído por las trampas de la fama.

Una invitación a la boda de un amigo es un claro recordatorio en cuán sin sentido se ha convertido su vida. Cuando entra a esa iglesia, hay una sola mujer que quisiera en su brazo, la que él abandonó hace toda una vida. Pero primero tiene que encontrarla, incluso si todo lo que ella acepta de él es una disculpa.

La maestra de Jardín de Infantes, Lauren Robbins, una vez llegó a tener lo que toda mujer en el planeta desea. A Nick. Su pasión era explosiva, su romance el material para canciones y tomó quince años conseguir olvidarlo. Luego de la nada Nick aparece en su puerta, y todos esos años negando su dolor por él se hacen añicos con un sencillo y ardiente beso.

Pero la pasión líquida no puede esconder el secreto que ha mantenido durante todos estos años. Porque ya no es sólo su corazón en la línea y no es sólo su vida la que va a ser sacudida por la revelación.

Advertencia: ¿Recuerdas tu primer enamoramiento en una estrella de rock? Ahora agrégale sexo ardiente, pasión cruda e innegable, desgarradores orgasmos. Y secretos.



Dedicatoria



Para las lectoras que amaron a Nick tanto como yo y querían que tuviera su propio Felices Por Siempre.



Lo siento en mi corazón

Como un ritmo

Como una maldición.

Tengo que correr a ti, nena

Tengo que correr.

"Tengo que correr"

Nick Blackthorne



Capítulo 1

Traducido por Mir
Corregido por francatemartu

Más Uno.

Nick Blackthorne leyó de nuevo las dos palabras escritas con adornada escritura en relieve de oro. Por enésima vez, de hecho, desde la recepción de la invitación actualmente en su mano.

Más Uno.

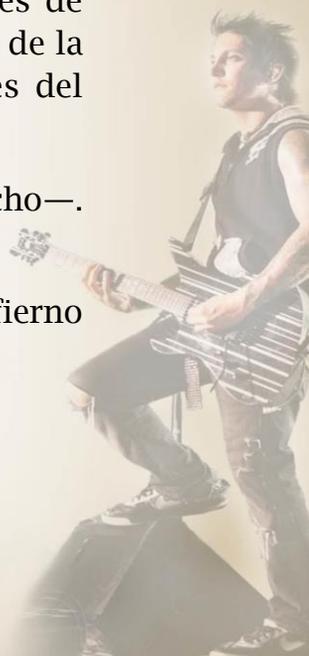
La lista de las *acompañantes* viables a quienes podría preguntarles para llevar a la boda de McKenzie Wood y Aidan Roger era larga y colorida, del material de la fantasía de una revista de celebridades. Él era Nick Blackthorne después de todo, la estrella de rock más grande del mundo, un hombre con la reputación de salir y acostarse sólo con las mujeres más bellas y famosas del planeta. Un reportero de una revistilla de chismes sería capaz de tener un sueño erótico sobre cualquier posible Nick Blackthorne y acompañante. La cuestión era, que del grupo de bellezas, actrices y personalidades galardonadas que Nick conocía y que serían más que felices de acompañarlo a la boda de Mack y Aidan, él no quería llevar a ninguna de ellas.

—¿Nicky?

La profunda voz ronca, se hundió directamente en sus oídos a través de sus auriculares y le hizo parpadear. Apartó su mirada de la invitación de la boda en su mano para encontrar a su productor mirándolo a través del cristal divisor del estudio.

—Lo siento, Walt —habló por el micrófono que colgaba del techo—. Supongo que estaba ensimismado.

Walter Winchester, súper productor discográfico y mercenario del infierno sin alma, le lanzó una mirada firme.



—¿Todavía tratando de decidir a quién vas a llevar a esa boda? Podrías llevar a mi hija.

Nick rodó sus ojos, metiendo la invitación en el bolsillo de sus pantalones.

—Tu hija es mi agente, Walt, y está casada.

Walter frunció los labios.

—Sí, con un jardinero.

Nick se echó a reír.

—Con un jardinero de fama mundial con una lista de clientes por la que matarías. Creo que es hora de que aceptes el hecho de que tu hija no es una astilla del viejo tronco, y al contrario tuyo, en realidad *tiene* un corazón.

Walter resopló.

—A diferencia de ambos, Blackthorne. Aunque tengo que admitir que has estado un poco sentimentaloides desde ese fin de semana que pasaste en esa isla, gracias al maldito Dios. De lo contrario, estaría pensando que nunca grabarías otro puto disco nuevo. —Él entrecerró los ojos—. ¿Qué es lo que sucedió exactamente en esas vacaciones? Lo que sea que haya sido, no ha habido ni una maldita dulce mención de ello en la prensa.

El corazón de Nick golpeó con fuerza contra el esternón, lo bastante fuerte que tuvo que preguntarse si el técnico de sonido sentado junto a Walter lo había registrado. Como siempre, el recuerdo de su paso por el Resort Bandicoot Cove Island hacía que se le acelerara el pulso y su corazón se llenara con calidez. Si no fuera por ese fin de semana, y el tiempo que pasó con Mack y Aidan allí, nunca habría encontrado la música en su alma otra vez.

Si no fuera por Mack y Aidan, ¿quién sabe en qué estado estaría ahora?

—¿Nicky?

Se sobresaltó ante la voz aguda de Walter, su foco regresó a la sala de control al otro lado del cristal divisor. El productor discográfico lo estudiaba, con los ojos gris carbón reducidos, con una mirada perforadora. El guardaespaldas de Nick ahora estaba junto a Walter, con una expresión de preocupación en su rostro. A través de los años a su servicio, Aslin



Rhodes había pasado de ser un distante borrego con músculos a un amigo leal y sincero. A veces Nick se burlaba de él con el título de tío Aslin, un término del que el ex comando de las fuerzas especiales pretendía mofarse. Aslin era sólo dos años mayor que Nick, después de todo. Hoy parecía mucho el miembro preocupado de la familia —si de alguna manera el más grande y amenazante— con sus cejas negras juntándose sobre los ojos fuertes e ineludibles. Se inclinó hacia adelante y activó el canal de comunicación entre la habitación de control y el espacio de grabación, donde Nick estaba ahora.

—¿Qué pasa, Nick? ¿Necesitas que te traiga algo? —retumbó la voz de Aslin, un timbre casi plano que Nick pensaba que sonaba como un trueno lejano. O artillería detonando, muy apropiado para un oficial de SAS¹, realmente.

Nick negó con la cabeza, ofreciendo a Aslin y a Walter una amplia sonrisa.

—Nah, estoy bien. Sólo trato de recordar las palabras de la siguiente pista.

Walter pulsó el comunicador.

—Bueno, date prisa de una puta vez y recuérdalas. Por el amor de Dios, Nicky, es sólo una nueva versión de *Night Whispers*². ¿Seguramente puedes recordar las palabras del primer maldito disco de platino que alguna vez escribiste?

Nick parpadeó. Cada músculo de su cuerpo se enrolló. Se puso tenso.

—¿*Night Whispers*? —El título de la canción se sentía como polvo en su lengua. Frunció el ceño ante Walter—. ¿Quién dijo algo sobre una reedición de *Night Whispers*? Pensé que la siguiente canción era *Clouds of Pain*³. Yo no acepté grabar *Night*...

—Sorpresa. Pensé que sería un buen detalle —Walter habló sobre él, sus dientes exhibiéndose detrás de sus labios, sus ojos duros como el hielo y el doble de fríos—. Han pasado quince años desde tu primer álbum, Nicky. Desde tu primer éxito internacional.

¹ **SAS:** Servicio Especial Aéreo Británico.

² **Night Whispers:** Susurros Nocturnos.

³ **Clouds of Pain:** Nubes de Dolor.



El estómago de Nick se apretó. Tragó saliva, mirando a su productor musical. Walter Winchester le devolvió la mirada, su expresión era fija. El hombre no estaba en la lista de los Más Infames de Australia por nada, Walter sabía que *Night Whispers* traería un camión cargado de dólares con un re-lanzamiento, sobre todo después de los dos años de silencio en cuanto a grabar y actuar que Nick se había autoimpuesto. El brillo depredador y hambriento en los ojos de Walter estuvo a punto de hacer reír a Nick. Casi.

Si no fuera por la canción que Walter quería que cantara ahora.

—¿Nick? —el suave acento británico de Aslin bailó sobre sus oídos—. ¿Quieres que despeje la sala?

La sangre de Nick golpeaba en su garganta. Las palabras acariciaban sus sentidos. Las letras se burlaban de él...

Y quiero rogar pero no puedo encontrar las palabras.

Y quiero llorar, pero no puedo encontrar las lágrimas.

—Cállate la boca, Rhodes —dijo Walter bruscamente, su voz era un gruñido en los auriculares de Nick—. Nicky no quiere nada más que cantar la maldita canción. ¿Verdad, Nicky?

Nick cerró los ojos, una imagen de una mujer tumbada en su cama, su cabello castaño rojizo esparcido alrededor de su cabeza mientras lágrimas como diamantes descansaban sobre sus mejillas, llenó su mente.

Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa.

—La canción que lo empezó todo. —Walter se rió, el sonido era frío. Triunfante.

Y los susurros en la noche.

—Pensé que te gustaría celebrar tu nuevo álbum con un re-lanzamiento de tu primer número uno mundial.

Y los susurros en la noche.

Nick respiró hondo.

Night Whispers era la canción que había escrito para Lauren. La canción que le dio su primer éxito simultáneo en EE.UU., Reino Unido y Australia. La



canción que decía lo que él había sido demasiado estúpido para decir cuando necesitaba decirlo: te elijo a ti.

Su primer número uno internacional.

Más Uno.

Las palabras de la invitación de la boda volvieron a él. Más uno.

Una.

Número uno.

No podía pasar por alto la importancia de ese número. Su primer disco número uno fue escrito sobre una mujer que había sido su *número* uno en todo —amistad, amor, sexo— y ahora, aquí estaba, siendo invitado a llevar una acompañante a la boda de Mack y Aidan y la *única* en la que podía pensar era sobre la que había cantado hacía todos esos años, la mujer que había susurrado en la noche lo mucho que lo había amado, la que él estúpidamente había dejado ir...

Lauren.

Abrió los ojos y miró a Walter de pie al otro lado del cristal. Los dientes blancos y con fundas del productor brillaron sobre él como los de un tiburón a punto de devorar a su próxima comida, los ojos de color gris acero eran igual de amenazantes.

—Me tengo que ir.

La boca de Walter se abrió.

—Qué quieres decir, con que tienes...

Nick no oyó el resto. Se quitó los auriculares, los incrédulos gritos de Walter, no eran sino un diminuto chillido en el aire cuando los tiró en el taburete acolchado cercano. Le dio a Aslin una sonrisa rápida, más que feliz cuando el enorme hombre le dio una sonrisa en respuesta antes de pescar el brazo derecho de Walter en un férreo control y doblarlo en ángulo recto sobre el panel de control.

—Ve —su guardaespaldas pronunció hacia él.

Nick asintió, una risa burbujeó en su pecho al ver a Walter Winchester — productor discográfico y desalmado mercenario— tratando



desesperadamente de liberarse del agarre del ex oficial de SAS de 1,95 de altura. Le dio al sonriente técnico al lado del inútil Walter golpeado un saludo y luego cruzó la habitación, sacando la invitación de la boda del bolsillo de los pantalones vaqueros, mientras lo hacía.

Más uno.

Sabía a quién quería llevar al casamiento de Mack y Aidan. Ahora tenía que encontrarla.

Abrió la puerta insonorizada y cruzó el umbral, el sonido de Walter chillándole a Aslin:

—Suéltame, estúpido Pom⁴. —Le hizo reír un poco más. Después de diez años de ser el productor discográfico de Nick, de interactuar con Aslin cada vez que Nick entraba en un estudio, Nick asumía que Walter sabía hacer algo mejor que recurrir a insultar la nacionalidad del guardaespaldas, pero al parecer no. Un ruido sordo siguió a la palabra Pom, y un fuerte *auu* siguió a eso.

—Llámame estúpido de nuevo. —Nick escuchó sugiriendo a Aslin desde la sala de control, su acento británico de repente era mucho más pronunciado a pesar de su sonrisa amenazadora—. Vamos, te reto.

Nick se rió de nuevo, el sonido era completamente feliz. Sacudió la cabeza, una parte de su cerebro pensaba cuánto tiempo pasaría antes de que su guardaespaldas soltara a Walter, y otra parte se preguntaba cuánto tiempo le tomaría encontrar a...

Lauren.

Su nombre jugaba sobre sus sentidos, suave y dulce como ella, burlándose de él al igual que ella lo había hecho durante toda la secundaria.

Y al igual que lo había hecho en la escuela secundaria, su cuerpo reaccionó a esas tomaduras de pelo: su corazón latía más fuerte, su boca se volvía seca, las manos sudorosas.

Nick dejó escapar un gemido, acelerando el paso por los pasillos de tipo conejera del estudio hasta que estuvo casi corriendo. Con una inclinación de cabeza a la recepcionista encaramada detrás del escritorio —una alegre rubia con la que se había enfiestado más de una vez durante años—

⁴**Pom:** Término desdeñoso para mencionar a una persona británica.



empujó fuerte las pesadas puertas de cristal y salió a la fresca mañana de invierno de Melbourne.

Walter no chocó contra él por detrás. Nadie lo detuvo de hecho, lo que le dijo a Nick que Aslin aún mantenía al productor discográfico bajo control. Perfecto.

Levantando el cuello de su vieja y maltrecha chaqueta de cuero contra la brisa fresca, se volvió y se dirigió hacia la calle Collins. Agarraría una bolsa de viaje de su suite en el Grand Hyatt, llamaría un taxi y llevaría su culo al aeropuerto. Si tenía suerte sería capaz de tomar el siguiente vuelo a...

Nick desaceleró a un alto, haciendo caso omiso del frío viento tirando de su pelo y ropa. Mierda. No tenía idea de a dónde iba. La última vez que había visto a Lauren ellos vivían en un pequeño apartamento encima de una tienda de delicatessen en el oeste de Sídney hace quince años. Se habían mudado allí desde su pueblo de origen para que él pudiera estar más cerca de su nuevo agente —un dudoso mánager de talentos con el nombre de Reginald Eggleston que le había prometido el mundo a un ingenuo Nick de veintiún años. Lauren se había matriculado en la Universidad de Sídney para estudiar enseñanza y el par había existido en un entorno repleto de risas y largas noches revolcándose hasta perder el sentido. Luego vinieron las groupies, el correo constante de las fanáticas y mujeres de todas las edades arrojándose a Nick. Las giras por Australia, los EE.UU., el Reino Unido, y luego la noche que Lauren dijo adiós...

Un grueso bulto se instaló en la garganta de Nick, y tragó. ¿Qué demonios estaba pensando? ¿Que ella seguiría estando en esa pequeña caja de zapatos que siempre apestaba a salami? ¿Que ella estaría sentada en su sofá de segunda mano con sus resortes chillones y revestimiento de cachemira deshilachado, esperando que él apareciera de nuevo en su vida? Jesús, ¿habría siquiera terminado su título de maestra? Él no lo sabía. ¿Por qué no lo sabía?

Porque eres un idiota egoísta, Nick. Porque Lauren no quería ir a donde ibas por lo que la dejaste libre y fuiste allí por tu cuenta, follando a cada pequeña groupie que abría sus muslos para ti en el camino. ¿Realmente crees que Lauren Robbins va a querer incluso verte, y mucho menos ir a una boda contigo? Mierda, realmente no tienes idea acerca de la vida normal, ¿verdad? Para todo tu regodeo de auto-bombo sobre la búsqueda de ti mismo de nuevo, después de enterarte de quién eres realmente después de



la mierda de los dos últimos años de tu vida, todavía piensas como una maldita estrella de rock: egoísta, egocéntrica y engreída.

El nudo en la garganta de Nick se hizo más grueso. Lo ahogaba. Él contuvo la respiración entrecortada, el frío en el aire quemaba sus pulmones.

—Jesús, eres un idiota.

Cerró los dedos, que empezaban a picar por la brisa del invierno, en un puño, la invitación en la mano derecha se arrugó debajo de ellos. ¿Qué demonios estaba pensando? ¿Que él sólo tocaría la puerta de Lauren, le sonreiría y le diría: —Hola, nena. Sé que ha pasado mucho tiempo, pero te apetece ir a una boda conmigo en septiembre?

Sí, eso es exactamente lo que tenía en mente. Y Lauren le daría una mirada, se desmayaría en sus brazos y diría: —Oh, Nick, sí.

Negó con la cabeza. La estrella de rock. Vaya estrella de rock. Había pasado los últimos dieciséis años y pico de su vida sin que nunca le dijeran que no, consiguiendo lo que pedía, cada vez que quería y más. Por supuesto, así es *exactamente* cómo esperaría que el escenario se desarrollara, a su manera. Demonios, probablemente estaría casada ahora. Ella era hermosa, dulce, divertida y maravillosa. ¿Por qué no iba a estar casada? Él era un maldito...

—Idiota —murmuró otra vez.

Cerrando los ojos, se frotó la cara. ¿Qué debería hacer?

Encuéntrala. Aunque sólo fuera para...

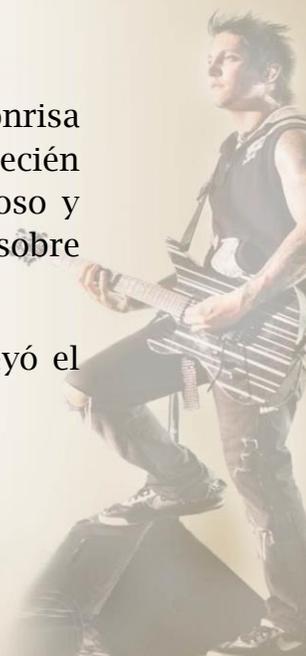
¿Qué?

Él no lo sabía. ¿Decir lo siento?

Sí.

Una imagen de Lauren llenó su mente, sus labios abiertos en una sonrisa mientras deslizaba la llave en la cerradura de su apartamento recién alquilado. Su futuro era tan claro entonces. Él sería un músico famoso y ella sería una exitosa y muy querida maestra. Un felices por siempre sobre el que escribir canciones. *Su felices por siempre.*

Abriendo los ojos, estiró la invitación de la boda en sus manos y leyó el relieve en oro allí escrito nuevamente.



La boda de Mack y Aidan. Dos personas que estaban destinadas a estar juntas desde el primer momento. Dos amantes que se convertirían en un felices por siempre que Nick sabía que iba a durar para siempre.

El nudo en la garganta se hundió hasta su pecho, volviéndose cada vez más pesado, casi doloroso con su presión. Maldición, no quería llevar a *cualquiera* a la boda de Mack y Aidan. Quería llevar a Lauren. Y si eso significaba llevar al más que probable marido de Lauren y su más que probable camada de niños adorables, él los llevaría también. Y después de eso, él la besaría en la mejilla, la miraría a los ojos y le diría cuán monumentalmente lo sentía por arruinarlo, por hacerle daño. Y una vez que hiciera eso él se iría, dejándola con su felices por siempre. Tal vez, si los dioses de la música y las letras eran amables con él, encontraría una canción dentro del dolor que sabía que su corazón sufriría.

Metió la mano en el bolsillo de atrás, sacó su teléfono y marcó a Frankie Winchester.

Su agente respondió a la segunda llamada, su voz era una risa baja y ronca.

—Acabo de recibir una llamada de mi padre muy enojado, Nick.

Nick resopló.

—¿Así que supongo que Aslin lo soltó?

—Por lo que pude entender del indignado despotriquer de Walter, esa montaña andante a la que llamas guardaespaldas amenazó con meter la polla de papá en su garganta si iba tras de ti.

—Err... lo siento.

Frankie volvió a reír.

—No te disculpes. Él es mi padre y tu productor discográfico, pero los dos sabemos que es un idiota sin corazón hambriento por el dinero. Ahora, dime por qué te levantaste y saliste de la primera sesión de grabación que has tenido desde ese milagroso acontecimiento que me gusta llamar la segunda venida de Nick.

Nick se rió entre dientes.

—Así lo llamas, ¿eh?



—Así es como lo llamo. Cuando te vi en el video grabado por teléfono cantando *Tropical Sin*⁵ en Bandicoot Cove supe que habías vuelto. Cuando vi que el mismo material llegó a las cuatrocientas millones de visitas en YouTube supe que no sólo habías vuelto, sino que habías renacido. ¿Quién es ella y a dónde puedo enviarle flores de agradecimiento?

El corazón de Nick golpeó con fuerza en sus oídos. Por un momento pensó mantenerse calmado, engañar a Frankie un poco. Ella no era desalmada como su padre, pero era igual de despiadada y tenaz cuando quería serlo. Una de las razones por las que era un agente tan brillante. La vida matrimonial había suavizado su lengua mordaz un poco, pero cuando se trataba de su trabajo, todavía era brutal. Por desgracia, él no tenía tiempo para jugar con Frankie Winchester esta mañana, ni siquiera en broma.

Tragó saliva, sabiendo lo que iba a venir después.

—Necesito que averigües dónde está Lauren Robbins.

Como sospechaba, Frankie se quedó en silencio. Por unos diez segundos. Ella sabía exactamente quién era Lauren Robbins. De hecho, era una de las pocas personas que realmente lo sabía.

—¿Es tu corazón quien está pidiendo, Nick? —dijo ella finalmente, toda la alegría y la mordacidad habían desaparecido de su voz—. ¿O es algo tonto como tu cabeza?

—Ambos, Frankie. Quiero pedirle que venga a una boda conmigo.

Hubo otro momento de silencio.

—¿Estás seguro de que estás listo para abrir ese armario en particular de nuevo?

Nick soltó un largo respiro y dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Sí. Lo estoy. La segunda venida de Nick no ha terminado aún, Frankie. Hasta que no abra ese armario no puedo cerrarlo para siempre, ¿verdad?

Oyó a su agente reírse.

—Está bien. Aunque algo me dice que cerrar la puerta no es lo que tienes en mente. Bien por ti, muchacho.

⁵ **Tropical Sin:** Pecado Tropical.



Nick negó con la cabeza, sonriendo.

—La vida matrimonial le ha convertido en una romántica, señora Harris.

Frankie se rió una vez más.

—Sí, sí, dile a alguien y soltaré a mi marido para que vaya tras de ti. Podría enterrarte bajo un montón de estiércol en cuarenta segundos. Ahora, dame un par de horas. Te volveré a llamar.

Colgó sin despedirse, dejando a Nick sonriendo en la calle. Se sentía bien. Nervioso como la mierda, pero bien. Lo que había empezado como un nuevo capítulo de su vida hace dos años, cuando él no sólo había descubierto que fue adoptado sino también que tenía un hermano menor, ahora se estaba convirtiendo en *el* capítulo. El capítulo que decidiría a dónde iría Nick Blackthorne después. Aquí estaba, una famosa estrella de rock a punto de poner su corazón en la línea por la mujer cuyo corazón había arrancado y arrojado a un lado hacía quince años. No tenía ni idea cómo iba a dar resultado, pero él se sentía bien.

Ahora todo lo que necesitaba era una dirección.

Y las agallas para ir hasta allí.



Capítulo 2

Traducido por Nelly Vanessa
Corregido por Nony_mo

Veintidós niños de seis años levantaron la mirada hacia ella, con estiradas narices —era invierno, después de todo— algunos con el viento bañando sus mejillas, todos con los ojos muy abiertos y la boca abierta. Todos en silencio y afilados. Todos sentados inmóviles en la alfombra de lectura.

*Wombat*⁶ *Stew*⁷. Trabajaba en todo momento.

Lauren Robbins pasó la página del clásico libro de imágenes de Australia, revelando una colorida ilustración de un dingo revolviendo una olla de hierro, mientras el pobre wombat observaba. Sin saberlo el dingo, sin embargo, los amigos del wombat estaban a punto de darle una lección. Lauren le dio a su clase una sonrisa de lado antes de efectuar una expresión de sorpresa, a la espera de ver quién mancharía el plan de los otros animales por primera vez.

—*El Dingo muy inteligente se agitó y agitó* —leyó dejando que la calidad cantarina de la narrativa bailara por su voz. Observó la reacción de los niños, sus labios estaban levantados con un primer indicio de comprensión. Thomas Missen fue el primero. El niño se dio cuenta de que el dingo sería el guiso, un simple latido antes que Rachel Jones a su izquierda. En las palabras de la historia que salían de la boca de Lauren, el resto de la clase lo captó, riendo y retorciéndose de placer cuando la suerte del wombat le sonrió y se escapó de ser devorado por el egoísta dingo, gracias a la ayuda de sus inteligentes amigos.

—¡Una vez más! —gritó Thomas cuando la última página fue leída, ella cerró el libro y lo colocó suavemente en su regazo, con la cubierta hacia abajo.

⁶ **Wombat:** Los wombats son marsupiales australianos, con la apariencia de un oso musculado, pequeño y de piernas muy cortas.

⁷ **Wombat Stwe:** En este libro un dingo (perro salvaje) atrapa un wombat y lo quiere cocinar en un guiso. Pero todos los demás animales tienen un plan para salvar a su amigo.



—¡Una vez más! —el resto de la clase gritó con los ojos brillantes, amplios y felices.

Dejó escapar un suspiro y sacudió la cabeza.

—Ay, mis querubines, el día está casi terminando. En cualquier momento sonará la campana y todos huirán a sus casas, olvidándose de mí y del wombat y del hambre del dingo.

—No, no lo haremos. —Todos como uno, los veintidós estudiantes negaron enfáticamente con su parte de expresiones mortificadas que sugerían tal cosa, parte frenéticos porque la campana realmente sonará antes de que el ritual de la tarde estuviera completo y el libro fuera leído de nuevo.

Ella dejó escapar otro suspiro melodramático, dejando caer los hombros y mordiéndose el labio inferior.

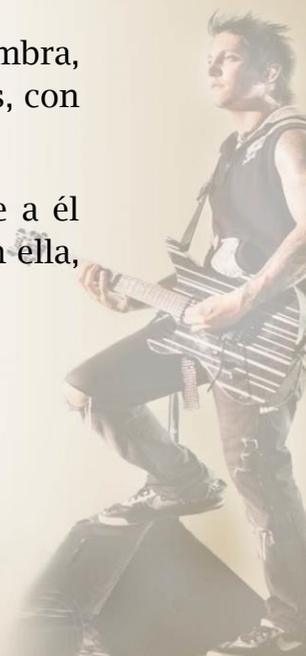
—Y yo me quedaré aquí con una habitación desordenada porque mis dulces, impacientes estudiantes olvidaron poner en orden sus escritorios y meter las sillas bajo sus...

Antes de que pudiera terminar, los de seis años estaban de pie, luchando con sus pequeñas áreas de trabajo, empujando papeles y libros y lápices en sus respectivos lugares y empujando sillas con gusto bajo las mesas.

Lauren los miró, incapaz de contener su sonrisa. Como siempre, su entusiasmo por los simples placeres de la vida —un libro entretenido y una alfombra suave en la cual sentarse— los hacían felices. La inocente alegría de un niño. A diferencia de los impredecibles cambios de humor de un adolescente. El pensamiento la hizo hacer una mueca y sacudió la cabeza. Se ocuparía del adolescente cuando llegara a casa. Por ahora, era su kínder y el *Wombat Stew*.

—Por favor, señorita Robbins. —Thomas estaba de nuevo en la alfombra, de vuelta con la espalda recta, con las piernas perfectamente cruzadas, con las manos en las rodillas, con los codos bloqueados—. Otra vez.

Veintiún niños prácticamente volaron al área alfombrada para unirse a él en su declaración de culpabilidad, con los ojos muy abiertos y fijos en ella, sus pequeños cuerpos se retorcían de placer acumulado y previsión.



Ella le lanzó a sus escritorios una exagerada inspección de sus sillas de lectura baja, sus dedos se cerraron en torno al borde del libro ilustrado en su regazo.

—*Bueno* —sacó la palabra sabiendo lo que venía después.

—Por favor, señorita Robbins —la clase estalló como una sola, una cacofonía de voces jóvenes jubilosas—. ¿Por favor, por favor, por favor?

Ella puso los ojos en blanco y movió su trasero, sonriéndoles mientras hacía una demostración de levantar el *Wombat Stew* de su regazo.

—Oh, está bien entonces. Una vez más, pero sólo porque lo pidieron muy bien.

Su clase se rió, una breve carcajada que cayó en el silencio eufórico cuando ella abrió el libro en la página uno.

—*Un buen día, en las orillas de un billabong, un dingo muy inteligente atrapó un wombat...*

El resto del libro fue escuchado con igual entusiasmo y aprecio como las dos primeras lecturas, y para cuando la campana *sonó* al final del día, Lauren estaba más enamorada de él que antes. Era una forma perfecta de terminar el tranquilo día de los niños que colgaban de cada palabra que pronunciaba, con casi una ordenada habitación y un sábado y domingo esperando por ella al otro lado de la puerta. Tan pronto como terminó de echar todo por la borda, su fin de semana comenzaría. Daría un relajante paseo en su coche al otro lado de la escuela de los invitados, con el invierno, con el aire frío como un refrescante beso en la piel. Las tradicionales margaritas después del trabajo con Jen vendrían después, luego sería un fin de semana con Josh haciendo poco pero viendo películas y experimentando con la nueva fondue thingamabob⁸ que se había ganado en la competencia de adivinación de la última recaudación de fondos de la escuela. Cómo sabía que había exactamente 2.442 M&Ms en la vieja cubeta para ordeñar del Sr. Bateman estaba más allá de ella, pero bueno, no iba a rechazar un thingamabob que le daba una excusa para comer chocolate derretido, ¿verdad?

⁸ **Thingamabob:** 1. Utilizado para describir elementos cuando una persona no puede recordar el nombre, o que en realidad no existe. // 2. Un pequeño artilugio. // 3. Un objeto inanimado que no tiene nombre, categoría u origen.



Cuarenta minutos después de que el último chico se despidió, Lauren recogió su bolso, una bolsa de piel más bien destartalada en la que se negaba a pensar que la había tenido durante una vida en la que también se negaba a pensar. Se colgó la bolsa al hombro, comprobó los peces de colores de la clase, al Bob Esponja, le hubieran dado su fin de semana de bloques y salió de su salón, cerrando la puerta detrás de ella.

El cielo ya había empezado a cambiar a color rosa con la oscuridad en el momento en que se dirigió al otro lado del estacionamiento más pequeño de la diminuta escuela. El invierno jugaba con las hojas y ramas de los antiguos gomeros montando guardia alrededor de la zona de césped que servía de escenario para el métete-en-el-lodo, un estadio de mármol para jugar y para los estudiantes de más edad, un anfiteatro atrápame-y-bésame. Ella levantó la cara al roce susurrante de la brisa, tomando una respiración profunda de la tarde no contaminada. Que hubiera terminado aquí, en Murriindah, la ciudad rural parroquial donde había crecido a cinco horas de distancia de Sydney, no la sorprendía en lo más mínimo.

Bueno, no mucho más. Tenía que admitir que hace quince años había pensado que daría clase en otro sitio pero...

—Hola, Lauren —dijo una profunda voz masculina detrás de ella.

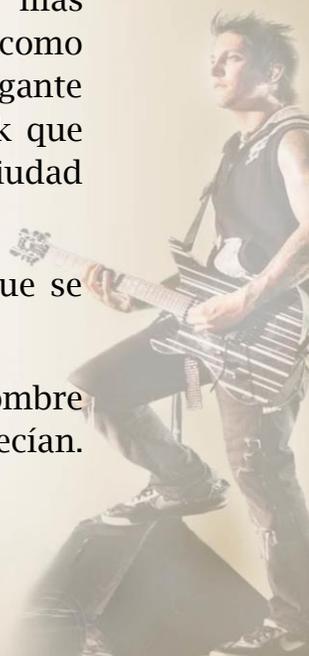
Lauren gritó. Un honesto grito bondadoso. Al mismo segundo exacto en que giró sobre sus talones y soltó su bolso, cargado con dos libros de texto, su almuerzo sin comer, las llaves del coche, la botella de agua medio vacía, veintidós dibujos a mano metidos en una carpeta de resistente cartón, y su iPad.

La bolsa se estrelló contra la sien del hombre de pie detrás de ella.

Hubo un ruido sordo, un *uf* de sorpresa, seguido de un, aún más sorprendido *mierda eso dolió*, antes de que el hombre se desplomara como un saco de ladrillos, derrumbándose en el suelo en una fluida, elegante caída. No, no sólo el hombre, la estrella de rock. La estrella de rock que todo el mundo idealizaba, la que había crecido en esta misma ciudad provinciana con ella.

La estrella de rock que le había robado el corazón y la vida en la que se negaba a pensar.

La boca de Lauren se abrió. Su pulso se volvió un mazo. Miró al hombre inmóvil tumbado a sus pies, negándose a creer lo que sus ojos le decían.



Nick Blackthorne estaba aquí en Murriundah, y lo había dejado inconsciente con el bolso que le había dado hace quince años.

—Oh, no.

Las palabras fueron un soplo susurrado. Se dejó caer de rodillas, con el suelo húmedo por el invierno filtrándose por la ropa de sus pantalones cuando se acercó estirando una mano y le dio al hombro de Nick un suave empujón.

—¿Nick?

Él no se movió.

Oh Dios, Lauren, te metiste con la mayor estrella de rock del mundo.

Ella lo empujó de nuevo, un poco más fuerte esta vez.

—¿Nick?

Él no hizo ni el menor ruido. Ni un maldito ruidito.

—Mierda.

El corazón le golpeó en la garganta, tan duro como la bolsa había golpeado su cabeza. Se humedeció los labios y apartó un mechón de su pelo negro de la frente. Él estaba tan guapo como siempre. Más viejo, sí. Tenía casi treinta y siete años después de todo, pero los años se veían bien en él, muy bien. De hecho, le quedaban. Cuando él había sido un adolescente, fue como un Dios por su belleza. Cuando tenía unos veinte años, era como un bello Dios que había sido doloroso de ver. Ella había pasado muchas noches tumbada en la cama que habían compartido durante año y medio, mirándolo mientras dormía, preguntándose por su perfección, su vientre anudado con amor, con su sexo constreñido de deseo. Y después había estado sola en su cama, con Nick nada más que un fantasma en su corazón.

Había dejado de leer artículos sobre él en algún lugar de sus treinta años, sabiendo que cada uno sólo le haría doler su estúpido corazón. Pero era imposible no ver imágenes de él. Seguía apareciendo en las noticias nacionales. Australia amaba a uno de los suyos, sobre todo cuando ganaban un Premio Grammy y un Billboard, o cuando eran novios de la realeza de Hollywood o de la realeza británica, algo que Nick Blackthorne parecía hacer regularmente. Peor aún había sido el *Murriundah Herald*



local, el pequeño periódico había mantenido constantemente consciente a la población de su famoso hijo y de sus actividades. Esas imágenes eran difíciles de dejar escapar, y cuando ella se había permitido mirarlas durante más de un segundo, se había dado cuenta de sus difuntos veinte y sus treinta años de ahora, sólo elevaban su mirada a una sensualidad vivida. Las pequeñas costuras alrededor de sus ojos, las líneas de su nariz, todos acentuaban lo que nunca había olvidado: Nick Blackthorne era sexy, un hombre muy sexy. Y ahora aquí estaba, inconsciente en una parte del barro de la escuela pública Murriundah, viéndose aún más sexy de lo que recordaba.

Maldita sea, ¿qué estaba haciendo allí? ¿Qué demonios está haciendo aquí?

¿Habría venido por mí?

Frunció el ceño y sacudió la cabeza ante la idea. No. Nick no estaría allí por ella.

Podría ser. ¿No era eso lo que has soñado durante los últimos quince años?

Su ceño se convirtió en una mueca. No, maldita sea, no lo era. Ella había continuado. No era ya la ingenua mujer joven con fantasías imposibles y deseos de cuento de hadas de *felices para siempre*. Y si él estuviera aquí por ella —su corazón rompió más duro en su garganta con *ese* pensamiento— el cabrón muy bien podría irse. Lo último que quería era...

Él gimió. Un ruido apenas audible, profundo de su pecho.

Lauren se levantó, un pequeño grito escapó de ella.

—¿Nick?

Ella le dio un codazo en el hombro de nuevo, pero el gemido fue todo.

—Bueno, al menos sé que no te maté —murmuró dándole una mirada. Él se quedó allí en el suelo frío, con su cuerpo largo y delgado ataviado con vaqueros negros, una camisa negra y una chaqueta de cuero negra que ella sabía que costaría más de lo que ganaba en un mes.

Lauren se frotó la boca. ¿Qué estaba haciendo aquí? ¿Y estaría solo? Sin duda viajaba con un séquito. ¿Con un guardaespaldas? Había visto suficientes imágenes de paparazzi de él para saber que por lo general había un descomunal tipo haciéndole sombra estuviera donde estuviera. ¿Dónde estaba *ese* chico?



Se sentó sobre sus piernas, estudiando el patio vacío a su alrededor. No había enormes ni descomunales chicos corriendo hacia ella, lo que significaba que tendría que lidiar con Nick inconsciente.

Una sensación de torsión se apretó y agitó en el fondo de su vientre y reprimió un gemido. No se pondría toda caliente y excitada ante la idea de lidiar con Nick. Además, no había esperanza en el infierno que pudiera levantarlo por sí misma y llevarlo a su coche, incluso si quisiera. Con cinco pies y seis pulgadas y ciento treinta libras húmedas, él no era exactamente la estrella-inconsciente-de-rock del tipo que se podía arrastrar, incluso si la inconsciente estrella del rock más de una vez había yacido de cuerpo entero encima de ella en la cama, en el piso de la sala, en el banco de la cocina, en la...

Lauren golpeó las manos en su cara, matando el tren completamente loco de pensamiento. Dios, ¿era idiota? ¿Qué demonios estaba haciendo pensando en Nick haciendo el amor con ella?

—¿Eres masoquista, Lauren Robbins? —gruñó en voz baja agarrando su bolso-instrumento de destrucción antes de sacar su teléfono de su letal contenido.

Lo abrió, tecleando el número de Jennifer. Esperaba que su mejor amiga se hubiera pegado a la tradición del viernes por la tarde y hubiera cerrado su clínica veterinaria temprano. Jennifer estaba acostumbrada a tratar con pesados, con animales que no respondían, al ser la única veterinaria en el distrito. Tratar con un inconsciente Nick Blackthorne sería una brisa.

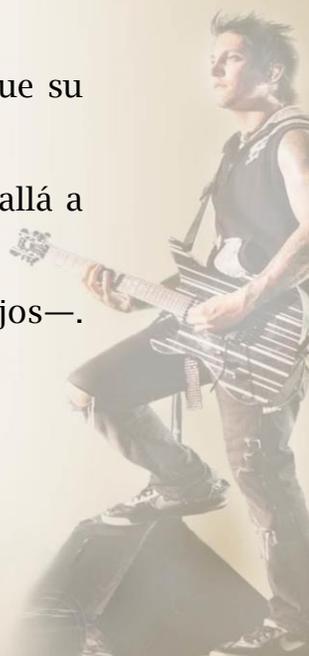
—Tengo las margaritas enfriándose ya en el refrigerador —dijo Jennifer Watson en el momento en que se hizo la conexión, sin molestarse con ningún tipo de saludo—. Dile a Josh que estarás en casa más tarde de lo normal esta noche.

—Tengo un problema, Jen —contestó Lauren tratando de no dejar que su mirada vagara por Nick. Tratando pero no lográndolo, maldita sea.

—¿Qué pasa? Y si me dices que estás marcando libros escolares iré allá a golpearte.

—No estoy marcando los libros escolares, Jen. —Lauren rodó los ojos—. Ahora cállate y escucha con atención.

Jennifer hizo un dramático sonido de *ooh* antes de reírse.



—Está bien, señorita Robbins, estoy escuchando. ¿Cuál es su tribulación?

Lauren se mordió el labio inferior.

—Umm, ¿te acuerdas que te dije que alguna vez salí con Nick Blackthorne?

Jennifer dejó escapar un resoplido fuerte.

—Mencionaste que pasó hace años y nunca me dejaste traer el tema a colación de nuevo. ¿Es una confesión? ¿Me mentiste? ¿O me tomarás el pelo un poco más con cuentos de tu pasado? ¿También saliste con Hugh Jackman? ¿Guy Pearce? ¿Geoffrey Rush?

Lauren se rió, poniendo los ojos en blanco.

—No, no lo hice. Pero *salí* con Nick Blackthorne.

—Y diré lo mismo que te dije cuando me lo dijiste: qué perra suerte tuviste antes. Ahora dime, ¿qué sucede?

Lauren respiró hondo.

—Bueno, él está aquí ahora.

El silencio le respondió. Durante unos veinte segundos más o menos. Entonces Jennifer dijo:

—¿Nick Blackthorne está aquí? —Su voz normalmente tranquila y mezclada con alegría, como si supiera que una broma muy graciosa estaba a punto de ser compartida, se elevó una octava—. ¿En Murriundah?

Lauren miró la cara de Nick, sus ojos de color gris tormentoso eran como postigos de sus pestañas gruesas negras que descansaban sobre sus pómulos altos y fuertes. Un moretón violáceo decididamente estaba empezando a darse a conocer al lado de su cara.

—En Murriundah —respondió ella con un suspiro.

Jennifer hizo un pequeño sonido ahogado.

—¿Y?

—Y lo acabo de dejar inconsciente en el patio de la escuela.

—¿Qué *carajos*?

Lauren alejó el teléfono de su oreja.



—¿Qué diablos quieres decir con que lo acabas de dejar inconsciente? — continuó Jennifer, su voz estaba lejos de ser tranquila y era lo suficientemente fuerte como para que Lauren pudiera oír cada palabra, incluso con el teléfono en ninguna parte cerca de su oído—. ¿Por qué? ¿Con qué? ¿Y por qué? Jesucristo, Robbins, eres realmente y qué...

Lauren devolvió el teléfono a su oreja.

—Jenny —le espetó—. No tengo tiempo ahora mismo. Necesito tu ayuda. No puedo mover a Nick sola y no puedo dejarlo en el suelo. Pescará un resfriado...

—¿Un resfriado? —interrumpió Jennifer—. ¿No lo puedes dejar en el suelo, porque pescará un resfriado? ¿Qué tal si no puedes dejarlo en el suelo porque es Nick Blackthorne?

A su pesar, Lauren se rió.

—Jen, necesito que te olvides de eso por un momento, y olvidarlo significaría que no le digas a nadie que está aquí. No sé por qué está aquí, aparentemente sin guardaespaldas, pero prefiero no tener a todo el pueblo de repente apareciendo en la zona de juegos de la Escuela Pública Murriundah hasta que sepa por qué está aquí, ¿de acuerdo?

—Está bien —Jennifer contestó—, pero por lo menos ¿puedo llevar mi cámara?

—¡Jen! —Lauren oyó su voz de maestra, y la exasperación en ella. Su vientre se apretó en nudos. Recordaba esa emoción muy bien, la exasperación a ser acosada mientras estaba con Nick, de hacer a un lado a niñas y a mujeres, y a algunos hombres, que trataban de conseguir su número de teléfono o de poner su ropa interior en los bolsillos de Nick—. Por favor —dijo—. Necesito que seas mi amiga por un momento, no una fan. ¿De acuerdo?

La pregunta hizo silenciar a Jennifer.

Lauren se mordió el labio inferior con los dientes.

—¿Por favor?

—Lo siento —dijo Jennifer y el corazón de Lauren golpeó un poco más duro por el arrepentimiento en su voz—. Realmente, lo siento. Por supuesto que puedes hacerlo. Sólo tírame un lazo aquí, maestra. Estoy tranquila. Estoy bien. ¿Escuchas qué genial estoy?



Lauren se rió de la enunciación de ultra-contenida de su mejor amiga.

—Puedo escucharlo. Ahora mueve tu trasero aquí más rápido de lo que puedas. Y tal vez puedas recoger un paquete de gel frío.

Jennifer se echó a reír.

—Puedo hacer eso también. Pero con una condición. Me dirás todo, señorita Secretos, y quiero decir todo. No hay manera de que te guardes algo como esto.

¿*Todo*? Lauren tragó, estudiando al inmóvil Nick. Nadie lo sabía todo, ni siquiera...

Oh, mierda, Josh.

—¿Podemos llevarlo a tu casa? —preguntó ella con la boca seca y el rugido de su sangre en sus oídos.

—Oh, vaya, déjame pensar... —Jennifer hizo un sonido de clic—. ¿Puedo llevar a Nick Blackthorne a mi casa? Caramba, no sé...

—Jen —gruñó Lauren.

Su mejor amiga se echó a reír, era la misma Jen que Lauren conocía desde hacía diez años, desde el día en que ella y Josh habían llegado a Murriundah sólo para encontrar una zarigüeya herida en el porche de su nuevo hogar.

Habían llevado a la zarigüeya con la veterinaria del pueblo —la Dra. Jennifer Watson de la ciudad—, quien había estado en la ciudad por un gran total de cinco días. Jennifer había balbuceado todo el tiempo acerca de todo tipo de cosas, desde el sexo de las zarigüeyas a la lista correcta para desempacar una casa, por lo que Lauren y Josh rieron y el resto fue historia. Las dos mujeres habían sido buenas amigas desde entonces.

Su mirada vagó de nuevo a la cara de Nick, trazando la línea de sus labios. Recordó la sensación de eso muy, muy fácilmente, como si la caricia sobre su piel hubiera sucedido el día anterior. Sus besos habían sido sublimes, románticos, dulces, hambrientos, animales, reverentes...

Había sido, Lauren. Había sido. Tiempo pasado. Necesitas recordar eso.

—... en unos diez años.



Lauren parpadeó, sus mejillas se llenaron de calor cuando se dio cuenta que había sacado completamente a su amiga.

¿Estás segura de que es por eso por lo que tus mejillas están calientes? ¿No tiene nada que ver con el hecho de que acabas de revivir un millón de besos del hombre delante de ti en un solo maravilloso, atormentando latido?

—¿Qué? —dijo ella bruscamente dándole la espalda a Nick. Era más seguro.

—Estaré allí en diez minutos. ¿Quieres que recoja a Josh en el camino?

—¡No!

La palabra explotó de ella, fuerte y contundente.

—Está bien —dijo Jennifer y Lauren pudo ver las ruedas de la mente de su amiga detenerse, procesando todo lo que había averiguado hasta el momento. Pensándolo y digiriéndolo y haciendo teorías.

Lauren cerró los ojos y dejó caer la cabeza en la mano.

—Sólo tú. Le haré a Josh una llamada desde tu casa.

—Okey, maestra. Estaré allí pronto.

Jennifer colgó, dejando sola a Lauren.

No sola. Hay una estrella de rock inconsciente detrás de ti, ¿recuerdas?

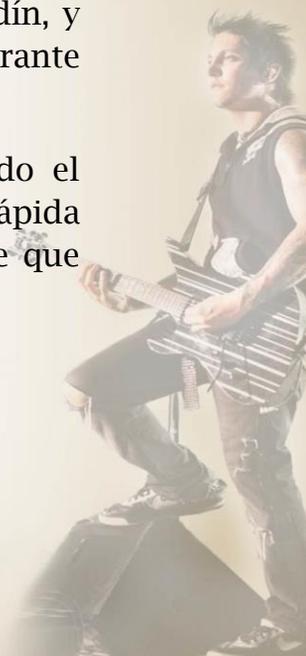
Hizo una mueca, haciendo caso omiso de la forma en que su pulso se agitaba con ese pequeño hecho. Su pulso y su vagina.

Lanzando su teléfono a un lado, levantó la otra mano a su cara y se la frotó. Su vagina. Maldita sea, era patética. Cualquiera que fuera la razón por la que estaba aquí, Nick seguro que no estaba aquí para un rapidín, y no lo dejaría si lo estuviera. Ya lo había superado. Lo había hecho durante quince años.

Si tenía suerte, Nick Blackthorne dejaría Murriundah antes que todo el mundo se agitara y se pusiera tonto, y ella podría volver a superarlo rápida e inteligentemente. Si fuera muy, muy afortunada, él se iría antes de que Josh supiera que estaba aún en la ciudad.

¿Cuáles son las probabilidades de que eso ocurra?

Soltó un bufido.



—Ninguna.

—¿Me estás hablando a mí? —la voz baja y ronca preguntó detrás de ella—. ¿O todavía tienes el hábito de hablar contigo misma?

El corazón de Lauren demasiado feliz se atrincheró en su garganta, estrellándose duro, como si tratara de escapar. No lo culpaba. Le gustaría escapar de sí misma en ese momento también. Levantó la cabeza de sus manos lentamente y tomó su bolso.

—¿Me desharás el cerebro con eso de nuevo?

La pregunta de Nick fue pronunciada con una ronca carcajada, su voz todavía era débil y de alguna manera frágil.

Eso es porque lo noqueaste, Robbins. Y porque él ha estado tendido en el húmedo frío de la tierra por los últimos diez minutos más o menos.

—Agradable bolso, por cierto —continuó él, las palabras un poco más fuertes—. ¿Quién te lo dio?

Ella se dio la vuelta, mirándolo.

—Tú, idiota.

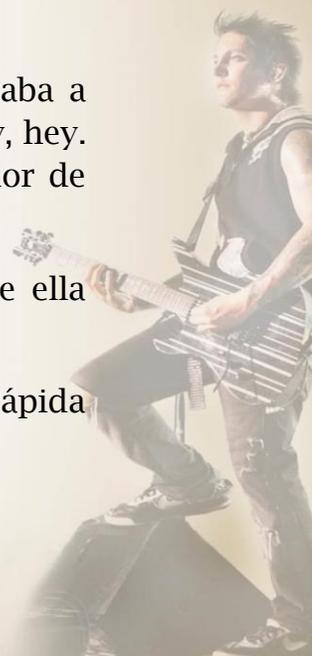
Él se echó a reír, otra ronca carcajada mientras se ponía a sí mismo en posición vertical.

—Lo sé, lo sé. Sólo trato de romper el hielo. —Empujó un terrón de tierra pegada a la solapa de su chaqueta antes darle una rápida sonrisa—. Aunque un poco menos violenta de lo que eras. —Él se puso de pie, desplegando su forma de casi dos metros del todo. Y entonces, para horror de Lauren, sus ojos se pusieron en blanco, sus mejillas palidieron y trastabilló hacia los lados.

—¡Hey! —Ella saltó sobre sus propios pies alcanzándolo cuando estaba a punto de besar el suelo otra vez. La culpa se estrelló sobre ella—. Hey, hey. —Sus manos encontraron sus brazos, sus dedos se cerraron alrededor de sus bíceps, deteniendo su caída.

Él parpadeó, su peso colgó de su puño por un segundo, tirando de ella hacia adelante un paso más cerca de él.

Lo suficientemente cerca para que su olor fuera un hilo en su rápida inspiración.



Dios, todavía huele tan condenadamente bien.

El pensamiento sólo le dio tiempo de registrarlo en su cerebro hecho un remolino y en su sexo traicionero aleteando antes que las manos de Nick se posaran sobre sus caderas. Manos que eran cálidas y firmes, y allí, tan allí.

—Lauren —murmuró él.

Ella lo miró a la cara, a sus ojos vidriosos. Sus labios se abrieron para decir algo cortante, sustancial, ingenioso —Dios, *cualquier* cosa sería mejor que nada— cuando él se inclinó hacia ella, con sus ojos enojados como el cielo volviéndose intensos, claros y, después, tuvo la boca sobre la de ella.

Señor, todavía besaba...

Su lengua se hundió entre sus labios, buscando y encontrando la de ella con poca resistencia. Él sabía tan bien como hace quince años, a pasta de dientes y café y a él. Sabía tan bien. Olía tan bien. Se sentía tan bien.

Un gemido vibró profundamente en su pecho, haciéndose eco en el de Nick. Sus pezones se endurecieron y su vagina palpitó.

Sus ojos se cerraron y ella deslizó sus brazos alrededor de su cuello y hundió los dedos en su cabello... una fracción de segundo antes de que sus labios se deslizaran de su boca, por su barbilla y él cayera al suelo de nuevo. Como una piedra fría inconsciente una vez más.



Capítulo 3

Traducido por Vettina & MaryJane♥

Corregido por Malu_12

Nada estaba enfocado. O en color. Pensándolo bien, todo estaba blanco y borroso y brillante. Demasiado brillante. Y... apagado, como si su cabeza estuviera llena de algodón iridiscente.

Nick gimió, entornando los ojos y parpadeando por el brillo. Su cabeza dolía. ¿Por qué dolía su cabeza? ¿Y dónde estaba? ¿Por qué podía oler desinfectante?

Frotó sus ojos con sus manos, dejando salir otro gemido cuando un gran dolor azotó su cabeza. Jesús, ¿qué demonios había pasado? ¿Dónde infiernos estaba?

Bolsa.

Lauren.

Las dos palabras flotaban a través de su cabeza, desconcertantes y confusas. ¿Lauren? ¿Lauren Robbins? ¿Bolsa? Porque estaba pensando en Lauren Rob...

Todo volvió a Nick en una fantástica ola de color, olor y demoledor toque, conduciendo a Murriundah, a la pequeña escuela pública a la que una vez había asistido treinta extraños años atrás, viendo a su antigua novia caminando a través del parque de juegos llevando la bolsa que él le había dado, trotando detrás de ella con una sonrisa nerviosa en su cara, su corazón latiendo, diciendo su nombre...

—Ella me golpeó —dijo en un gemido frotando su cara un poco más—. Ella me golpeó con su bolsa.

—Me asustaste.

La suave voz femenina acarició sus oídos; ampliando los ojos, Nick se sentó erguido.



Dolor explotó en su cabeza, filoso, blanco y cegador. El algodón de lana se volvió lana de acero, haciéndolo estremecerse. La falta de claridad se volvió vértigo borroso, haciendo que su estómago se tambaleara; entonces todo se aclaró y él estaba mirando a Lauren Robbins posada a un lado de la cama en la que estaba extendido.

Cama.

Lauren.

Esas dos palabras no flotaron a través de su cabeza, desconectadas y confusas, ellas positivamente se *precipitaron* entre sí, su intención innegable. Él estaba en una cama con Lauren Robbins. Una cama suave.

Ella frunció el ceño, sus profundas cejas caoba juntándose sobre sus ojos color azul cristalino.

—¿Nick?

Un borrón de sensaciones se arremolinó en él, el cuerpo de Lauren presionado al suyo, sus brazos alrededor de su cuello, sus labios moviéndose sobre los suyos mientras su lengua acariciaba la de ella. ¿Un beso? ¿La había besado? ¿Lo había besado de vuelta? ¿Cuándo?

Él parpadeó. Una ola de mareo rodó sobre él, volviéndolo todo borroso de nuevo. El algodón en su cabeza hizo sonar el aire como piel rasgándose sobre un micrófono encendido al máximo. Lamió sus labios secos y cosquilleando, pasando una inestable mano a través de su cabello.

—Me siento como la mierda.

—¿La vida de una estrella de rock?

No pudo perderse la agudeza en su voz. Bajando su mano, él le dio una sonrisa torcida, haciendo su mejor intento para ignorar la manera en que su corazón latía más fuerte ante la cremosa perfección de su piel y el puñado de pecas en sus mejillas. Dios, amaba esas pecas.

—Si te refieres a una vida de desenfreno y uso de drogas —dijo él manteniendo su propia voz relajada a pesar del entusiasta flujo de sangre yendo a partes completamente inapropiadas de su cuerpo dada la situación—, estas medio en lo correcto. La última vez que un narcótico y yo tuvimos algo que ver con el otro fue la vez que tú y yo compartimos un porro detrás del cobertizo de la Sra. Forester.



Las mejillas de Lauren se ruborizaron y dejó salir un suspiro, entornando sus ojos.

—Por supuesto que recordaría eso —lo pinchó con un dedo—. Tu padre me culpó por eso desde ese día hasta que se mudaron de vuelta a Newcastle.

Nick rió, el dolor en su cabeza haciéndole eco al latido del hipo.

—Fue tu culpa. Fue tu primo quien nos lo dio.

—Y *tu* primo quien nos delató con tu papá. —Lo fulminó con la mirada, sus pecas un color más oscuro gracias al rubor que aún manchaba sus mejillas—. Porque pensé que compartir un porro con el hijo de un policía era una idea brillante que está más allá de mí.

Él le sonrió. Su latido del corazón era sólo un poco más fuerte; su ingle notaba que ella aún lucía hermosa cuando estaba indignada.

—¿Porque querías meterte en mis pantalones?

Ella entornó sus ojos de nuevo, cruzando sus brazos sobre sus pechos, pechos que, no pudo evitar recordar, eran pesados, llenos y divinos para tocar y chupar y...

Su pene se movió en sus pantalones. Su maldito pene estaba casi hinchado completamente. Mierda, ahora no era el momento de tener una erección.

Huh. Lauren Robbins está en la misma habitación que tú. Esa era una vez el momento perfecto para tener una erec...

—Yo no quería meterme en tus pantalones —se quejó ella—. Tú querías meterte en los míos.

—Aún quiero.

La confesión salió antes de que pudiera detenerla. Colgó en el aire entre ellos, innegable, irrefutable y malditamente inconveniente. Cómo se sentía por Lauren Robbins no tenía relevancia en esta situación. No era el por qué estaba aquí. El que quisiera acostarla en esta cama —¿su cama? no olía como ella— reencontrarse con su atractivo y hermoso cuerpo dominaba sus acciones. Que quisiera perderse en su carnosa y generosa boca, sus redondos y hermosos pechos, sus largos y firmes muslos, y su cálido coño no tenía influencia en su comportamiento en absoluto. No podía. Él estaba



aquí para invitarla a una boda y decirle que lamentaba haber roto su corazón. Eso era todo. Nada más.

Y aun así tu pene está tan duro como un maldito poste y tu pulso está golpeando en tu garganta. ¿Recuerdas esto, Nick? Esta es la manera en la que solías sentirte cada noche que estaban juntos. Cada noche que le hacías el amor. Antes de que tú te fueras.

—Lauren, no quise...

—¿Por qué estás aquí, Nick? —lo interrumpió con un susurro.

—Así que, ¿el famoso Nick Blackthorne está despierto?

Nick se sobresaltó ante la nueva voz, la nueva voz *femenina*. Se alejó un poco de Lauren, moviendo su mirada en dirección de la voz con el dolor punzante en su cabeza aumentando al hacerlo.

Una alta y esbelta mujer con cabello más oscuro que una noche sin luna y ojos del mismo negro estaba parada en la entrada abierta de la habitación. Sus cejas estaban alzadas, sus labios lucían para todo el mundo como si estuvieran perdiendo una batalla con una sonrisa.

—Debo admitir —continuó cruzando la habitación para pararse junto a Lauren, que tenía la misma casi sonrisa jugando en sus labios—, no sé si ponerme como toda una fanática y desmayarme o reírme a muerte porque Lauren te noqueó con su bolsa de mano.

Nick se rió, dándole a su sien un masaje.

—Si hubiera sabido que un día me iba a golpear en la cabeza con ella, le habría dado una bolsa de sobre en su lugar.

La mujer alzó sus cejas incluso más alto.

—¿Tú se la diste? —Ella rompió a reír, el sonido rebotando alrededor de la habitación en libres carcajadas de alegría—. Oh, eso no tiene precio.

Nick sonrió, incluso mientras su cabeza dolía.

—También fue la bolsa que le compré con las regalías de mi primer sencillo.

—¿En serio? —La mujer se acomodó en la cama junto a Lauren, enviando frescas olas de dolor a través de la cabeza de Nick—. Eso es tan romántico.



Lauren dejó escapar un resoplido.

—Romántico es llamar a tu novia para su cumpleaños desde el otro lado del mundo *sin* una mujer en el fondo susurrando y clamando tu nombre.

El comentario golpeó a Nick como un puñetazo. Su sonrisa se desvaneció. Recordaba el incidente al que Lauren se estaba refiriendo demasiado fácilmente. Había sido su segunda semana de gira en Reino Unido y él era un ingenuo chico de veintiún años metido en un mundo de adulación con el que no estaba preparado para lidiar, una habitación de hotel del segundo piso con una ventana a la que debió ponerle seguro y una fanática que no había tomado un no como respuesta. La mujer —de dos veces su edad por su apariencia— se había aventado al escenario durante la presentación de esa noche, gritando el nombre de Nick. Acarreada por la seguridad contratada para el concierto, ella prometió volver por él más tarde. Mantuvo esa promesa, justo a la mitad de la ansiosamente esperada llamada a Lauren por su cumpleaños número diecinueve. Aslin había sido contratado al día siguiente. Lauren había necesitado dos semanas para calmarse.

O eso pensaba Nick. Parecía que no había sido apaciguada en absoluto.

Tal vez deberías irte ahora, Nick. Ella no te ha hecho sentir exactamente bienvenido.

¿Entonces por qué el recuerdo de un beso seguía molestándolo? El recuerdo de los dedos de Lauren en su cabello, su lengua tocando sus dientes y su lengua, sus senos contra su pecho...

Su cabeza daba vueltas. Su pene palpitaba.

¿Ella lo había besado? ¿Afuera en su viejo parque de juegos? ¿En algún lugar entre golpearlo y que él se desmayara... dos veces... lo había besado? Y si lo había hecho, ¿qué significaba eso?

—Err... —dijo la recién llegada colocada junto a Lauren luciendo sin duda inquieta.

Él le dio una sonrisa irónica, colocándose más derecho en un intento de esconder su bastante insistente erección.



—Lo que Lauren está tratando de decir es que yo era un idiota de primera clase en ese entonces. Un inocente y bastante despistado idiota de primera clase, pero un idiota aun así.

La mujer lanzó una mirada de lado a Lauren, como si estuviera esperando que ella se uniera a la conversación.

Lauren no lo hizo. Se levantó, limpiando sus manos en sus muslos. Muslos que, notó Nick, aún lucían asombrosos en ajustados pantalones.

—Lamento haberte noqueado, Nick —dijo, luciendo como si *no* lo lamentara—. Pero Jennifer aquí dice que vas a estar bien, ¿entonces si quieres decirme dónde está tu auto...?

Nick le lanzó a Jennifer una sonrisa.

—¿Tú dices que estoy bien? ¿Eres doctora?

Jennifer le sonrió de vuelta.

—Veterinaria.

Él se rió, su cabeza doliendo todo el tiempo.

—Por supuesto que lo eres. —Giró su mirada hacia Lauren donde estaba parada, a unos pies lejos de la cama con sus manos metidas debajo de sus axilas y sus dientes mordiendo su labio inferior. La urgencia de bajarse de la cama, aún no sabía a quién le pertenecía, pero algo le decía que no era de Lauren, aumentaba a través de él. Bajar de la cama, caminar hacia Lauren, capturar su cara entre sus manos y besarla hasta el sinsentido.

Pero no lo hizo. Él podría ser una estrella de rock para el resto del mundo, pero justo aquí, justo ahora, era solo el ex novio que había aparecido inesperadamente, es decir, tenía algo que explicar. Y algunas preguntas que hacer.

—¿Estás casada?

Entonces, ¿no vas a tomar la ruta discreta hoy, Blackthorne?

Contuvo una maldición. Bien, el golpe en la cabeza obviamente le había hecho más daño del sospechado. Como destruir la habilidad que él tenía de controlar lo que estaba saliendo de su boca.

Lauren lo miró boquiabierta. Jennifer resopló.



—No, no lo está, pero tiene un...

—Otra cita —dijo Lauren rápidamente apresurándose sobre Nick—. Entonces, ¿puedes decirme dónde está tu auto? —Envolvió sus dedos alrededor de su brazo, justo encima de su codo y le dio un abrazo amable.

Dos cosas pasaron a la vez. Un leve dolor pasó a través de su cabeza ante el cambio de posición de su torso y su aliento se quedó atrapado ante el repentino y completamente vívido recuerdo de los dedos de Lauren contra su brazo en su antiguo parque de juegos un segundo antes de que él la besara.

Un latido antes de que ella le devolviera el beso.

Su mirada se encontró con la suya.

—Tú sí me besaste.

—¿Lo besaste? —chilló Jennifer.

Los ojos de Lauren se ampliaron.

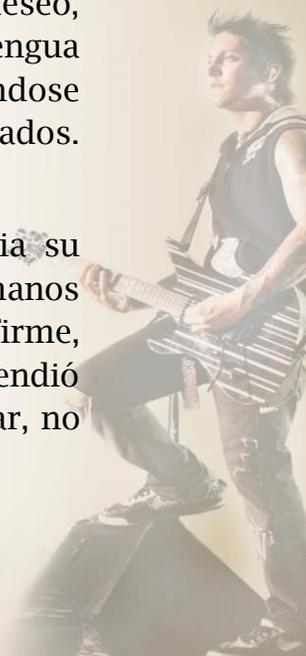
—Yo... yo...

Nick se levantó lentamente, hasta que estaba de pie directamente ante ella, sus muslos rozándose, sosteniendo su mirada todo el tiempo.

—Me besaste —repitió él en un bajo murmullo—. Justo así.

Él bajó su cabeza y tomó los labios de ella con los suyos. Eran suaves, como los recordaba ser. Suaves, dulces y cálidos. Los acarició con la punta de su lengua. Una exquisita tensión se expandió a través de su cuerpo cuando se separaron. La lengua de ella tocó la suya, dudando, casi tímida. Fue suficiente. Suficiente para traer su pasado, su pasión, su deseo, precipitándose de vuelta a él. Gimió, bajo y sin vergüenza, metió su lengua más profundamente en la boca de ella, con sus manos envolviéndose alrededor de su cintura para atrapar su blusa en dos apretados puñados. Ella gimió en respuesta, el sonido empujándolo sobre el borde.

Con otro gruñido —éste mucho más agresivo— él tiró de ella hacia su cuerpo, tomando completa posesión de su boca mientras sus manos vagaban por su espalda. Ella encajaba en su figura con perfección, firme, suave y atractiva. Nada había cambiado. Su cuerpo contra el suyo encendió una necesidad primitiva en él que nunca había sido capaz de vocalizar, no



en una canción o palabra, sin importar cuantas veces lo intentara. Provocaba un deseo más allá de lo físico.

Él paso sus manos arriba por su espalda y entrelazó sus dedos en su hilado cabello cobre, más corto de lo que había sido la última vez que la había visto pero no menos sedoso, no menos intoxicante con sus gruesas, descontroladas ondas.

Lauren gimió, sus caderas presionándose con más fuerza contra las suyas. Conciencia al rojo vivo se disparó a través de él, una tensión crepitante que hizo que su pulso se acelerara y sus bolas dolieran. Él saqueó su boca con avidez desesperada, bebiendo su aliento, su igualmente hambrienta necesidad. Esto... esto... ¿por qué se había alejado de esto? ¿Estaba loco?

Ella gimió otra vez, sus manos deslizándose arriba por su camisa, escabulléndose debajo de su cuello. Su piel tocó la de él y no había nada vacilante acerca del contacto. Ella extendió sus dedos sobre sus hombros, en la parte trasera de su cuello y en su cabello, tirándolo más profundamente en su beso. Su lengua emparejaba con la de él, intensa y demandante. Un ruido sonó a la izquierda de Nick —distante y sin importancia— como alguien tosiendo... pero a él no le importaba. Lauren estaba besándolo. Su Lauren. Su diosa. Ella estaba besándolo y moviendo su sexo contra él y sosteniéndolo como si nunca fuera a dejarlo irse otra vez.

Cristo, ella lo infundía con calor. Con vida. Porque demonios había...

—¡Ejem!

La palabra arañó los sentidos de Nick, alta y llena de risa. Con un suspiro, Lauren se apartó de él, tambaleándose hacia atrás mientras giraba su mirada hacia la mujer sonriendo y observándolos desde la cama. Sus mejillas estaban llenas de un color rosa fresco, pero fueron sus labios los que llamaron la atención de Nick. Estaban hinchados y brillantes por su beso. Su polla dio un pequeño tirón insistente a la vista en sus pantalones. Quería besarla de nuevo. Besarla, abrazarla y follarla.

—Supongo que eso aclara mi siguiente pregunta.

La declaración entre risas de Jennifer sacó su mirada de la cara enrojecida de Lauren.



—¿Qué pregunta es esa? —preguntó él luchando por controlar su voz. Y contra el impulso de meter la mano en sus pantalones y ajustarse. Joder, sentía dolor allí, su polla estaba hinchada, bombeando y llena de sangre, exigente y atrapada en un ángulo extraño.

La veterinaria enarcó las cejas.

—¿Cómo se está sintiendo tu cabeza?

Por una fracción de segundo, Nick pensó que estaba hablando de la única cabeza que parecía importar en ese preciso momento, el bulbo en la punta de su pene tratando de escapar de sus vaqueros. Él parpadeó, sin palabras, antes de que el pensamiento racional le diera una patada en el culo y la comprensión llegara. Se tocó la sien para demostrarle que sabía de qué cabeza le estaba hablando.

—Mi cabeza está bien, gracias, doc.

—Bien —espetó Lauren, su voz muy lejos de estar controlada—. Entonces puede irse.

—No lo creo, profesora. —Jennifer se empujó de la cama y les dio a ambos una mirada firme, sus ojos negros brillando con alegría apenas disimulada mientras se volvía hacia Lauren—. Como médico del señor Blackthorne debo insistir en se quede quieto durante al menos veinticuatro horas.

—No eres su médica. Eres una veterinaria.

Jennifer hizo un sonido desdeñoso.

—Animal, estrella del rock. Todo es lo mismo cuando se trata de vasos sanguíneos rotos y contusiones.

Nick asintió.

—Estoy de acuerdo. No estoy en condiciones de conducir de vuelta a Sydney en mi estado.

Lauren rodó sus ojos.

—¿Y qué condición es esa, Sr. Blackthorne?

—Lujurioso —ofreció Jennifer antes de que Nick pudiera decir una palabra.

Lauren soltó un bufido.



—Iluso me gusta más.

Las cejas de Jennifer se levantaron.

—Hey, acabo de verla meter su lengua hasta su garganta con tanto entusiasmo como él la metió en la suya, señorita Robbins, así que puede dejar de actuar indignada.

—Yo...

Pero la mujer no le permitió a Lauren terminar.

—Ahora, si me disculpan, tengo otro lugar en el que estar.

La boca de Lauren se abrió.

—No, no lo tienes.

Sin embargo, para deleite de Nick, Jennifer no le hizo caso, giró sobre sus talones y cruzó la habitación en unos pocos pasos largos.

—Asegúrense de limpiarse después —lanzó sobre su hombro un segundo antes de caminar por la puerta y cerrarla detrás de ella.

Nick se echó a reír, incluso cuando sus testículos crecieron más y su polla se sacudió. Sabía que si dejaba que Lauren tuviera la oportunidad trataría de negar lo que acababa de suceder. No iba a darle esa oportunidad. Justo cuando ella se volvió hacia él, con el rostro resplandeciente, el dedo levantado y sin duda lista para decirle que se fuera al infierno, deslizó su mano en el pelo de la nuca de su cuello y reclamó su boca una vez más.

Ella luchó contra el beso. Exactamente por un latido salvaje. Y entonces se entregó a lo que ya tenía en completo control a Nick, puro deseo innegable. El deseo de su pasado, el deseo que los había alimentado durante tanto tiempo que nada más había importado.

Adoró su boca, sus labios, su garganta. Marcó líneas a lo largo de su mandíbula, hasta su oreja, de nuevo a sus labios. Ella gimió sonidos sin sentido que llenaban su polla con descarada necesidad. Palabras susurradas cayeron de sus labios, palabras que pertenecían a frases inconclusas como.

—Esto no puede... Tengo que... Yo... Tú... Por favor...



Cuando él sacó su mano derecha de su cabello y con ella cubrió su pecho, Lauren contuvo el aliento con sus caderas empujando las suyas en una demanda silenciosa. El pezón se presionó contra el centro de su palma, duro e insistente. Un temblor la sacudió y ella dejó escapar un suspiro.

—Nick... por favor.

Él sabía que ella estaba pidiendo que se detuviera mientras le estaba rogando por más. Su voz tembló, desgarrada por la necesidad y la confusión.

—No pidas que me detenga, Lauren —gimió él contra su garganta. Pudo sentir su pulso debajo de sus labios, rápido y fuerte—. A menos que en realidad quieras que me aleje, en este momento, no pidas que me detenga.

—Nick. —Se atragantó, sus caderas balanceándose en su contra—. No podemos hacer esto...

Él levantó la cabeza, su mirada vagando por su cara. Su respiración entrecortada acarició sus labios, sus ojos estaban cerrados, su cara grabada con placer. Placer que le había dado a ella con sólo un beso. Un beso.

—¿Estás con alguien, Lauren? —Su estómago se revolvió con la voz quebrada por la pregunta. Tenía que preguntar. No importaba lo mucho que odiara la respuesta esperada—. ¿Por eso quieres que me detenga? ¿Es por eso que estamos luchando muy duro para negar lo que es tan innegable? Si es así, voy a parar. Voy a parar ahora mismo. —Tragó saliva, apretó los dientes—. Sólo dime si lo estás.

Sus ojos se apretaron más fuertemente. Sus dientes atraparon su labio inferior. Ella no respondió.

Se le hizo un nudo en el estómago. Su polla palpitaba. Ella era tan suave en sus brazos contra su cuerpo. Su calor estaba tan cerca de él, sus pechos tan llenos, sus labios tan dulces. Joder, la deseaba. Más de lo que podía comprender. Quería enterrarse en su calor y darle todo lo que él era.

¿No estabas aquí sólo para hacer una pregunta?

Lo estaba. Y la había hecho. Y ella no había dicho que sí.

—Permíteme hacer el amor contigo, Lauren —apretó la boca en la base de su garganta, acariciando con la punta de la lengua la hendidura poco profunda—. Déjame enseñarte lo que ambos una vez tuvimos.



Metió la mano bajo su camisa, su cabeza nadando en el calor de terciopelo de su piel. Sus dedos bailaron sobre su caja torácica antes de rozar la curva de su seno. El encaje raspó sus dedos y una imagen de Lauren en ropa interior llenó su cabeza, haciéndolo enloquecer un poco más. A ella siempre le habían gustado hermosos sujetadores de encaje y bragas, por lo general de color blanco o el más profundo Borgoña. ¿De qué color los llevaba hoy?

Su corazón golpeó más rápido ante el pensamiento y, sin poder detenerse, movió su brazo, agrupando su camisa para revelar lo que su mano quería desesperadamente tener.

—Oh, nena —gimió, su mirada cayendo sobre un sujetador de color rojo cereza ahuecando perfectamente su pecho. El pezón tenso en el delicado encaje llamaba su atención y hacía que su respiración se aceleraba—. Eres tan hermosa como recuerdo.

Se inclinó y tomó un pezón en su boca, rodando su forma tensa con la lengua antes de chuparlo fuertemente a través del encaje.

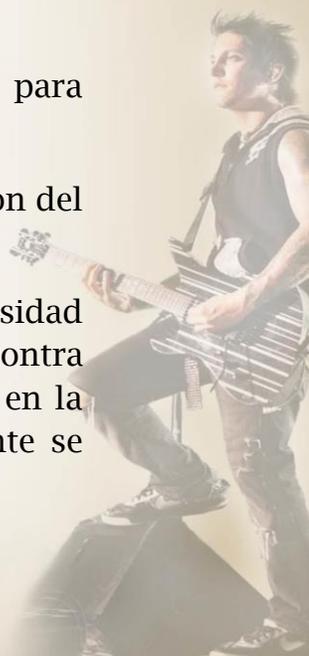
—Nick. —Lauren pasó las uñas por sus hombros, sus caderas sacudiéndose hacia adelante. Apretó la mano libre en la parte baja de su espalda, manteniéndola quieta mientras él acercaba su pecho. Gimió, aferrándose a él, esos sonidos sin palabras deslizándose de ella otra vez. Sonidos sin palabras que crecían en ásperas suplicas—. Oh, Nick, se siente tan bien. Tan bueno...

Él lamió su pezón, lo cogió entre los dientes y movió su lengua por él. Ella se arqueó en sus brazos, una pierna larga se envolvió alrededor de la parte posterior de su muslo. Su sangre rugió a través de sus venas, en sus oídos ante el calor de su sexo, su coño, tan cerca de su ingle. Lo empujó peligrosamente cerca del borde.

—Jódeme —gruñó contra su pecho pasando la mano hasta su culo para agarrar su mejilla izquierda—, estoy a cinco minutos de...

Ella levantó la mano y tiró de su sujetador a un lado, liberando el pezón del encaje que lo ocultaba, y el resto de su frase se perdió.

Él se pegó al punto de carne tensa, envolviéndolo en su boca con necesidad hambrienta. Lauren gimió y se arqueó hacia él, acariciando su calor contra la longitud de su erección a través de su ropa, sus uñas clavándose en la parte posterior de sus hombros. Una parte desconectada de su mente se



preguntaba dónde había desaparecido su chaqueta de cuero. Una parte más afectada señalaba que le importaba una mierda. Lauren Robbins estaba en sus brazos. ¿Quién coño se preocupaba por una chaqueta?

Él ahuecó su pecho, ahora completamente liberado de su sujetador, más profundo en su palma, masajeando su hermoso peso mientras se alimentaba de su pezón. Con cada succión y mordisco, ella gimió, empujando su coño más duramente contra su polla. Su tensa y palpitante polla.

Ah, Cristo, estaba cerca de llegar.

Siempre fue así con Lauren, Nick. Perdías el control cada vez que te tocaba. Perdías el control y te perdías tú mismo en su calor, su olor, su sabor...

La idea lo quemó, caliente y potente. Cada canción que él había escrito era sobre ella, cada rima había sido forjada por lo que habían tenido y porque se había alejado.

Y ahora allí estaba, su carne en su boca, su pezón debajo de su lengua, su placer convirtiendo el aire en almizcle.

Cristo, quería estar dentro de ella.

Se enderezó de su pecho, rozando su barbilla y boca con los labios antes de arrastrar el dedo pulgar sobre su pezón.

—Déjame hacerte el amor, Lauren. En este momento.

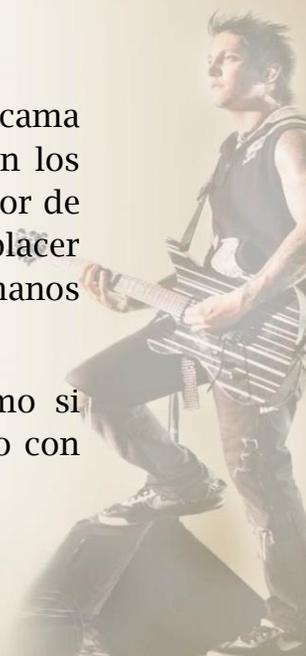
Ella abrió los ojos, mirándolo a través de sus pesados párpados.

—Nick...

Su nombre salió de sus labios, parte súplica, parte demanda.

Sin otro segundo que perder, él la arrastró a sus pies, la tiró sobre la cama y la aplastó contra el colchón con su cuerpo. Capturó sus labios con los suyos, su beso tan salvaje como su lujuria. Su cabeza rugió con el dolor de su conmoción, insignificante ante la extrema necesidad, el placer concentrado consumiéndole. Ella se retorció debajo de él, sus manos arañando su espalda, su sexo deslizándose contra su erección.

Joder, se sentía tan bien. Tan bueno. Tan potente y crudo. Era como si fueran dos adolescentes en celo de nuevo, descubriéndose uno a otro con



toda la fuerza de la necesidad hormonal. La primera vez que la había poseído había sido sólo eso, apenas legal y tan jodidamente caliente que apenas había acariciado su estrechez una vez antes de perder su carga. La segunda vez, quince minutos más tarde, había sido tan caliente, tan potente. Ella había llorado por su nombre dos veces, le había rogado por más. Le dijo que lo amaba.

Y él había enterrado la cara en su cuello, con una mano sobre su pecho, una mano anudada en la sabana de su cama, su polla enfundada dentro de su calor húmedo, y le dijo que la amaba, que la amaría siempre.

¿Joder, cómo había dejado que todo fuera tan mal?

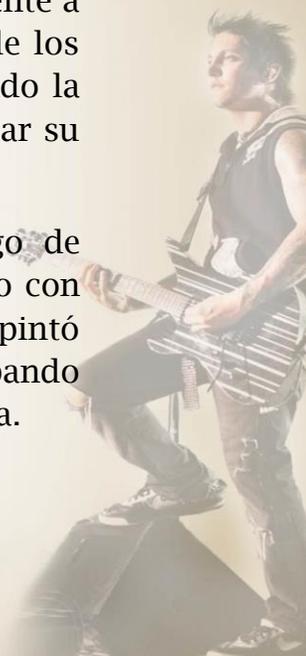
Arréglalo ahora. Dale todo lo que debió tener los últimos quince años. Haz que recuerde lo que era. Hazla gritar tu nombre. Hazle rogar por más. Haz que te ame de nuevo.

Rompió el beso, metió las manos bajo el dobladillo de su camisa y la tiró hacia arriba sobre su cabeza antes de que pudiera emitir sonido alguno. Sus pechos se agitaron con la fuerza de su desvestir, sus pezones eran puntos duros; uno todavía atrapado por la copa de su sujetador, uno revelado a su mirada. Con un gruñido, le arrancó la escasa ropa interior y Lauren chilló haciendo que su polla saltara en sus vaqueros.

Él capturó primero un pezón y luego el otro con la boca, succionando con deseo voraz. Ella gimió y se retorció debajo de él, sus dedos arañando sus hombros. Con otro gruñido, él la agarró por las muñecas y las sujetó a la cama a su lado mientras él chupaba a fondo sus pechos. Hizo sonidos, sonidos dulces, sonidos sin palabras, sus piernas se envolvieron alrededor de sus muslos, tirando de él más fuerte contra su sexo.

El corazón de Nick latía rápidamente, impulsando la sangre ansiosamente a su eje. El pulso le latía en los oídos, un rápido ritmo haciendo eco de los latidos de su ingle. Él arrastró su boca sobre su piel suave, pellizcando la hinchazón de sus senos cada vez con mayor urgencia antes de deslizar su lengua y labios en la línea de su vientre hacia su ombligo.

Como siempre lo hacía, ella soltó un profundo suspiro. El ombligo de Lauren era una zona erógena y Nick no perdió tiempo arremetiéndolo con atención febril. Rodeó su circunferencia con la punta de su lengua, pintó sus profundidades con grandes lamidas. Ella se resistió cada vez, hipando *oh, sí, sí* y acompañando con cada reacción física la caricia de su lengua.



Cuando sintió que los músculos de sus muslos empezaron a temblar, cuando sintió un temblor recorrer su cuerpo, él se movió más abajo. ¿Cómo no pudo notar el olor de Lauren en su ser con cada respiración que había tomado? Podía saborear su placer, su necesidad, en el aire, era un perfume tan familiar para él que por un momento vertiginoso casi creyó nunca haber estado sin él.

Su barbilla empujó la cintura de sus pantalones. Le soltó las muñecas y buscó su bragueta, levantando la cabeza de su vientre sólo el tiempo suficiente para mirar a sus manos deslizar sus pantalones ceñidos de color carbón por sus caderas.

Su corazón golpeó en su garganta. Su boca se secó.

—Oh, nena...

Se quedó delante de él, descubierta ante su mirada, excepto por un par de diminutas bragas de encaje rojo.

Encaje de su calor, se desliza en mi alma, la aparta de mí para siempre y yo crezco

La letra de una canción que había escrito hacía una década susurró en su mente, una canción sobre una mujer, llamada *Corazón Roto*. Una canción atormentada. Una canción torturada.

Él no quería escucharlas, pensar en ellas. Quería...

—Degustar tu miel en mi lengua —murmuró un segundo antes de que presionara sus palmas en el interior de los muslos de Lauren. Le separó las piernas y bajó la cabeza hasta su coño.

—¡Oh, Nick!

Ella gimió su nombre mientras su lengua acariciaba sus pliegues a través del encaje de su ropa interior, sus caderas empujando hacia arriba para encontrarse con su contacto. Ella contuvo la respiración entrecortada, empujando más sus caderas mientras él daba golpecitos a su clítoris.

El encaje se frotó contra su lengua y él gruñó, enganchó la entrepierna de las bragas con un dedo y las apartó. El olor de su placer llenó su aliento al instante. Su polla se hinchó más por su almizcle sutil.



—Sabes tan bien como recuerdo, nena —habló contra su muslo, sus labios rozando su piel mientras corría la yema de su pulgar sobre su costura húmeda—. Quiero más.

Deslizó el pulgar en su coño, lamiendo su clítoris mientras ella se resistía a su penetración. Ella gritó su nombre, esta vez más fuerte, sus manos agarrando el edredón de la cama. Él movió su pulgar profundamente, chupando la protuberancia de su clítoris en su boca, lamiéndolo una y otra vez con la lengua.

—Nick —jadeó Lauren volviendo su nombre un jadeo sin aliento—. Nick, Yo...Yo...

—Vente para mí, bebé —instó contra su sexo retirando el dedo lo suficiente como para mojar la lengua en sus pliegues húmedos—. Quiero que te ahogues en tu orgasmo.

Él metió su lengua y su pulgar en su calor, retorciendo ambos antes de conducir el pulgar más profundo y azotar su clítoris con la lengua. Sus gemidos se hicieron más fuertes, sus caderas se sacudieron más fuerte. Su polla le dolía en sus pantalones, una barra de acero a punto de estallar. Tan pronto como Lauren llegara, tan pronto como él la llevara al clímax con la boca, él hundiría su longitud en su empapado y apretado sexo. Tan pronto como llegara...

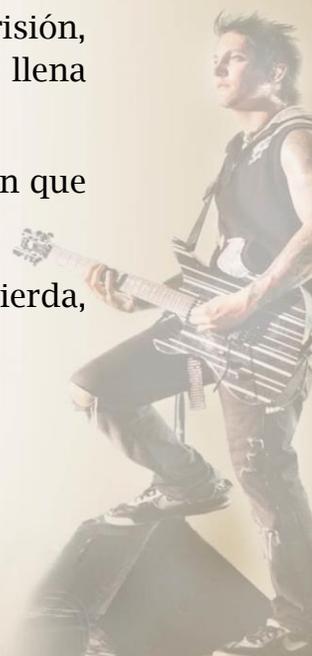
Él atrapó su clítoris con los dientes, mordiéndolo una vez y luego lo chupó.

—¡Mierda! —el grito de Lauren desgarró el aire, la palabra larga y entrecortada—. Oh mierda, sí, sí.

Su crema fluía de ella, mojando los labios y la barbilla de Nick, y aun así él adoraba su sexo. Aun así lo chupó, mordió y lamió, mientras alcanzaba su cremallera con una mano temblorosa. Liberó su polla de su prisión, esparciendo su pre-eyaculación sobre su cabeza bulbosa, con la boca llena de Lauren, con la mente llena de placer, con el corazón lleno de...

Alguien empezó a cantar *Livin' on a Prayer* al lado de la cama. Alguien que *no* era Jon Bon Jovi.

—¡Mierda! —Lauren gritó, su voz alta, presa del pánico—. ¡Mierda, mierda, mierda!



Se tiró hacia atrás, con los talones en el edredón, sus pies golpeando los hombros de Nick. Él se irguió y la miró, su corazón aplastando su garganta ante el horror grabado en su rostro.

—¿Lauren? —Hizo un ademán de arrastrarse detrás de ella, pero ella negó con la cabeza, mirándolo fijamente por un instante con sus ojos muy abiertos y la cara pálida antes de tambalearse hacia un lado y arrebatar su bolso de la mesa de noche.

Livin' on a Prayer, se hizo más fuerte mientras sacaba un iPhone blanco delgado del vientre del bolso y movía su dedo sobre la pantalla. Nick alcanzó a ver una imagen de una persona con el pelo oscuro y una amplia sonrisa, una persona *masculina*, y luego Lauren estrelló el teléfono en su oreja, de espaldas a él, con la columna vertebral erguida.

Miró su espalda, al tirante del sujetador todavía colgando de sus hombros, a la cortina de su pelo alborotado acariciándolos. Su pulso latía rápidamente en su cuello, en su polla.

—Hey, Josh —la oyó decir con voz *casi*, casi controlada, y su boca se secó—. Lo siento, cariño, iba a llamarte.



Capítulo 4

Traducido por Bluedelacour
Corregido por sttefanye

—Sí, sí. —Se rió Josh en su oído, y Lauren cerró los ojos, luchando contra la necesidad de hundirse en una bola y llorar—. Claro que lo hiciste, mamá. ¿Alguna posibilidad de que vas a estar en casa para la cena de esta noche? Quiero decir, es después de las seis, después de todo.

Los ojos de Lauren se abrieron de golpe. Miró su reloj, un bum-bum fuerte golpeando en sus oídos.

Es tu corazón, Lauren. Tu corazón. Latiendo con tanta fuerza porque tu ex te hizo olvidar a tu hijo. Dios, ¿cómo pudiste dejar que Nick Blackthorne te hiciera olvidar...?

—¿Mamá?

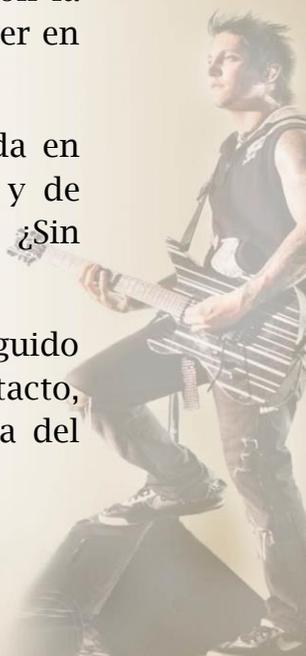
Empezó, parpadeando ante la voz de Josh.

—¿Vas a estar en casa para la cena? —prosiguió—. Quiero decir, si estás planeando permanecer más tiempo de lo normal donde Jennifer, ¿puedo ir dónde Rhys? Él tiene la nueva versión del Rock Band y pensamos que podría...

—Estaré en casa para la cena, Josh —lo interrumpió agarrando su teléfono con más fuerza. Podía sentir la mirada de Nick sobre su espalda, con la espalda desnuda. Miró a su alrededor por la ropa, un nudo sin resolver en su vientre.

Dios, estaba desnuda. Él se las había arreglado para tenerla desnuda en unos diez segundos después de recuperar la conciencia. Desnuda y de espaldas en la cama de Jennifer. ¿Acaso no tienen vergüenza? ¿Sin cordura? ¿Era realmente tan patético? ¿Así de fácil?

Oyó a Nick moverse detrás de ella, un suave susurro de material seguido por los sonidos más suaves de sus pisadas. Se tensó, esperando su tacto, su coño se contrajo. En cambio, con el brazo extendido por encima del



hombro, la camisa y los pantalones se situaron juntos en su mano. No había ningún otro contacto, ningún otro contacto de su cuerpo con el de ella.

Antes de que pudiera detenerse, le lanzó una mirada rápida, su pulso saltó más rápido en la garganta al ver la expresión en su rostro. Estaba perdido. Atormentado.

Sin una palabra, le quitó la ropa que ofrecía, su mirada sosteniendo su inmóvil cuerpo durante un momento antes de que ella apartara la mirada. Maldita sea, ¿de qué tenía él que sentirse todo atormentado? Ella fue la única que había tenido su corazón arrancado. Era la única que había pasado los últimos quince años de su vida anhelando un futuro negado. No Nick. Nick era el que se había levantado e ido. El que había elegido la vida de una estrella de rock sobre ella.

Ella arrugó su ropa contra su estómago revuelto. Tenía que estar lejos de él. Ahora. Era muy difícil pensar con claridad con él a su lado.

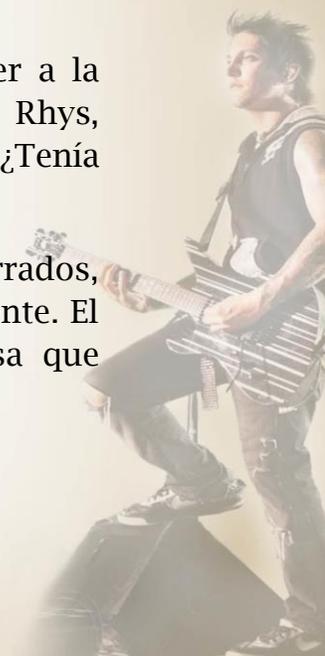
—Josh —dijo ella interrumpiendo a su hijo adolescente, obviamente considerando un buen argumento del por qué irá a la casa de su mejor amiga, argumento que consistía principalmente en la *impresionante* cocina de la Sra. McDowell, sin tarea, la Wii de Rhys y el deseo ardiente de Josh por alcanzar el nivel profesional del Rock Band—. No voy a demorar. Solo sacaré un poco de problemas del camino y luego voy a estar en casa. Voy a tomar un poco de pescado y patatas fritas en el camino, ¿de acuerdo?

—Entonces, ¿puedo ir dónde Rhys?

Debería haber estado enojada con la persistencia de Josh. En cambio, ella se enojó más por la presencia de Nick y el efecto idiota que estaba teniendo en su inteligencia.

—Voy a estar en casa pronto, cariño —dijo negándose a responder a la pregunta de su hijo. No era que no quisiera que Josh fuera donde Rhys, pero, ¿tenía que jugar Rock Band? ¿Tenía que ser tan bueno en eso? ¿Tenía que sonar tan parecido a su padre cuando cantaba?

La última pregunta rebanó su calma tenue y, apretando sus ojos cerrados, ella desconectó la llamada y empujó la pantalla del teléfono a su frente. El vidrio era fresco sobre su piel enrojecida, destacando lo nerviosa que estaba.



Huh. ¿No crees que estar de pie en nada más que tu ropa interior mientras Nick espera detrás de ti resalta lo suficiente? O, ¿qué tal el hecho de que, a pesar de lo loco de la situación, quieres nada más que cerrar la distancia entre ustedes dos, deslizar tus brazos alrededor de su cintura y comenzar a seducirlo de nuevo? ¿Cómo solía hacerlo hace tiempo?

—¿Lauren?

No abrió los ojos al oír su voz. Tampoco giró.

—Lauren, creo que tienes que decirme quién es Josh.

—No, no lo haré.

—Sí, tienes qué... Si él es tu marido, necesito saber. Si es tu novio... necesito saber qué tan serio van.

Lauren se rió. No pudo evitarlo. Sacudiendo la cabeza, abrió los ojos y levantó su sujetador, renunciando al reajuste normal de los senos a favor de empujar sus brazos en las mangas de su camisa y encubrir su torso desnudo lo más rápido posible.

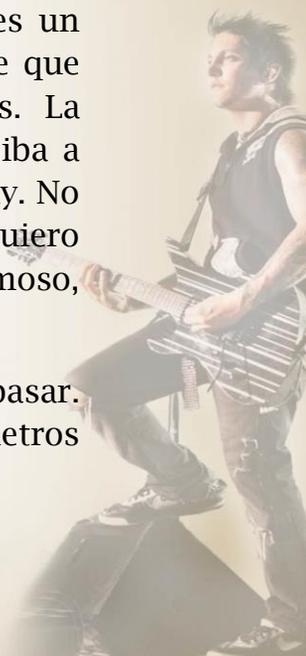
—¿Qué tan seria es la relación? —disparó por encima del hombro—. ¿Con Josh? Muy seria. ¿Acerca de ti yéndote tan pronto sea posible? Más aún.

—Lauren, no quise decir...

Ella vio rojo. En el segundo que esas palabras salieron de los labios de Nick vio rojo. Lo vio. Lo sintió. Giró hacia él, con los puños apretados y la mandíbula apretada.

—Sí, es cierto, Nick. —Ella lo miró, un latido sordo en la sien—. Como siempre, no importa lo que nadie quiera, ya tienes lo que querías. Bien, bravo por ti, señor Blackthorne. Sólo demostraste que todavía tienes un efecto en mi cuerpo. ¿No eres inteligente? Pero también demostraste que no has cambiado nada desde que me dejaste hace quince años. La arrogante estrella de rock egoísta existe todavía, aunque pensé que iba a ser diferente más allá de mí. Así que aquí hay una noticia para ti, Nicky. No quiero que me toques de nuevo. No quiero que me toques, no te quiero cerca de mí y no quiero que me hables. Por favor, vete y sé famoso, elogiado en otros lugares.

La diatriba terminó tan abruptamente como empezó, pero lo dejó pasar. Cerró los ojos contra la mirada de Nick, de pie, pero a unos pocos metros



de ella, con el rostro tan indeleble en su existencia como una marca en su alma. Por toda su postulación e indicando cómo lo había olvidado, todo lo que había tomado era un beso —un beso—, y ella era suya de nuevo. Para hacer lo que él quisiera.

Ella lo odiaba. Por lo que le había hecho hace quince años. Por lo que le había hecho en este momento.

—Lo creas o no, no he venido aquí para hacerte enojar.

Su voz se reproduce más en sus sentidos, grave, profunda y ronca. La voz de Nick nunca había dejado de encenderla. Cuando le cantaba a ella, algo que había hecho a menudo en los primeros años de su relación, su voz había sido todo el juego previo que había necesitado. Ahora, trataba tanto como podía para detenerlo, su cuerpo reaccionó. Su corazón se aceleró, sus pezones se apretaron. La suya era la voz del pecado y el placer. La voz con el poder de la proverbial *flaute de Pied Piper* excepto que en lugar de dejar a los niños fascinados, la voz de Nick Blackthorne seducía mujeres.

—¿Por qué *has* venido aquí, Nick? —preguntó ella—. ¿Fue para demostrar algo?

—No.

La respuesta de una sola palabra era tan obsesiva, ella abrió los ojos y lo miró. Su pulso se estrelló contra su garganta. Esa misma expresión atormentada grabada en su rostro, pero si estuviese en otro hombre haría que su rostro luciera horrible, sobre Nick sólo le hacía parecer todo el magnífico, genio musical más dolorosamente torturado, un hombre dominado por las canciones de su alma. Excepto que no lo era. Lauren lo sabía. Él fue gobernado por su pene y su ego.

¿Sigue sin embargo? ¿Alguna vez lo has visto tan... perdido?

Ella apretó los dientes, cruzando los brazos sobre su pecho y fijando una mirada firme.

—¿Por qué has venido aquí?

Él encontró su mirada con su propia mirada firme.

—Vine a decir que lo siento.



Lauren quería reír. Quería burlarse en su cara. Ella no podía. Su corazón le dolía demasiado como para hacer eso. Se lamió los labios, su boca seca.

—No te creo.

Nick no se inmutó.

—Es verdad. Vine a pedir perdón y pedirte matrimonio.

Lauren parpadeó. Bueno, no lo había visto venir.

—¿Matrimonio?

Nick se echó a reír, un bufido autocrítico que nunca había oído hablar de él antes. Hizo cosas inquietantes sobre su estómago.

—Es estúpido, lo sé, pero recibí una invitación de esta increíble pareja que conocí hace unos meses, una pareja que prácticamente me salvó la vida, y la única persona en todo el mundo con la que quiero compartir su día especial es contigo.

Una masa llenó la garganta de Lauren. Gruesa y rápida y asfixiante. Tragó saliva, pero no desapareció. Tampoco a Nick de repente le crecen dos cabezas. Seguramente eso es lo que estaba destinado a suceder ahora, ¿no? Sin duda, esto tenía que ser un sueño surrealista en el que estaba, ¿verdad? ¿Nick aparece de la nada, dejándola indefensa ante él con un solo beso y luego le pide matrimonio?

—¿Matrimonio? —repitió.

Se encogió de hombros, con una sonrisa ladeada tirando de sus labios.

—Admitiré que no ha ido *exactamente* como lo había planeado, pero luego siempre has hecho de mis planes bucles salvajes, Lauren Robbins.

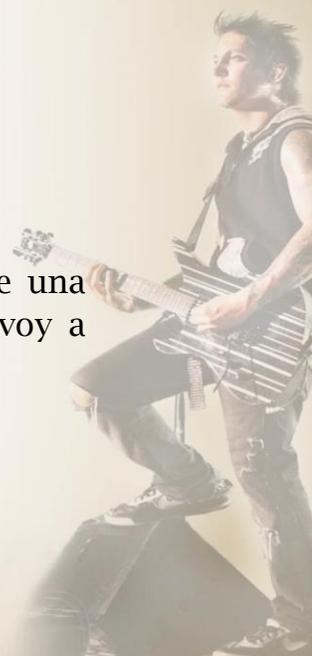
Levantó un dedo, dándole un reducido ceño de ojos.

—No lo hagas.

Se detuvo por un segundo.

—¿Quién es Josh, Lauren? Necesito saber, porque tengo que decirte una cosa aquí y ahora y tu respuesta será de gran impacto en lo que voy a hacer.

—¿Qué tienes que decirme?



Negó con la cabeza.

—¿Quién es Josh? ¿Es tu novio?

Lauren levantó la barbilla.

—¿Si lo fuera? ¿Te irás entonces? ¿Dejarás Murriundah?

Su sonrisa se hizo más torcida.

—No.

—Entonces, ¿qué más da si es mi novio?

Nick dio un paso hacia ella.

—La diferencia es si tengo que competir con alguien, ¿o no?

El corazón de Lauren se cerró más en su ya apretada garganta.

—¿Competir?

—Por ti, Lauren. —Sus ojos grises parecían brillar, como si el más caliente de los fuegos de repente se encendiera en sus profundidades—. Volví para decir que lo siento por arruinarlo, lo siento por alejarme de ti, de nosotros, lo siento por romper tu corazón. Volví a pedir disculpas y a invitarte a una boda. Para compartir un momento de felicidad pura con la única persona con la que he sido verdaderamente feliz, y luego me besaste.

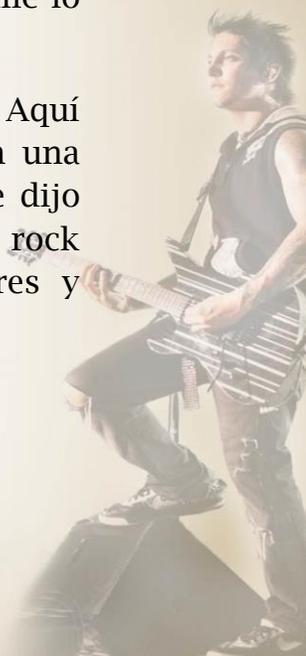
Ella lo miró fijamente.

—¿Y? —La palabra era apenas un suspiro en voz baja.

—Y luego pediste más, y sabía que tenías más para dar. Mucho más. No tengo más que darte, Lauren. Tengo quince años más para darte, si me lo permites, y luego mucho más.

—No. —Ella negó con la cabeza. Lo ridículo de la situación la golpeó. Aquí estaba de pie en la habitación de su mejor amiga vestida sólo con una camisa y ropa interior como la mayor estrella de rock del mundo, le dijo con toda claridad que la deseaba. Una vez más. La mayor estrella de rock del mundo, que podría tener a quién quisiera, que había hombres y mujeres que se lanzaban a él a diario, la deseaba.

Di que sí.



Ella negó con la cabeza.

—No.

—No, no me vas a dejar, o no, no me dirás quién es Josh.

—Las dos cosas.

Dio otro paso hacia ella.

—Lauren, por favor.

Ella lo miró, con las cejas hechas nudos.

—Nick, ¿tienes alguna idea de lo que me hiciste hace quince años?

—Creo que sí. Y quiero mostrarte cómo jodidamente lo siento.

—No puedo dejar que hagas eso. —Ella cogió el labio inferior con los dientes, abrazándose a sí misma—. Sobreviví apenas la última vez que te fuiste. Ahora, no es sólo que... —Se mordió el labio otra vez—. Sólo soy una maestra de escuela en un pequeño pueblo que no tiene un solo semáforo, y eso me gusta. Eres Nick Blackthorne. Te reúnes con la realeza y vuelas en aviones privados y las mujeres te envían su ropa interior usada. ¿Estás hablando de la competencia, Nick? No puedo competir con *eso*. No puedo y no lo haré. No es justo para mí, y no es justo para Josh.

Los ojos de Nick brillaron en ese mismo ardor negro.

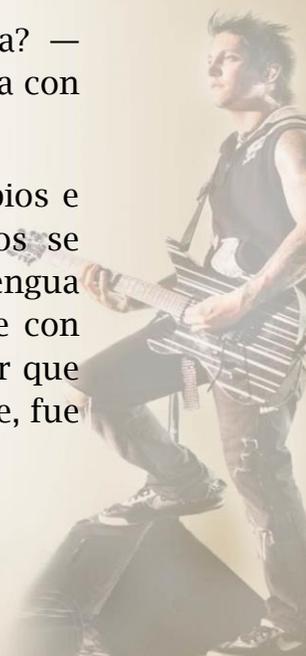
—Él es un tipo con suerte, este Josh.

Lauren tragó.

—Me gusta pensar que sí.

—Pero dime, Lauren —murmuró—. ¿Te hace sentir de esta manera? —Destruyó la distancia entre ellos en un solo paso para capturar su boca con la suya.

El beso fue profundo, completo y totalmente posesivo. Exigió sus labios e hizo sus rodillas débiles. Sus manos le tomaron la cara, los dedos se detuvieron en sus templos, sus pulgares acariciando sus mejillas. Su lengua se adentró en su boca, en busca de ella. Encontrándola, apareándose con ella. Quería detenerlo, ella sabía que debería, que era una locura dejar que la besara así, pero al segundo que la idea de alejarse entró en su mente, fue



arrastrado por las olas del deseo y la necesidad que el beso de Nick envió, surgiendo a través de ella.

Ella gimió, entregándose a sí misma a ese deseo. Por un momento, sólo un momento. ¿Seguramente ella podía permitirse un momento más?

Nick gimió de nuevo, un sonido crudo tan lleno de que la quería. Su calor se filtró en ella, su cuerpo duro y delgado en su contra. Tan duro. Todo él.

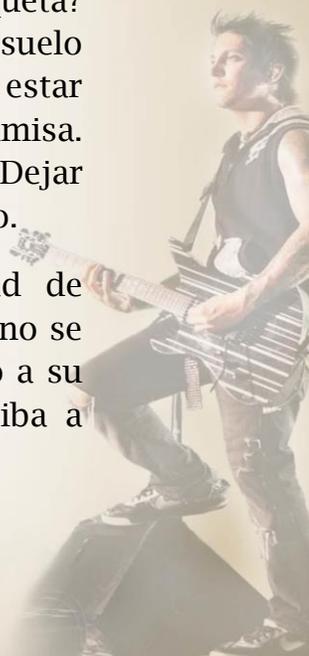
Ella se subió, rodeando sus caderas. Su erección se apretó contra su vientre, y no por primera vez en su vida por ser besada por él, ella deseaba ser más alta. Deseó que fuese de su altura para que su sexo pudiera alinearse con el suyo. Necesitaba sentir su larga y gruesa longitud en su monte de Venus. Sólo por un momento...

—Joder, me encanta besarte —el gemido de Nick pronunciado contra sus labios, envió ondas de calor apretado en su núcleo—. Es como besar a un ángel ardiente.

Su lengua se limpió sobre la de ella antes de que pudiera responder. ¿O tal vez lo hizo? ¿Tal vez el gemido en la garganta y el empuje de sus caderas más duro contra su cuerpo era su respuesta? No estaba segura de nada. No estaba segura de lo que había estado haciendo antes de este beso. Su mente no parecía ser de ella nunca más. Se perdió ante el placer que brotó dentro de ella. Todo debido a los labios de Nick, la lengua de Nick, el beso de Nick. Su sangre rugía en sus oídos y su vagina palpitaba. Deslizó sus manos por el torso, los músculos esculpidos bajo sus palmas, tensados a su contacto. Le gustaba eso. Le gustaba el efecto que tenía sobre él. Ella deslizó sus dedos sobre sus pezones, apretando su sexo, ya que se arrugaron en puntos más apretados bajo el material de su camisa.

Su camisa. Señor, ¿por qué no se le había quitado, junto con la chaqueta? ¿Sólo para estar segura de que no había sido herido cuando cayó al suelo en la escuela? Si ella le hubiera quitado la camisa de su piel podría estar tocando su piel ahora. De hecho, debe eliminar su propia camisa. Compartir el calor de su cuerpo con él. Dejar que su calor lo sane. Dejar que su cuerpo calme el dolor que le había causado. Sólo era lo correcto.

Ella trató de apartarse, trató de soltarse del beso. La necesidad de desnudarse era demasiado poderosa como para ignorarla, pero Nick no se lo permitió. Sus manos recorrieron su espalda, sus brazos apretando a su alrededor, como si temiera que fuera a alguna parte. ¡Ja! Ella no iba a



ninguna parte. ¿Por qué iba a hacerlo, cuando Nick la estaba besando con tal abandono despiadado y avaricia? Cuando su firme erección estuvo contra su vientre, una prueba innegable de su deseo por ella, gimió de nuevo, apretando sus músculos más profundos, con ganas de lo que su cuerpo y su corazón recordaban con demasiada facilidad —Nick dentro de ella, poseyéndola.

Llenándola. Follándola.

Haciendo el amor con ella.

Como lo *hacía* antes.

Como antes.

El pensamiento se coló por el placer creciente que consumía su mente. Como antes. Tiempo pasado. Había una razón para eso. Él la había dejado. Para algo más. Para las groupies, las aspirantes a estrellas.

Ella apartó los labios de él, volviendo la cabeza hacia otro lado. Tenía que parar esto, luchar contra ello.

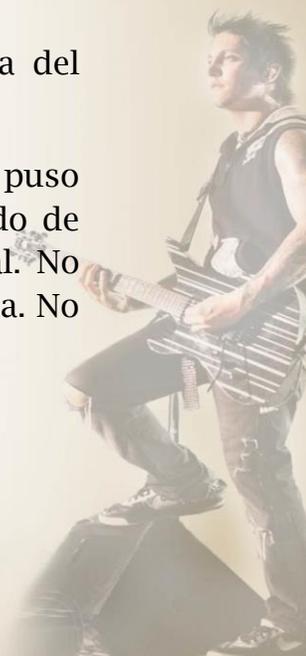
Los dedos de Nick encontraron su barbilla, volviendo la cara hacia él, a la vez determinado y rehusándose a la pelea. Su boca capturó la de ella otra vez, su lengua y sus labios cada vez más feroz. Arrogante.

Placer dulce se estrelló a través de Lauren. ¿Cómo iba a resistirse a esto? Nunca nadie la había besado como Nick, con tal propósito único y hambre. Con un hambre que le hacía sentirse adorada, sensual y sin sentido y deseada más allá de la razón.

Nadie más la había hecho ansiar más que Nick. Nadie había hecho su alma cantar.

Oh Señor, ella todavía estaba enamorada de él. Todavía enamorada del hombre que le había roto el corazón y *mató* la canción en su alma.

Un escalofrío arrasó el placer embriagador tratando de consumirla. Se puso rígida, su estúpido, tonto corazón saltando en su garganta, su estado de embriaguez cerebral finalmente se ponía al día con su salud mental. No podía hacer esto. No podía hacer esto de nuevo. No era bueno para ella. No es bueno para Josh. No es bueno para nadie.



Apoyó las palmas de las manos sobre el pecho de Nick y empujó. Duro. Duro lo suficiente como para obligarlo a retroceder un paso tambaleante. Él la miró fijamente, jadeando, con los ojos ardiendo. Se veía hermoso, sexual y peligroso. Oh mierda, si él la tomaba de nuevo...

—No —dijo con voz ronca sacudiendo la cabeza—. No puedo.

—Apuesto a que Josh no te besa así, Lauren —dijo, su voz tan tensa como la suya. Sacó una respiración entrecortada, con los ojos entrecerrados, sus pupilas dilatadas—. Dime que lo hace y me iré en este momento, pero voy a saber si estás mintiendo. Siempre lo hago. No quiero competir por ti, nena, pero lo haré. Te mostraré lo que este Josh no te puede dar, voy a volver a despertar el placer que te di hace tantos años, hasta que no puedas pensar en nadie más que en mí. Hasta que se te olvide todo acerca de Josh y déjame hacerte mía de nuevo.

Caliente, tensión apretada clavó en el núcleo de Lauren con la declaración de Nick. Su sexo se contrajo, se humedeció. Se quedó sin aliento en el deseo desnudo en sus ojos.

Su pecho se apretó con la presunción arrogante de sus palabras. Nick la estrella de rock. El hombre acostumbrado a conseguir exactamente lo que quería. Maldito sea.

Apretó su mandíbula, inclinando su barbilla para arreglarlo con una mirada firme.

—Nunca me olvidaré de Josh, Nick Blackthorne. Me voy a olvidar de ti en el momento en que te alejes de mí, otra vez, como lo hice hace quince años, pero nunca me olvidaré de Josh. Nunca. Y tú nunca, nunca competirás con él.

Los ojos de Nick se encendieron a fuego gris.

—No estoy de acuerdo. Y por el olor de tu voluntad en el aire, también lo hace tu cuerpo.

Lauren apretó los puños.

—Nunca *competirás* con él.

—¿Y por qué no?

—Porque es mi hijo. Ahora déjame sola de una jodida vez.



Una calma cayó sobre Nick. Sus fosas nasales se abrieron de nuevo. Su manzana de Adán se deslizó hacia arriba y abajo de su garganta.

—*Tienes hijos.*

Su voz registró su shock. Lauren asintió, deseando que ella estuviera en otro sitio excepto aquí.

—Uno. Un hijo. Tengo treinta y cuatro años, Nick. Mi vida continuó después de que te fuiste. ¿Qué? ¿Crees que todavía estaría enflaqueciendo por ti después de todos estos años?

Él no dijo nada. Ni siquiera parpadeó. Ella dejó escapar un bufido de disgusto. Si supiera la verdad de esta última pregunta. El dolor de la misma.

—Eso lo cambia todo, ¿verdad, Nick? Haciéndome *tuya* de nuevo, no es tan simple cuando hay un niño en la escena. Como que trae consigo una gran cantidad de equipaje extra, ¿no?

Sin embargo, no dijo nada. Pero sus ojos no se apartaban de su rostro.

—Ahora, si me disculpas, me tengo que ir. Hora de la cena y todo.

—¿Dónde está su padre?

Lauren forzó una risa desdeñosa de su garganta.

—¿Es esa tu verdadera preocupación?

—Lo es. Ha estado dentro de ti. Lo odio.

Un dolor profundo y caliente se hundió poco a poco en el alma de Lauren.

—Yo también lo odio, Nick —dijo ella incapaz de evitar el tormento de su voz—. Y estoy cien por ciento segura de que ha estado dentro de más de una mujer, después de mí, así que realmente no tienes ningún motivo para estar tan indignado, ¿verdad?

—¿Quién es el padre?

El pecho de Lauren se apretó. Condujo sus uñas en las palmas de las manos, la boca seca.

—Alguien que conocí.



—¿Dónde está? ¿Aquí? ¿En Murriundah?

—No tengo que responder eso.

—¿Así que lo está entonces?

Lauren tragó.

—No he dicho eso.

—No tenías que hacerlo.

Dejó escapar un suspiro irregular. Ella no estaba en esto. Ahora no. Fue demasiado.

—¿Puedes irte por favor, Nick? Tengo que ir a casa y darle a mi hijo la cena, asegurarme de que ha hecho su tarea y marcar algún trabajo escolar. Esa es mi vida ahora. Tienes que irte de viaje a alguna parte, cantar en un escenario, firmar algunos autógrafos, dormir con una supermodelo. Esa es *tu* vida. Tú puedes ser capaz de hacer que me derrita con tus besos, y lo *haces*, Nick, no puedo negar eso, pero mi corazón no te pertenece más. No puedes tocarlo. El hombre que una vez podría hacer eso con sus canciones y sus besos me dejó hace mucho tiempo. Ahora pertenece a un niño diferente, uno que está esperando en casa por pescado y patatas fritas, que rara vez me da un beso y lo más probable es que elija un DVD sobre camiones robot para ver en la tele esta noche. ¿Y sabes qué? No quiero que eso cambie de ninguna otra manera.

Nick se quedó inmóvil. Su mirada lo mantuvo tan quieto. Ella quería que dijera algo. Quería que dijera: *Bueno, Lauren. Me voy a ir.* Quería que dijera lo siento.

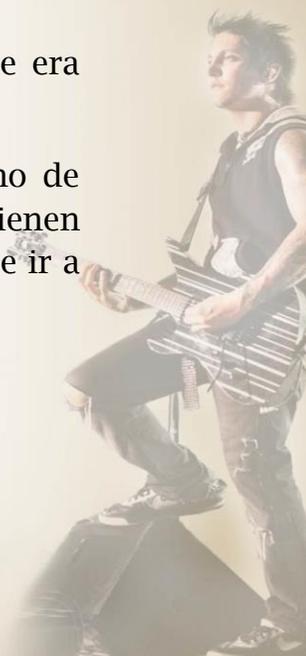
—¿Qué edad tiene? ¿Tu hijo?

Lauren tragó saliva, su pulso golpeando tan duro en la garganta que era doloroso. Era la pregunta que no había querido que Nick preguntara.

—Es un adolescente —respondió ella luchando por mantener su tono de voz—. Un adolescente con hambre. Los adolescentes siempre tienen hambre. Deben ser las hormonas. Ahora, como he dicho, me tengo que ir a casa y darle de comer. No puedo quedarme y charlar más. Lo siento.

La manzana de Adán de Nick se sacudió en su garganta.

Condujo sus uñas en sus palmas.



—Fue bueno verte de nuevo, pero si no te vas, lo haré yo. Sólo cierra la puerta al salir, ¿de acuerdo? Murriundah no es exactamente el mismo pueblo que era cuando éramos pequeños.

—¿Qué edad tiene tu hijo, Lauren?

La pregunta era tranquila. Estable. Nick no se movió. Sólo se puso delante de ella, peligrosamente sexy, dolorosamente hermoso y ridículamente famoso. Oh Dios, ella no quería contestarle. No lo hizo.

Pero tienes que hacerlo. Ya lo sabes, ¿verdad? No se irá hasta que lo hagas.

—Es un adolescente —dijo Nick, su mirada fija, con una expresión indescifrable—, ¿y qué? ¿Trece? ¿Catorce? No puede ser más que eso.

Lauren tragó. Se quedó sin aliento en la garganta. Ella lo miró fijamente, queriendo huir de la habitación, con ganas de correr lo más lejos que pudiera. No pudo dar un paso. Incapaz de detener el tren de pensamientos de Nick.

Oh no. No.

—No puede ser quince —continuó—, porque eso lo haría... —Su voz se desvaneció. Sus ojos se abrieron.

El estómago de ella rodó.

—¿Cuántos años tiene Josh, Lauren? Odias a su padre. Su padre no está en la escena. La única pieza del rompecabezas que no tengo es la edad de Josh.

—No hay rompecabezas —dijo pero incluso a sus oídos las palabras sonaban huecas—. Es un adolescente, Nick. Deja de buscar algo que no está ahí.

Sus fosas nasales se dilataron.

—¿No es así?

Un sabor amargo llenó la parte posterior de la garganta de Lauren.

—Jesús, tú y tu ego. ¿No crees que si fueras el padre me habría aprovechado de tus importantes ingresos a estas alturas? ¿Que el mundo sepa que Nick Blackthorne tiene un hijo? Criarlo sería mucho más fácil con



un padre millonario, eso es seguro. —Ella sacudió la cabeza—. Y si *fuera* tuyo, tú renunciaste a todo derecho en mi vida la noche en que te alejaste.

Su estómago se revolvió de nuevo. Se sintió enferma. Enferma, arrepentida y malditamente perdida.

—Eso no es justo, Lauren.

—Tampoco lo fue tirar lo que teníamos por una horda de groupies. —Cerró los ojos dejando escapar un suspiro tembloroso. ¿Qué le pasó a tomar un trago con Jennifer esta tarde, seguido de un fin de semana de relax con Josh? ¿Cómo se había encontrado bordeando un enorme abismo surreal tan rápidamente? ¿Cómo había llegado a través de la risa Wombat Stew sin cuidado del mundo para estar en el borde de una crisis nerviosa en una tarde? ¿Cómo había sucedido esto? ¿Y de quién fue la culpa?

¿Tuya? ¿Por no decirle a Nick hace quince años lo que se merecía saber?

Ella abrió los ojos y le dio a Nick una mirada seria.

—Me voy. Por favor, no me sigas. —Agarró sus pantalones de donde habían caído al suelo durante su último beso y metió las piernas en ellos, negándose a mirarlo mientras lo hacía—. Estoy segura de que si te vas ahora podrás volver a Sydney antes de la medianoche. Conduce con cuidado.

—Lauren —comenzó a decir pero ella no le hizo caso. Tenía que hacerlo. Por difícil que fuera, ella no le hizo caso. Salió de la habitación de Jennifer, a través de la casa de su mejor amiga, por la puerta principal. El aire de la noche de invierno envuelto alrededor de ella al instante, volviendo la carne de gallina y sus pezones como puntos de carne dolorida. Y aun cuando su mente traicionera le recordó los maravillosos labios de Nick, se sintió envuelta alrededor de los pezones, siguió caminando, dejando a Nick de pie en el porche de Jennifer, su mirada sobre ella se alejaba como una caricia al que deseaba sucumbir. Se acercó a su auto, subió y se alejó. Él no cumplió, tal como ella había pedido.

Y no fue hasta que estaba abriendo la puerta principal, una bolsa de pescado caliente y patatas fritas de sólo llevar el café de Murriundah colgando de sus dedos que le permitió la debilidad de pensar en él de nuevo, e incluso entonces, sólo era para preguntarse cómo la había encontrado en Murriundah para empezar.



—No importa —se quejó—. Siempre y cuando él no esté aquí, cuando salga el sol.

—¡Por fin! —gritó Josh desde la sala de estar con su voz de barítono profundo tan suave como la seda—. ¡Me muero de hambre!

Ella oyó sus pies —ya de una enorme talla once— golpeando en el suelo y luego Josh estaba en la cocina con ella, quejándose de lo hambriento que estaba mientras él rasgaba la bolsa de comida y metió una papa caliente en su boca, su sonrisa al igual que la de su padre, con los ojos aún más parecido.

El pecho de Lauren se apretó fuerte. Maldición. ¿Cómo iba a ignorar a Nick Blackthorne en su vida cuando todo lo que tenía que hacer era mirar a su hijo de quince años de edad para verlo a él?



Capítulo 5

Traducido por nelshia
Corregido por Susanauribe

Nick observó cómo la noche se tragaba el destartalado viejo Honda Civic de Lauren, las luces traseras reduciéndose a dos puntos rojos apagados en la oscuridad antes de desaparecer por completo. Pasó sus manos por el pelo, ignorando el frío aire invernal que convertía su piel en carne de gallina. No sabía lo que le sorprendió más, que Lauren seguía conduciendo el mismo auto que tenía hace quince años, o que él no iba tras ella.

No iba tras ella. Mierda, ¿en realidad iba a dejarla irse? ¿Después de dejar caer una bomba como esa? ¿Un hijo? ¿Un hijo adolescente?

Tragó saliva, raspando sus uñas por el pelo de nuevo. Un peso sordo se asentó en su pecho. Su respiración salió en bolas de niebla blanca y el estómago se sentía como si fuera un gran lío anudado. Añadido a esto, un dolor enojado palpitaba donde Lauren le había golpeado la cabeza con la bolsa, haciendo de cada parpadeo un ejercicio de auto-tortura.

Eh. La auto-tortura está tratando de hacer las cuentas en una ecuación de la que no tienes todos los números, Nick.

—Bueno, eso no salió de la forma que pensé.

Nick se sobresaltó con la voz de Jennifer. Un dolor sordo apuñaló en su sien por el tirón brusco, haciéndole esbozar una mueca de dolor. Con cautela volvió su mirada hacia su izquierda y la vio subir las escaleras hasta su porche.

—¿Y qué forma era esa? —preguntó.

Ella le dedicó una amplia sonrisa, se acercó y abrió su ojo derecho un poco con dedos seguros antes de que pudiera moverse.



—Medio esperaba que ambos estuvieran besuqueándose en mi cama, para ser honesta. Por eso permanecí afuera —respondió estudiando sus ojos con una mirada contemplativa—. ¿Cómo está tu cabeza, por cierto? ¿Manchas en la visión? ¿Mareos? ¿Luces centelleantes?

Él se rió entre dientes.

—No. ¿Eso quiere decir que mi doc me da permiso para ir tras Lauren?

Ella movió sus dedos a su otro ojo, abriéndolo con un suave tirón.

—He visto esa expresión en su cara antes. Vas tras Lauren esta noche y va a pegarte un rodillazo en tus partes.

Se rió de nuevo, permaneciendo inmóvil mientras la veterinaria que se veía como una princesa exótica inspeccionaba su globo ocular.

—No es parte de mi plan tampoco.

—¿Cuál *era* tu plan, Sr. Estrella de Rock, si no te importa que pregunte? — Ella liberó su ojo y dio un paso atrás, cambiando su expresión. Atrás quedó el médico profesional y objetivo, y en su lugar había una mujer con un aire de innegable curiosidad. Pero recelosa también—. Hasta esta tarde, Lauren había dicho un total de diez palabras acerca de ti.

El corazón de Nick hizo un pequeño golpe rápido sobre la idea de Lauren hablando de él.

—¿Cuáles fueron esas diez palabras?

—Salí con Nick Blackthorne hace tiempo. La cosa más estúpida que he hecho.

Ligera decepción cayó en sus entrañas.

—Esas son trece palabras.

Jennifer arqueó una oscura ceja.

—Así es. Ahora suelta. Aparte de besarla en mi habitación, ¿qué estabas esperando lograr apareciendo por aquí?

El tono protector en su voz no se le escapaba.



—En honor a la verdad, hasta que la vi en el patio, sólo era para pedirle ir a una boda. Ahora... —Él dejó escapar un suspiro irregular—. Ahora no estoy dejando Murriindah sin ella.

—Whoa. Eso es una gran declaración.

Nick se encogió de hombros.

—¿Qué puedo decir? Mi objetivo es grande.

Jennifer entrecerró los ojos.

—Y estás acostumbrado a conseguir lo que quieres.

—Y estoy acostumbrado a conseguir lo que quiero —admitió él metiéndose las manos en los bolsillos de los vaqueros. El frío se filtraba en sus huesos. Su aliento creció más blanco en la noche. Pero él no quería entrar. Quería estar aquí en el porche en caso de que Lauren volviera.

Oh, hombre, que realmente eres romántico, ¿no es así? Esto no es una canción, Nick. Esta es la vida real. Se ha ido y ella no va a volver esta noche. No por ti, por lo menos.

Se lamió los labios, su mirada fija en el último lugar que había visto las luces traseras de Lauren.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Dispara.

—¿El padre de Josh está por aquí?

Jennifer resopló.

—Si lo está, no lo sé. Nunca me dijo quién es él.

—¿Le has preguntado?

—Muy pocas veces.

—¿Qué pasa con Josh? ¿Lo sabe?

Jennifer sacudió la cabeza.

—No que yo sepa. No parece que le preocupe, pero de nuevo, es un chico muy especial. Un futbolista talentoso y un increíble guitarrista.



Nick lamió sus labios. Tenía la boca seca.

—Ahora es mi turno —Jennifer estaba diciendo con voz plana. Sería—. ¿Hace cuánto tiempo que tú y Lauren tiene su... cosa?

—Todo comenzó hace veinte años. —Él le dio una mirada de reojo, su pulso acelerando demasiado rápido en su cuello—. Duró un poco más después de eso.

—Así que ¿no es sólo una aventura ocasional, entonces?

Él pecho de Nick se apretó firmemente.

—No, no sólo una aventura ocasional.

Pensó en todos los días y las noches que pasó con Lauren. Riendo, amándose, disfrutando de la mutua compañía, incluso si estaba haciendo algo tan común como lavar los platos después de la cena. Dios, extrañaba lavar los platos. ¿Cuán surrealista era eso? Echaba de menos hablar con Lauren acerca de su día mientras limpiaba la espuma de sus platos recién lavados.

Una imagen vino a él, Lauren cuidando un pequeño bebé, su rostro suavizado con una sonrisa soñolienta, su mirada pasando del bebé a Nick y de nuevo a su hijo. Su pecho se apretó de nuevo, un agarre vicioso que estaba en el límite doloroso.

—Siempre supe que sería una buena madre.

—Lo es. Muy buena. No siempre es fácil con un adolescente, claro está. Especialmente uno tan lleno de vida como Josh.

La imagen del bebé en los brazos de Lauren se convirtió en un niño, con el pelo oscuro y los ojos azules. Nick deslizó su mirada hacia Jennifer nuevo.

—¿Cuántos años tiene?

—Quince.

Su aliento se quedó atrapado en su garganta ante la respuesta que Lauren no le daría. Quince. Jesús, su hijo tenía quince años.

Quince.



Jennifer estaba diciendo algo. Algo sobre que Josh acababa de cumplir años hace sólo tres meses.

Algo sobre Lauren comprándole un... Un...

Tres meses. Eso significa que el bebé nació siete meses después de que la dejaste. Lo que significa que ella estaba embarazada de dos meses y tú ni siquiera...

—Lo sabías —murmuró Nick, un peso entumecido presionando sobre él. Por todo él.

—¿Perdón? —Jennifer se detuvo dándome una mirada confusa—. ¿Qué has dicho?

Nick negó con la cabeza, su mente dando vueltas.

—Nada.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Cuando dices que tu ... Cosa ... Con Lauren duró unos cuantos años más, de cuántos más estamos hablando exactamente?

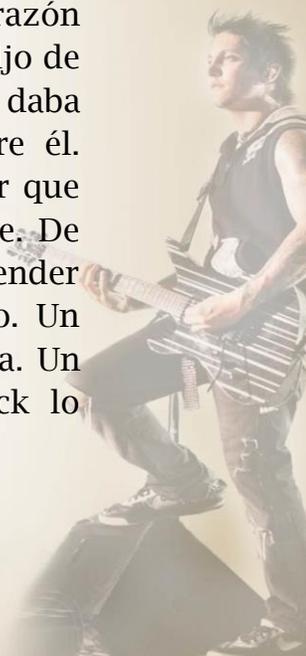
Nick se pasó la mano por su boca, esa presión conteniéndolo un poco más. Ahogándolo.

—Se terminó hace quince años —dijo las palabras como el polvo en la boca—. Quince años y siete meses para ser exactos.

Jennifer lo miró fijamente.

—Oh, mierda.

El estómago de Nick se apretó. Su sangre rugía en sus oídos. Su corazón golpeaba en la garganta. Duro. Rápido. Jesús, tenía un hijo. Tuvo un hijo de la única mujer que había amado y ella no se lo había dicho. El mundo daba vueltas. Oleadas de náuseas de presión helada se estrellaron sobre él. Pensó en la mierda de los dos últimos años de su vida. En descubrir que era adoptado cuando sus padres murieron en un accidente de coche. De localizar a su madre biológica hasta una lápida en Alemania. De aprender que tenía un hermano menor que nunca supo que existía tampoco. Un hermano que había sido abusado por el novio de su madre biológica. Un hermano que se había suicidado sólo meses después de que Nick lo encontró.



Pensó en todos los secretos de su vida que nunca había conocido, y ahora esto. Ahora había descubierto que tenía un hijo. Un hijo. Y nunca había sabido eso. Quince años que podría haber pasado conociéndolo. Diablos, por lo menos vivir con el conocimiento de que la mujer que amaba le había dado un niño. Pero, como con el resto de su existencia, que no tenía nada que ver con la música, era una falsa realidad. Su familia, su vida, una farsa.

Nada más que palabras para una canción jodida escrita por algún otro compositor.

Su puta vida entera era una mentira. Y Lauren, la única persona en quien confiaba, la única persona que amaba, había mantenido la cosa más importante que un hombre puede llegar a saber lejos de él.

Alguien metió la mano en su pecho y le arrancó su corazón. Alguien más le dio un puñetazo en el estómago. Se quedó inmóvil, su cerebro incapaz de comprender nada de eso. Cristo, él había venido a pedirle que lo acompañara a una boda, a pedir perdón por tratarla como lo había hecho ¿y ahora tenía un hijo?

Sus rodillas cedieron. Estaba tambaleándose hacia los lados.

—¡Hey! —Las manos de Jennifer agarraron su brazo y lo llevaron de nuevo en posición vertical—. Creo que necesitas...

Le restó importancia, sacudiendo la cabeza mientras lo hacía.

—Estoy bien.

—Err, sí claro, es por eso que casi te desmayaste.

Sacudió la cabeza de nuevo.

—Estoy bien.

Putra mentira, si lo estas. Joder, tienes un hijo. Un hijo que nunca supiste que existía.

¿Por qué ella no le había dicho?

¿Por qué Lauren no le había dicho?

Todavía no sabes si Josh es tuyo. Apenas estuviste en casa los últimos meses antes de que salieras y la dejarás para siempre. Pudo haber encontrado a alguien más. No lo sabes...



Pero lo sabía. Esta era Lauren. Infidelidad y Lauren no van de la mano.

¿Y Nick Blackthorne y papá lo hacen?

—Supongo que debería haberlo descubierto antes —dijo Jennifer, las palabras como neblina cosquilleante en los ráídos nervios de Nick—. Josh se ve cómo tú. Demonios, incluso suena como tú, especialmente cuando canta.

El corazón de Nick latió más duro, tratando de astillar su esternón.

—¿Canta?

Jennifer le dirigió una mirada indescifrable.

—He estado en la casa de Lauren cuando Josh está jugando SingStar con su mejor amigo.

Un escalofrío onduló sobre la piel de Nick, poniendo su pelo de punta. Cerró los ojos, tratando de imaginarse a los quince años de edad. No pudo. Fue hace mucho tiempo, una vida demasiado lejana en el pasado. Diablos, a los quince años lo único en que podía pensar era en Lauren Robbins y de qué color era la ropa interior que llevaba puesta. Necesitaría un par de años antes de que lo descubriera. A los quince años no había tenido ni idea de dónde estaría a la avanzada edad de treinta y seis. A los quince años, no había tenido ni idea de que sería quién era ahora.

¿Quién era? ¿Una estrella de rock? O, ¿un imbécil egoísta?

—Por lo tanto, ¿Sr. Blackthorne? —Jennifer todavía lo estudiaba con esa cautelosa expresión ambigua. Como estuviera a medio camino de pensar que estaba a punto de volverse loco y subir a la torre del reloj más cercano—. ¿Te llevó a tu coche? ¿Está conduciendo de vuelta a Sydney? O ¿te vas a quedar en Murriundah esta noche?

Él parpadeó, las preguntas sacándolo a patadas de su estupor.

—¿Quieres decir que voy a hacer una huida ahora que sé acerca de mi hijo?

—Sacudió la cabeza despertando de nuevo el dolor en la sien—. No.

—Pero no vas a estar alrededor de Lauren esta noche, ¿o sí?

Ese borde protector estaba de vuelta en la voz de la veterinaria, una dura intensidad que no podía dejar de notar, incluso en su estado de aturdida neurosis. Le dio una pequeña sonrisa.



—Algo me dice que si dijera que sí en este momento me encontraría a mí mismo despertando en tú sofá con un dolor de cabeza.

—Tengo la detomidina lista.

Luchando por aferrarse a su cordura, Nick arqueó una ceja. Si se enfocaba en otra cosa, algo creíble, tal vez su mundo podría tener sentido de nuevo. Y por el momento, de lo que sea que estaba hablando la veterinaria junto a él era más real que la noción de que él tuviera un hijo.

—¿Detomidina?

Ella asintió.

—Perfecto para sedar a grandes animales tontos. Noqueará a un caballo en unos pocos minutos.

Se echó a reír, una risa hueca corta.

—Jesús, recuérdame nunca hacerte enojar.

—No le hagas daño a mi mejor amiga y estamos bien.

Su garganta se llenó de un bulto pesado. ¿Lastimar a Lauren? Parecía que ya le había hecho daño suficiente como para durar toda la vida. Lo suficiente como para que no le dijera que tenía un hijo. Cristo, ¿cuánto tenía que odiarlo para mantener algo como eso en secreto?

¿Y cuánto *ella* le había herido a *él* ahora? ¿Cómo debía comenzar a procesar lo que acababa de descubrir?

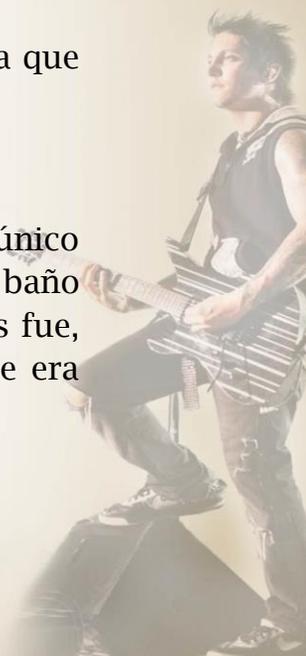
Mierda, se sentía como si lo hubieran desgarrado y...

—¿Te estás quedando en el Cricketer's Arms?

Se volvió hacia Jennifer. Le dolía la cabeza. Mucho. Cristo, que parecía que estaba a punto de dividirse y partirse al medio.

—En su penthouse.

Ella se rió, un sonido nervioso. La habitación en la última planta en el único hotel de Murriundah, dos pisos por encima del suelo y junto al baño comunal, era difícilmente un status de penthouse. El Cricketer's Arms fue, sin embargo, la única opción que un forastero tenía, y eso es lo que era



ahora, un forastero. Había dejado de ser un local hace dieciséis años y medio.

—Te diré algo —dijo Jennifer—. Puedes dormir en mi sofá hasta que averigües lo que harás después. De esa manera puedo mantener un ojo en tu cabeza.

—No.

Ella arqueó las cejas ante su respuesta corta.

Su estómago dio un vuelco. No necesitaba estar cerca de nadie en este momento. No podía. Necesitaba estar solo. Quería estar con una botella y quedarse allí. Beberse su aturdimiento hasta que ahogara el dolor en su alma. Estar tan borracho que no tuviera consideración que cada vez que regresaba en sus pasos encontraba o perdía a otra persona en su familia.

Él se apartó de Jennifer, estudiando la oscuridad más allá de su porche delantero. Murriundah estaba en silencio a su alrededor, como si sintiera su incredulidad.

—¿Dónde está mi coche?

Ella se puso rígida.

—¿A dónde vas?

—Al pub.

—¿Al Arms? ¿No hacia Lauren?

Reprimió un gruñido áspero.

—No, no hacia Lauren.

No en este preciso momento. No creía que eso fuera inteligente. Quería preguntarle, ¿por qué no le había dicho? Quería preguntarle, ¿si era verdad? ¿Si Josh realmente era su hijo? Su hijo.

Sus entrañas se anudaron.

Tenía que irse. Ahora.

Necesitaba un trago. Necesitaba a...

Lauren.



—Me tengo que ir —murmuró bajando los escalones de la entrada de Jennifer—. Vendré por las llaves de mi coche mañana.

—No creo... —Jennifer comenzó pero él la ignoró.

Él se alejó, frío de la noche mordiendo su piel. Su chaqueta estaba dentro, junto con las llaves de su coche de alquiler, pero no quería volver a la casa de Jennifer. No cuando al mirar el arrugado edredón de la cama le recordaría inmediatamente lo que él y Lauren habían estado haciendo momentos antes de decirle que tuvo un hijo. Tenía su billetera y su teléfono. Eso es todo lo que necesitaba esta noche. Eso y una botella de whisky sin fondo.

La grava suelta en la orilla del camino crujía bajo sus pies mientras se dirigía al Cricketer's Arms. No tenía que orientarse para saber a dónde ir. Una persona podía caminar de un lado al otro de Murriundah en treinta minutos exactos. Lo único que tenía que hacer era encontrar la calle principal, una tira recta de asfalto desmoronándose que cortaba la ciudad en dos, y seguía hacia las montañas que dominan el extremo oriental de la ciudad. Se negó a pensar en la situación. Se negó. Se concentró en el sonido que sus pies hacían, se centró en poner un pie delante del otro. No iba a permitirse pensar en ello. Ahora no.

Todavía no.

No hasta que hubiera tenido un trago.

No hasta que estuviera bien y verdaderamente borracho y entumecido. No hasta que pudiera pensar en lo que Lauren había hecho sin querer... Cristo, ¿sin querer qué? ¿Retorcer su maldito cuello por ocultarle la verdad? ¿Gritarle hasta que perdiera su voz, y no sería eso algo que le encantaría a Walter Winchester?

¿Sacudirla?

¿Abrazarla?

¿Besarla por darle una familia cuando él pensó que no tenía nada?

¿Caer de rodillas y llorar a sus pies?

¿Alejarse de ella? ¿Huir de ella... y su hijo?



Menos de veinte minutos más tarde estaba sentado en una cabina en la parte trasera del pub, envuelto en la calidez del calor del hogar del Cricketer's Arms, el olor de la cerveza, humo de cigarrillos viejos y cacahuets fluyendo a través de él con cada respiración que tomaba. Sus dedos aún le escocían a causa del frío y la cabeza todavía le dolía, más desde la oleada de sangre pulsando a través de su moretón en la sien gracias a su paseo. Su vientre quemaba por los dos whiskys que había tomado directos al minuto de entrar en el bar. Todos estos estímulos sensoriales y lo único que podía pensar era en una mujer y un adolescente que nunca había conocido.

Se quedó mirando el vaso en su mano, la superficie del líquido ámbar de alguna manera brillando bajo las luces atenuadas. Se sentó en las sombras, sabiendo que el barman le observaba. Sabiendo que el hombre estaba a unos diez segundos de reconocerlo. Sabiéndolo pero sin importarle.

Levantó el vaso a los labios y echó atrás la cabeza, tragando el whisky de un trago. Convirtiéndose en fuego líquido en camino hacia su garganta, una corriente de calor que debería haberlo hecho sentir al menos adormecido. No lo hizo.

Se sirvió otro trago de la botella que había comprado, la única botella de Chivas Regal que el Cricketer's Arms tenía en el estante, y lo envió bajando por su garganta después del tercero.

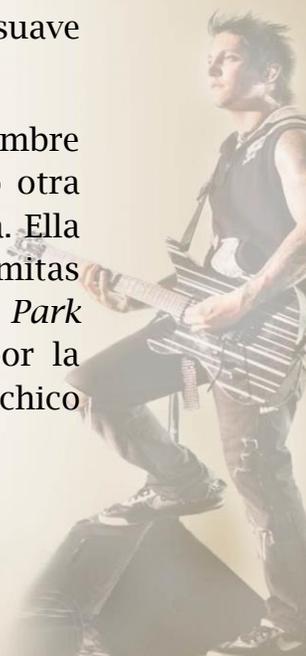
Y, sin embargo, se sentía...

—Sediento —murmuró negándose a reflexionar cómo se sentía. No estaba listo.

Cobarde.

Otro trago quemaba en su camino hacia el estómago, el fuego suave corriendo a través de su ser. Y otro.

El barman le miraba, la toalla blanca colgaba sobre el hombro del hombre como una barra blanca de pureza en la silenciosa barra. Nick sirvió otra copa. Se preguntó qué estaba haciendo Lauren, la imaginó en su casa. Ella se volvió y lo miró, dándole una sonrisa mientras le pasaba las palomitas de maíz. El ruido fuerte estallaba desde la televisión, *Linkin Park* lamentándose sobre una separación. Un enorme robot corriendo por la pantalla y se convirtió en un semirremolque, la acción haciendo al chico sentado al lado de Nick reír.



Su hijo.

Nick mató la imagen y se sirvió otra copa.

—¿Eres Nick Blackthorne?

La pregunta desvió su atención de la copa y miró a una pareja de ancianos, tal vez en sus setentas, de pie al lado de su cabina. La mujer tenía su mano apoyada en el hueco del codo del hombre, una cálida sonrisa en su rostro mientras esperaba por la respuesta de Nick.

—Soy yo —dijo, el whisky en su garganta convirtiendo las palabras en un murmullo ronco.

La mujer le dio a su compañero una mirada triunfal, dándole una palmada en el hombro con un suave golpe.

—¿Ves? Te lo dije. —Se volvió hacia Nick—. Somos los Missens. Solías cortar el césped para nosotros cuando tenías doce años. Creo que estabas ahorrando para una guitarra.

Nick alzó las cejas, mirando a los dos ancianos. Ellos no parecen querer quedarse quietos. O tal vez era el mundo el que no lo hizo. O él. Se lamió los labios.

—¿Qué estás haciendo ahora, Nick? —el hombre mayor le estaba preguntando—. ¿Todavía tocas la guitarra?

Nick pasó la lengua por sus labios de nuevo, la garganta le ardía. Un lado de su cabeza le dolía, un dolor sordo ni siquiera cercano al dolor en su pecho.

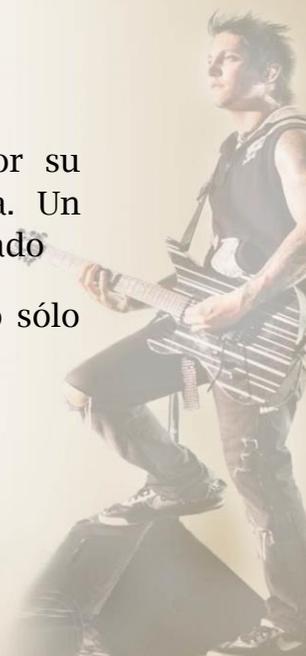
—No lo sé —respondió. Las palabras se sentían mal en su boca. Cómo una mentira. Él lo sabía. ¿No es así?

Jesús, no lo sabía. No tenía ni puta idea.

Levantó la copa y, con los ojos cerrados, arrojó el contenido por su garganta. Y aun así el líquido no disminuyó el frío en su alma. Un silenciado *tsk, tsk* sonó a su izquierda, un arrastre de pies y un susurrado

—¡Qué vergüenza, tenía tanto talento. —Abrió los ojos y se encontró sólo de nuevo con su botella y el siempre vigilante cantinero.

No había ninguna pareja de ancianos.



Ninguna Lauren tampoco. Ninguna Lauren y ningún hijo adolescente.

Nadie con quien hablar.

Joder, nunca se había sentido tan solo. Solo y vacío y extrañando algo. Extrañándola a ella. Extrañando quince años de... De... ¿Qué? ¿Algo que no sabía podría haber sido? ¿Extrañando una familia que no sabía que tenía? Dios, ¿qué estaba pensando? Era Nick Blackthorne. No tenía tiempo para un niño. No tenía tiempo para una pequeña esposa y una cerca blanca. Él era una estrella de rock. La estrella de rock, maldita sea. ¿Por qué diablos estaba sentado aquí en un pequeño pub de mierda emborrachándose por una mujer que no le había dicho lo que merecía saber? ¿Por qué estaba siquiera de regreso en la ciudad? Si ella lo hubiera querido, Lauren hubiera llegado a él.

Las mujeres lo perseguían. No al revés. Las mujeres se le lanzaban. Lo querían. Esa era la forma en que su vida era. No siendo un padre. No jugando al fútbol en el patio trasero, o llevando a su hijo de pesca, o enseñándole como tocar la guitarra. No viéndolo llevar a su primera novia en su primera cita. No ayudándolo a superar su primer corazón roto. No... No...

No siendo Nick Blackthorne, estrella del rock. Padre desaparecido.

Se sirvió otra copa, la botella sonando en el borde del vaso. El Whisky salpicó por el borde. No mucho, pero lo suficiente para que el camarero estrechara sus ojos.

Nick lo ignoró, girando su copa en un círculo completo en la mesa. Maldita sea, le dolía. No quería nada más que mirar a los ojos a Lauren y ver su corazón allí, ver su amor. La amaba. Jesucristo, él la amaba. Y no tenía nada que ver con lo jodidamente increíble que se veía, lo jodidamente caliente que era, lo increíble que era en hacer el amor. Tenía todo que ver con cómo ella le hizo ser una mejor persona.

Cliché, Nick. ¿De verdad rebajándote a clichés?

Lo estaba. Estaba borracho. Se le permitía rebajarse a clichés. Clichés hablaban la lengua que un cantante conocía demasiado bien. ¿Cuántas canciones había escrito sobre el amor? ¿Acerca del amor perdido? ¿Amor negado? ¿Acerca de los futuros destruidos y esperanzas hechas añicos?

No quería ser un cliché andante. No lo hizo. Quería ser...



Su teléfono vibró en su bolsillo, un segundo antes que The Wiggles comenzaron a cantar *Hot Potato*.

El barman se rió entre dientes, deslizándose la toalla blanca de su hombro y se giró hacia los vasos apilados detrás de él, aparentemente acabando con su vigilancia de Nick Blackthorne. Nick se retorció en el asiento, en la búsqueda de su teléfono en su bolsillo antes de parpadear a la imagen en la pantalla. Golpeó la tecla aceptar, levantando el teléfono a la oreja.

—Hey, tío As.

—¿Dónde estás, Nick? —la voz de su guardaespaldas se deslizó a través de la conexión al cerebro de Nick, retumbando profundamente como siempre.

Nick dejó caer su cabeza en su mano libre.

—En el Cricketer's Arms, bebido como un petardo y cabreado como una cuba.

—Interesante —respondió Aslin—. ¿Tengo que encender el helicóptero y llegar de inmediato?

Nick resopló.

—¿Sabes una cosa, As?

—¿Qué?

Nick miró fijamente su whisky.

—Voy a ser papá.

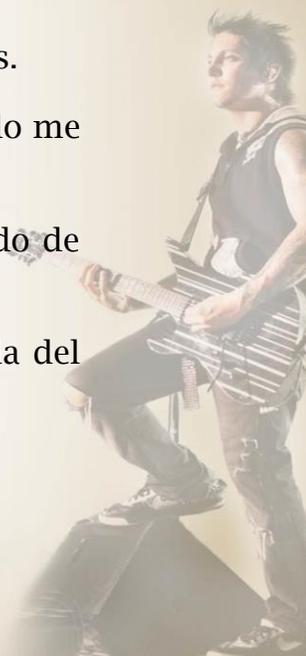
—¿Qué? —La voz de Aslin no se deslizaba a través de la conexión. Dio un puñetazo a través de ella.

Nick frunció el ceño, girando la copa alrededor de la mesa una vez más.

—No, espera. Eso está mal. He sido un padre durante quince años. Sólo me acabo de enterar hoy.

—Maldita sea, Nick. ¿Necesito llamar a tu abogado? ¿Estamos hablando de demanda de paternidad aquí?

Nick negó con la cabeza, cerrando sus ojos con la visión desenfocada del vaso delante de él.



—Estamos hablando de Lauren Robbins aquí, As.

Aslin no respondió.

—Lauren Robbins —Nick continuó, su pecho repentinamente apretado, su estómago repentinamente anudado. Sus bolas repentinamente hinchadas—. La mujer a la que regresé a pedirle perdón, tiene un hijo. Mi hijo. ¿No es una patada?

—¿Dime lo que crees que estás haciendo, Nick?

—No lo sé —resopló—. ¿Emborrachándome?

—Voy a estar allí en una hora. No te muevas —el acento de Aslin creció más grueso, en su profunda voz.

—Y no tengo nada más para beber.

La línea se desconectó. Nick escuchó el tono de ocupado por un segundo, dando golpecitos con el pie a su ritmo monótono antes de lanzar su teléfono sobre la mesa. Tomó su whisky, lo estudió y luego vació el vaso.

Le había mentado a Aslin. Le había mentado a la pareja de ancianos, el Sr. y la Sra. Missen cuyo césped había cortado todo su doceavo verano. Él sí sabía lo que iba a hacer ahora. Lo hizo.

Su pecho se apretó más fuerte. Sus bolas palpitaban.

Cogió la botella de whisky y se sirvió otro trago.

Sabía exactamente lo que iba a hacer ahora.

Ya sea que Lauren quisiera o no.

Era Nick Blackthorne, después de todo. Él siempre conseguía lo que quería.



Capítulo 6

Traducido por MaryJane♥ & Melusanti
Corregido por Malu_12

Alguien estaba golpeando la puerta principal. Repetidamente. Lauren se puso boca abajo y cubrió su cabeza con la almohada.

—Vete —murmuró. Maldita sea, sólo había dormido una hora o algo así.

Finalmente se había quedado dormida después de horas de mirar el techo oscuro de su habitación, el sonido de Nick cantando *Night Whispers* emanando de su iPod junto a la cama.

—*Y quiero rogar pero no puedo encontrar las palabras* —un Nick mucho más joven lo había cantado para ella toda la noche con su voz ronca, el sonido evocado de una guitarra acústica su único acompañamiento.

—*Y quiero llorar, pero no puedo encontrar las lágrimas.*

Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa...

Y los susurros en la noche.

Había sido estúpido auto-torturarse escuchando esa canción una y otra vez. La primera canción que él había lanzado después de que su relación hubiera terminado. Lo había escuchado cantar las palabras que siempre se había preguntado si podrían haber sido escritas para ella. Era una auto-tortura que no podía parar. Hasta que por fin, con los ojos ardiendo con lágrimas no derramadas obstinadamente, se había quedado dormida con Nick cantando con ella en su cabeza.

Los golpes en la puerta continuaron, lo suficientemente fuertes como para penetrar en el relleno de plumón de pato de su almohada.

Alguien quería hablar con ella desesperadamente.

Nick...



Su vientre se revolvió y ella gimió.

—Vete —gritó desde debajo de la almohada. Algo realmente estúpido. Su dormitorio estaba al otro lado de la casa hasta la puerta principal. Quien estuviera en el otro lado ¿Nick? no la oiría.

Lo que significaba que tenía que levantarse y responder, o fingir que no había nadie aquí.

Su vientre se retorció. Le gustaba la opción número dos.

No, no lo hace.

—*Atravesando caminos que no he visto* —siguió cantando Nick—. *Buscando caminos que he dejado atrás.*

Los golpes se hicieron más fuertes. Se estiró hacia su iPod, subió el volumen y hundió la cabeza debajo de la almohada de nuevo.

—*Eso no significa nada cuando sé que no estás allí. Sé que has seguido adelante. Sé que no te importa.*

Más golpes.

—*Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa...*

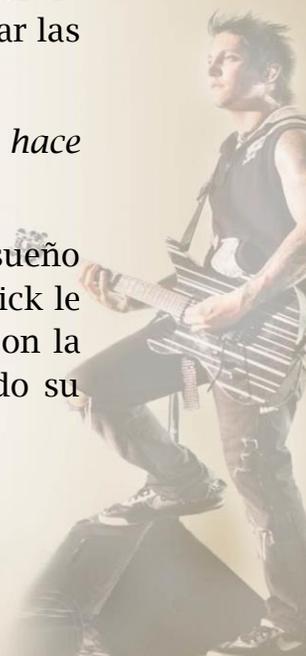
Y los susurros en la noche.

Aún más golpes, esta vez seguidos de una voz apagada que apenas podía oír gritando algo que no podía entender.

—Oh, por el amor de Dios. —Tiró la almohada a un lado, salió de la cama y echó un vistazo a la brillante luz que entraba a su habitación por la ventana. Ella había estado tan agotada anoche que había olvidado bajar las persianas.

¿Ven? Una razón perfecta para sacar a Nick de tu vida de nuevo. Él te hace olvidar las cosas simples.

Su pulso se aceleró un poco ante el pensamiento. O por el sueño vagamente recordado que venía de nuevo a ella, un sueño en el que Nick le estaba haciendo el amor en su cama mientras la cortina se elevaba con la cálida brisa de verano y los sonidos de fans gritando afuera coreando su nombre...



—*El fantasma de tu sonrisa* —cantó su iPod—. *Y los susurros en la noche.*

Lauren se pasó las manos por el pelo y se apresuró hacia la puerta. Debía lucir como el infierno. Su cabello era un desastre, su pijama era viejo y gastado, el maquillaje del día anterior era una mancha. Bueno, bien. Vamos a dejarlo verla de esta manera. Vamos a dejarlo ver la dura realidad de Lauren Robbins, madre y maestra. Apuesto a que nunca se despertó con una mujer en pijama de Elmo antes. O con su pelo que parecía un nido de pájaros. Nido de pájaros psicóticos.

El suelo de madera del pasillo estaba frío, enviándole una oleada de carne de gallina por ella mientras se acercaba el umbral. Sus pezones se apretaron. Su respiración se aceleró. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué es lo que quería decir?

Vete.

Lo siento.

Hazme el amor. ¿Por favor?

Ella cerró los dedos alrededor de la manija de la puerta, giró la cerradura y abrió la puerta de par en par.

El mejor amigo de Josh, Rhys McDowell, estaba al otro lado, sonriéndole.

—Está de camino a revolucionar el look grunge, señorita R.

El rostro de Lauren se inundó de calor. Dejó escapar un profundo suspiro, su vientre giró un poco más.

—Rhys, ¿por qué estás golpeando a mi puerta tan temprano en la mañana?

Sonrió un poco más, sus ojos azules brillaban con alegría positivamente mal disimulada.

—No es temprano, señorita Robbins. Son casi las diez. Y Josh debe estar en fútbol en...

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —Josh pasó a Lauren metiendo un brazo desgarrado en su camiseta de fútbol y casi cayendo sobre el umbral, su bolsa deportiva balanceándose sobre su espalda, con los botines de fútbol golpeando el porche de madera y haciendo un ruido como de arma de fuego.



Rhys sonrió, tambaleándose lejos de Josh segundos antes de que éste le arrojara su bolsa.

—¿Nunca han escuchado hablar de algo llamado reloj despertador?

—Cállate, McDowell —rió Josh empujando el otro brazo en la manga y tirando de su camiseta sobre su cabeza—. Como si nunca hubieras llegado tarde.

Rhys se rió, tirándole la bolsa a Josh de nuevo.

—Sí, pero sólo he llegado tarde a la escuela. Nunca para algo importante como el fútbol.

Los dos chicos se rieron un poco más, sus sonrisas amplias mientras corrían desde la puerta. Saltaron sobre el porche trotando con gracia y sus pies tocaron el suelo húmedo con golpes sólidos.

—Hasta luego, mamá —lanzó Josh por encima del hombro corriendo detrás de Rhys—. Voy a lo de Rhys después del partido, ¿de acuerdo?

—Nos vemos más tarde, señorita R —gritó Rhys, la alegría en su sonrisa tan clara en su voz—. ¡Me encanta su pijama!

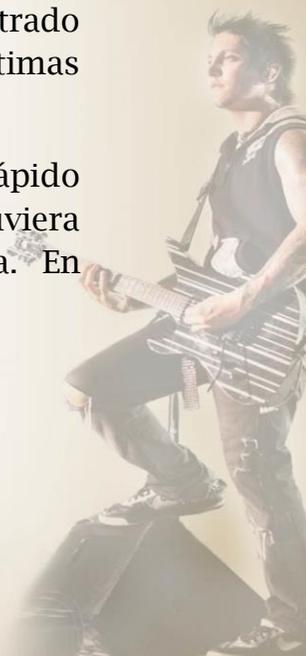
Lauren estaba en la puerta, con la boca abierta. Miró a los dos chicos correr por el camino, bolsas de fútbol arrojadas sobre sus hombros como capas desiguales, sus risas bailando en el aire tranquilo de la mañana detrás de ellos.

Una suave risa brotó de su garganta. ¿Josh siquiera se había cepillado el pelo?

Sacudiendo la cabeza, cerró la puerta. ¡Qué manera de empezar el día! Necesitaba café. Una gran cantidad de café. Preferiblemente suministrado vía intravenosa en su sistema mientras trataba de dar sentido a las últimas doce horas.

Pensar que Nick estaba en su puerta era un ejemplo perfecto de lo rápido que se fallaría si cediera. Después de anoche, probablemente Nick estuviera de vuelta en Sydney. O Melbourne. O donde diablos llamara casa. En cualquier lugar excepto aquí.

—Bien.



Su estómago todavía revuelto por su rudo despertar se tensó y ella dejó escapar un suspiro tembloroso. Maldita sea, ¿por qué demonios había vuelto a su vida? ¿Por qué? Ya lo había hecho muy bien sin él, muchas gracias. Y ahora ¡bam!, estaba de regreso, echando a perder su cabeza y entrando en sus sueños y haciéndola cuestionarse todas las decisiones que había tomado desde que él había salido por la puerta de su apartamento en Sydney hace un tiempo atrás, dejándola atrás.

Reprimió un suspiro. Nada bueno. Tenía que dejar de pensar en él. Dientes. Eso es lo que tenía que hacer. Cepillarse los dientes. Cepillarse los dientes, salpicar un poco de agua en su cara y tal vez tratar de arrastrar un cepillo por su pelo.

Las baldosas del suelo del baño eran tan frías en sus pies descalzos como el agua que salpicó en su cara. Ella se frotó los dientes y cepilló su pelo, negándose a mirar la cara en el espejo que tenía delante. No hasta el café. Con el café, los pensamientos racionales volverían, y podría solucionar la situación. Lo que tenía que hacer a continuación. Con el café podría...

Un fuerte golpe en la puerta la sobresaltó, su corazón saltó en su garganta.

Lauren rodó sus ojos. Dios, ella estaba nerviosa esta mañana.

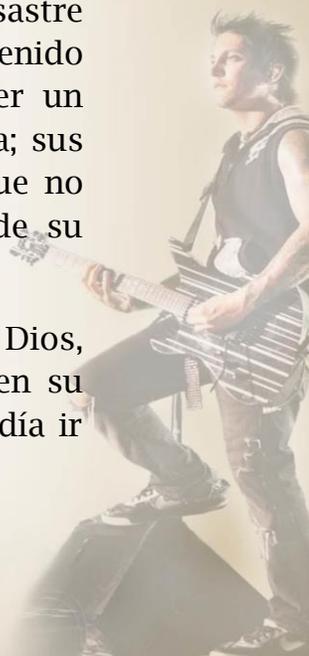
Salió del baño, lista para darle a Josh un sermón sobre olvidar cosas cuando abrió la puerta.

Y miró directamente en los penetrantes ojos grises de Nick.

—Bonito pijama.

Ella apretó los dientes, su garganta tan espesa que apenas podía tragar. Parecía encantado, atormentado y privado de sueño. Un rastrojo negro cubría su mandíbula, su pelo, normalmente un desastre desaliñadamente sexy, ahora se veía igual al de ella, como si hubiera tenido a un pájaro psicótico con permiso de construcción para establecer un hogar en su cabeza. Sus ropas estaban arrugadas. Bueno, su camiseta; sus jeans estaban demasiado ajustados como para mostrar otra cosa que no fuera la perfección de sus piernas delgadas y largas y el grosor de su abultado...

Ella apartó la mirada de vuelta a su cara, sus mejillas ardiendo. Oh, Dios, ¿dónde estaba su cerebro? Simplemente porque que se presentaba en su puerta luciendo sexy y conflictivo y miserable no significaba que podía ir



toda pegajosa y sin sentido y... y... obsesionada con el sexo. Agarró el pomo de la puerta, alzó la barbilla y lo miró con una mirada firme.

—¿Qué quieres, Nick? Y no me digas que porque no estoy más en tu lista de reproducción.

—*Buscando caminos que he dejado atrás* —la voz de Nick se coló por el pasillo—, *no significa nada cuando sé que no estás allí. Sé que has seguido adelante. Sé que no te importa.*

Nick levantó una ceja.

—Sin embargo, parece que yo estoy en la tuya.

Lauren cerró los ojos. Dejó caer la cabeza, tragando el nudo que llenaba su garganta.

—Por favor, aléjate, Nick —murmuró con los ojos todavía cerrados, su cabeza aún colgando—. No puedo soportar esto.

Él se acercó a ella. Lo suficientemente cerca como para que sus terminaciones nerviosas cosquillearan. Tan cerca que podía oír su lenta respiración.

—No puedo irme, Lauren —susurró levantando su mano a su cara. Rozó la parte posterior de sus dedos en su mejilla, en sus labios—. No puedo. Que Dios me ayude, por favor no me lo pidas. No ahora.

Con la más leve de las presiones, le levantó la barbilla. No podía pararlo. No quería hacerlo. Ella lo dejó.

—Mírame, cariño —su voz acarició sus labios—. Mírame y dime que no te bese.

Ella abrió los ojos, lo miró a través de sus pestañas. Miró el tormento en su rostro. Miró el deseo en sus ojos. El deseo por ella. Deseo que conocía tan bien. Tan bien.

Ella abrió los labios. Y dijo:

—Bésame, Nick. Por favor.

Él lo hizo.



Su boca tomó posesión plena y absoluta de ella. Su lengua recorrió sus labios, sus dientes, burlándose de ella hasta que aplastó su cuerpo contra el suyo y enredó los dedos en su pelo. Ella pasó la lengua por los suyos, exigiendo que la besara más duro, más profundo. Él hizo lo que le pidió, con las manos vagando por su espalda mientras saqueaba su boca.

Un gemido vibró en su garganta. Sus pezones se convirtieron en dolorosas puntas de carne. Se frotó contra la suave franela de su pijama, la fricción como una droga penetrando en su mente. ¿Cómo la hacía sentir de esta manera? ¿Cómo hacía que ella lo deseara tanto?

No importaba. Ahora no. Ahora, ella sólo quería este beso. Sólo este beso y luego le diría que se marchara. Que se fuera.

Sólo este beso.

Pasó la lengua en su boca y capturó la de ella, llevándola un paso atrás mientras lo hacía. Ella fue fácilmente, con los brazos alrededor de sus hombros, sus dedos enredados en su cabello. Él no la dejaría caer.

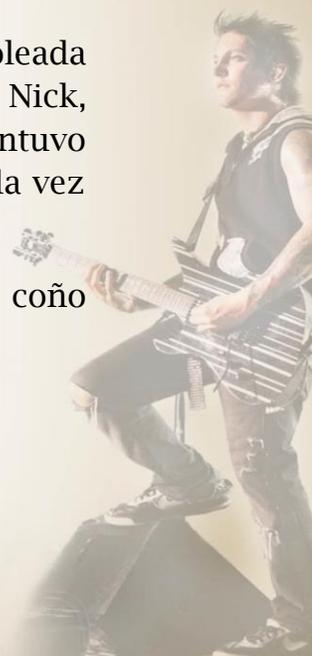
A pesar de que sus talones tropezaran con el corredor del pasillo, él no la dejaría caer. Él la besaría hasta que ella se volviera loca de deseo y placer, pero Nick no la dejaría caer. Ella lo sabía. Su corazón lo sabía. Y así se entregó por completo al beso. Este salvaje, estúpido, irresponsable beso. Dándose con aceptación codiciosa.

La boca de Nick saqueó la de ella, sus manos dejaron su espalda por sus caderas, sus pechos. Tiró de su pijama, buscando los botones de su camisa. Un gruñido escapó de su garganta cuando no pudo encontrarlos.

Rápido y casi salvaje, metió una mano bajo el dobladillo de su camiseta y pasó la palma a lo largo de su caja torácica.

Sus dedos encontraron su pecho, su peso sin sostén o camiseta. Una oleada de placer la recorrió y dejó escapar otro gemido, éste más fuerte. Nick, alimentado por el sonido, tomó un festín de sus labios y lengua. Él contuvo su lengua en su boca por un segundo, la acción sorprendiéndola y a la vez emocionándola.

Fue posesivo, dominando la propiedad de su boca, de ella, y de su coño inundado con calor húmedo.



Señor, si él metía la mano entre sus muslos ahora sus dedos saldrían mojados.

Porque le estás dejando tomar lo que rechazó hace quince años.

La idea se grabó en ella. Gimió, apartando la cabeza de él.

—Esto no puede ser más que...

Él no la dejó terminar. Su mano se cerró sobre su pecho, su boca capturó la de ella otra vez. Todo su cuerpo se apretó. Podía sentir cada músculo en su contra como un cable de acero. Nick siempre había sido delgado con una fuerza vigorosa, pero la energía en su cuerpo ahora... oh, Dios, ella podría quemarse por él por siempre y despreciarse a sí misma al día siguiente.

Sin embargo, no pudo detenerlo. No quería. Era demasiado crudo. Primitivo.

Y Dios la ayudara, demasiado bueno.

¿Por qué esto tiene que sentirse tan bien? Maldito sea.

Un sollozo se atascó en su garganta y ella se aferró a él con urgencia desesperada. Después de esto se habría ido.

No podía dejar que se quedara. Después de esto, serían sólo ella y Josh de nuevo, y esa era la forma en que tenía que ser. Pero este beso... este hombre... sus manos... su boca...

Los dedos de Nick se cerraron sobre el pecho de Lauren, su palma amasándolo con necesidad. Él gruñó algo en contra de sus labios, ¿un impropio, una súplica? Ella no lo sabía. Su mano masajeaba su pecho mientras su boca bebía de sus labios, y ella no sabía lo que él había gemido.

Apartó la cara de nuevo, la tensión latente en el fondo de su estómago le decía lo que necesitaba.

Clavó la mirada en su rostro, en las aletas de su nariz, en sus ojos del color de furiosas nubes de tormenta.

—¿Por qué...? —comenzó y luego volvió a gemir, dejando caer la cabeza hacia su garganta mientras la tiraba contra su cuerpo. Le pellizcó un pezón, arrastró su dedo pulgar sobre la punta. Ella se estremeció, un



gemido escapando de ella. Y otro cuando sus labios succionaron la sensible piel debajo de su oreja.

—Nick —se quedó sin aliento—. No... no dejes...

—No, cariño —dijo con voz áspera, su aliento como viento turbulento en su cuello, su muslo moliendo la unión de sus muslos—. De ninguna manera.

—Una marca —jadeó—. No dejes...

Él aspiró más duro en su garganta, sus dedos hundiéndose en su pecho. Ella se resistió a él, su coño palpitante, sus uñas rastrillando en su cuero cabelludo. Maldito sea. ¿Por qué tenía ese poder sobre ella? ¿Por qué él...? ¿Cómo podía todavía hacerle esto? ¿Después de tantos años? ¿Después de tantas noches llorando en la almohada? Deseándolo muerto. Deseándolo en sus brazos.

Como si él sintiera su tormento, levantó la cabeza y la miró. Dolor gris hervía en sus ojos, dolor y deseo y deseo y necesidad. La piel alrededor de su nariz estaba estirada. Su manzana de Adán se sacudía de arriba a abajo en su garganta.

—Esto no cambia nada, Nick —las palabras fueron ácido en su lengua—. No lo hace. Es sólo...

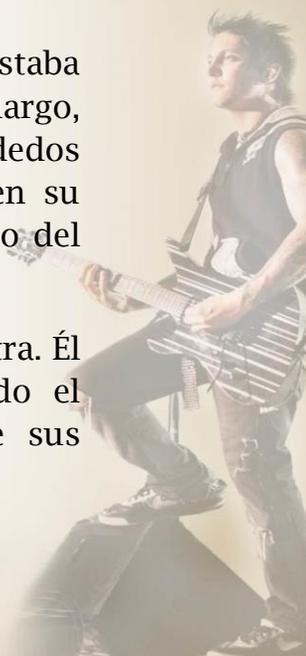
—¿Por qué...? —empezó él, su voz como aliento despojado. Cerró los ojos de nuevo, su mandíbula apretada—. Joder, Lauren, ¿por qué no...?

Lo que iba a decir se perdió en un gemido. Un gemido que se convirtió en un jadeo mientras pateaba la puerta detrás de él y aplastaba sus labios con los suyos, una vez más, besándola con un hambre tan feroz que la asustó.

La asustó y le despertó un lugar en el que nunca había estado.

Su sexo lloró, contraído en la polla de Nick. Excepto que él no estaba allí. No estaba enterrado en su centro. Se frotaba contra su vientre, largo, duro y encarcelado por sus pantalones. Ella luchó por liberarlo, sus dedos agarrando la bragueta. Quería su longitud hinchada en su mano, en su boca, en su coño. Se retorció contra él, sus pies desnudos golpeando del suelo mientras él se daba la vuelta y la empujaba.

Su culo golpeó la puerta primero. Sus caderas moliéndose en su contra. Él jodió su boca con la lengua; saqueó, tomando, poseyendo. Y todo el tiempo, sus manos recorrieron su cuerpo. Bajo su camisa, sobre sus



costillas, capturando su pecho. Ella gimió, el sonido cambiando a un grito cuando él sacó el pijama por su cabeza y lo arrojó a un lado.

Le capturó un pezón, lo succionó con fuerza, y luego trasladó su boca de nuevo a sus labios, sus manos recorriendo su cuerpo una vez más. Abajo de la cintura, las caderas, debajo de sus pantalones de pijama. Exploró los cachetes de su culo a través de su ropa interior, sus dedos tirando de la diminuta ropa interior de algodón hasta que se reunieron bajo su trasero. Apretó, amasó y acarició su piel, sus dedos tirando de sus cachetes hasta que acariciaron el agujero fruncido de su ano. Ella se resistió, el contacto como un disparo de puro placer en su núcleo.

Nick gimió en su boca, arrancó su boca de la de ella y, con un repentino movimiento violento, la despojó de los pantalones del pijama y las bragas. El aire frío besó su piel desnuda un instante antes de que sus labios hicieran lo mismo. Él metió la lengua entre sus muslos, lamiendo sus pliegues con buscada necesidad. Ella movió sus piernas, incapaz de hacer otra cosa que darle un mayor acceso a su sexo.

Él lo tomó, lamiendo los labios de su coño. Los lamió con su lengua. Dentro y fuera de su calor. Ella gimió, su aliento enganchado en su garganta, su coño llenándose de ansiosa humedad.

—Lo quiero, Nick —murmuró ella girando su cabeza contra la puerta, con las manos en su cabello—. Lo quiero.

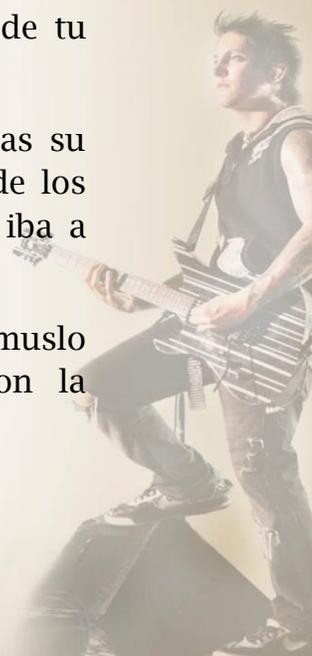
Él separó los pliegues con sus dedos, agitando su clítoris. Ella silbó.

Señor, se siente tan bien. Tan malditamente bien.

—He echado de menos tu sabor, nena. —Rodó un dedo sobre su clítoris en círculos pequeños y rápidos que enviaron sacudidas de líquida tensión en su mismo centro—. He extrañado tu sabor, tu olor... la sensación de tu crema en mi labios...

Él lamió su sexo otra vez, retorciendo un dedo en su coño mientras su lengua jugaba con su clítoris. Ella se quedó sin aliento, sus dedos de los pies curvándose, sus rodillas temblando. Oh, Dios, si seguía así se iba a venir en su rostro.

Como si oyera sus pensamientos o conociera sus deseos, colocó su muslo derecho por encima de su hombro, follándola más a fondo con la lengua. Ella gritó, sus uñas arañando su cuero cabelludo.



—Nick, y... yo creo...

Él mordisqueó su clítoris con los dientes y chupó, la acción cambiando sus palabras a sonidos suplicantes. Cuanto más llenaba su coño con su boca y sus dedos, más ella se perdía en el placer. El único hombre que la había probado estaba comiéndosela contra su puerta y nada más importaba. No existía nada más, excepto la boca de Nick en su sexo y el placer inflamándola.

Nada más existía, excepto su lengua en su...

Él se puso de pie, su pierna se deslizó fuera de su hombro. Se sacó la camiseta por la cabeza y la arrojó a un lado, sus manos fueron a su bragueta inmediatamente después. Ella lo ayudó, necesitando su polla. Señor, necesitaba su polla. Más de lo que necesitaba aire. Lo necesitaba dentro de ella. Y entonces estaba en su mano, largo, grueso y tan fuerte que latía. Tan fuerte y tan cálido y tan suyo.

Suyo.

—No puedo esperar, nena —gimió las palabras jadeantes contra el lado de su cuello—. Oh, mierda, no puedo... condón... necesito...

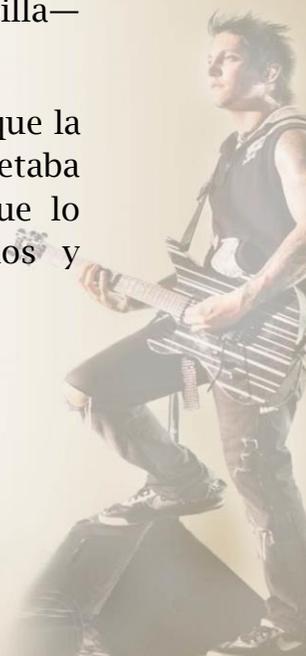
Ella los tenía. En algún lugar de la casa. Los había comprado para Josh el día en que lo encontró manoseando a una chica en el campo de fútbol. Los compró pero nunca se los dio. La chica no había durado, y ella había perdido los nervios. Pero los condones todavía estaban aquí. En alguna parte.

Nick cerró su mano alrededor de la de ella, calmando su movimiento de bombeo.

—Necesito... —Se atragantó, sus labios escalando su garganta, su barbilla—. Jesús, Lauren, voy a venirme en tu mano si tú no...

Pre-eyaculación mojó sus dedos. Su aliento abanicó su cara antes de que la besara de nuevo. Besaba su rostro, su sien, su garganta mientras apretaba su pene con la mano. Mientras él follaba sus dedos. Y antes de que lo supiera, la palabra estaba en sus labios, labios siendo mordidos y mordisqueados por él.

—Píldora —exclamó ella en un soplo—. Estoy con la...



Él estaba dentro de ella antes de que pudiera terminar la frase. Dentro de ella, estirándola. Bombeó en su interior, una mano tirando de su pierna alrededor de su cadera, apretando su culo, la otra cogiendo y amasando su pecho, pellizcando su pezón.

Él estaba dentro de ella, llenándola, y ella gritó. Se aferró a él. Lo apretó con sus músculos internos, con ganas de más. Más. Mucho más. Y él se lo dio, un largo y profundo empuje, llevándola más y más rápido hasta el borde. Un borde que conocía. El más exquisito, consumista, borde entusiasta.

Un borde al que había llegado tantas otras veces con él.

—Vente para mí, nena —jadeó con los labios sobre los de ella—. Vente para mí.

Ella lo hizo. Un estremecimiento reclamó su núcleo. El fuego quemó por su espalda. Las plantas de sus pies hormiguearon, y ella se vino; su nombre rasgado de su garganta, su cuerpo enterrado en ella, sus cuerpos unidos. Ella se vino y luego él se vino con ella, su polla bombeando dentro de ella, su ritmo salvaje y frenético. Sus manos la sujetaban, apoderándose de ella. Sus gemidos se convirtieron en algo más, algo primitivo y primario. El sonido de la completa liberación y el placer absoluto. Sonidos que caían de sus labios como aguas poco profundas, gritos de rendición. Llegaron al clímax juntos, como siempre lo habían hecho desde la primera vez, su sudor deslizándose en el cuerpo del otro, sus jugos mojando los muslos del otro.

Perdiendo todo, excepto la conexión elemental del cuerpo y del alma.

Hasta que estuvieron agotados. Hasta que ambos montaron el final de su clímax y sus fuerzas amenazaron con desertar.

Lauren se dejó caer contra la puerta con los ojos cerrados. Su pulso latía con fuerza, un eco del orgasmo todavía desapareciendo en su interior. Oh, Dios, ella acababa de tener sexo con Nick Blackthorne. Increíble sexo desgarrador de almas.

Se llevó una mano temblorosa a la boca, con un sollozo ahogado en su garganta. Señor, ¿era realmente tan débil? ¿Tan... tan... desordenada?

—Lo siento.



Su ronco murmullo contra la curva de su cuello la hizo abrir los ojos. Un escalofrío se agitó sobre ella.

—¿Sentirlo?

—Yo... —Se detuvo con los brazos sosteniéndola, sus labios en su cuello, su cuerpo tenso. Quieto.

—¿Por qué te disculpas, Nick? —Se le secó la boca. La realidad de la situación la golpeó. El frío hecho.

Ella acababa de tener relaciones sexuales sin protección con Nick Blackthorne. Un hombre que no había visto en quince años. Un hombre que, de acuerdo con todos los chismes y revistas de celebridades de todo el mundo, nunca pasaba una noche en su cama solo. El torbellino de palabras inconexas azotó su cabeza, palabras no cuidadosas que una mujer inteligente y cuidadosa nunca debía pensar. Palabras relacionadas con médicos y clínicas y vergüenza.

Pero no tuviste cuidado. Nunca lo tuviste con Nick. Y toda inteligencia que tienes se destruye al segundo en que te besa.

Ella empujó su pecho, lo que lo obligó a alejarse. Él obedeció, pero sólo un poco, mirándola con ojos atormentados. Sus manos todavía ahuecaban la parte posterior de su cuello, sus dedos todavía en su mandíbula. Había una presión contra sus oídos. Sus labios se estremecieron.

—¿Me acabas de dar una...? —ella no se atrevía a decirlo.

La ira surgió en su rostro.

—*Nunca* te daría una enfermedad de transmisión sexual, Lauren. He sido un hijo de puta contigo, lo sé, pero no soy un idiota. Estoy limpio. 100%.

—Entonces, ¿por qué lo sientes?

—Debería haber parado. Debería haberme puesto un condón. Así no habría ninguna posibilidad de que te quedaras embarazada.

Su boca se secó.

—¿Por qué crees que quedaría embarazada, Nick? Te dije que estaba tomando la píldora.



—Estabas en la píldora antes.

La simple respuesta hizo que la garganta de Lauren se cerrara de golpe. Su estómago trató de saltar a través de ella. Su respiración la ahogaba.

Él no se inmutó. Tampoco lo dejó ir.

—¿Por qué no me lo dijiste, Lauren? ¿Por qué no me dijiste hace quince años que estabas embarazada? ¿Por qué no me dijiste que yo tenía un hijo?

Oh, Dios. Ella lo miró fijamente. No vinieron palabras. Ninguna. Había un rugido ensordecedor en sus oídos y un frío en su alma.

Oh, Dios. Él lo sabe. Él lo sabe y yo debí habérselo dicho hace quince años.

La estudió, rozando los dedos de una mano sobre su labio inferior.

—¿Por qué no me lo dijiste, nena? —susurró—. ¿Por qué?

Alguien golpeó la puerta. Un golpeteo constante de nudillos. Las vibraciones se dispararon a través de Lauren como una ráfaga de balas. Ella dejó escapar un grito de sorpresa, cada músculo de su cuerpo bloqueado.

Las ventanas de la nariz de Nick se dilataron. Dio un paso hacia atrás, sus manos deslizándose de su cara, la mandíbula apretada. Ella lo vio alejarse sin desear nada más que arrojarse sobre él, envolver sus brazos alrededor de su cintura y aferrarse a él. Sentir su calor filtrarse en su cuerpo. Sentir cómo se derretía el frío vacío que la atravesaba. Abrazarlo, ser sostenida por él. Era donde estaba destinada a estar.

Era el lugar más lejano al que quería estar. Él le había hecho daño. La había rechazado. La había dejado.

Y ella lo había herido de vuelta. Al negarle a su hijo.

—Nick —comenzó mirándolo ponerse de nuevo sus pantalones.

El golpe sonó en la puerta. Así de rápido. Así de expectante.

Ella se alejó de él, incapaz de ver el dolor, la traición en sus ojos. Agarrando la camisa del pijama, se la puso y la abrochó con dedos que parecían rechazar las órdenes de su cerebro.



Dedos que resbalaban y se sacudían. Maldita sea, ¿dónde estaban sus pantalones de pijama?

Llamaron de nuevo.

—Sra. Robbins —una voz masculina llamó desde el otro lado.

Ella buscó sus pantalones. ¿Dónde diablos estaban sus pantalones?

A la mierda. No los necesitas. Tu camisa es suficiente. Sólo abre la puerta, deshazte de quien esté en el otro lado y luego dile a Nick que lo sientes. Dile que aún lo amas. Dile que te has equivocado.

Dile todo.

Le lanzó una mirada a Nick por encima del hombro. Se quedó unos pasos detrás de ella, a medio vestir, con la parte superior del cuerpo desnuda y todavía con una fina capa de sudor; su pecho subía y bajaba con cada bocanada de aire que tomaba, sus músculos magros estaban esculpidos y definidos por el esfuerzo. Su cremallera estaba subida, la parte superior de la clave de sol tatuada en la parte inferior de su abdomen se asomaba por encima de la cintura baja de sus pantalones. Tenía el pelo negro y espeso colgando alrededor de su cara, desordenado por sus manos, y ojos que la estudiaban con una intensidad ilegible.

Parecía un Dios sexual.

Parecía una estrella de rock.

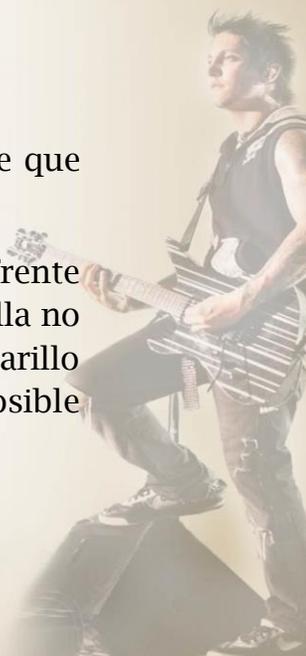
Cerró los ojos y pasó los dedos por su pelo, respiró hondo y luego se giró hacia la puerta y la abrió.

Una luz blanca estalló en sus ojos. Insonora. Cegadora. La luz blanca fue seguida por Nick gruñendo:

—Maldito idiota, Holston.

La luz blanca se clavó en sus ojos de nuevo. Un destello muy brillante que la dejó sin aliento.

—¿Teniendo un buen momento, Blackthorne? —preguntó el hombre frente a ella aunque no era tanto una pregunta, como una risita burlona. Y ella no podía verlo. Todo lo que podía ver era un doloroso resplandor amarillo bailando en su retina, una deslumbrante luz amarilla haciendo imposible ver, como del tipo que queda del flash de una cámara de gran alcance.



Ella parpadeó. Podía ver a un hombre a un paso de ella en frente, y sin embargo todavía no podía. Estaba escondido detrás de la danzante quemadura amarilla del flash de su cámara.

—Ustedes, chicos, necesitan conseguirse una vida —oyó gruñir a Nick. Y entonces él la estaba empujando pasándola. La luz blanca estalló frente a ella de nuevo mientras la voz del hombre gritaba, diciéndole que sonriera, que le diera a Nick un beso, preguntándole cuanto tiempo habían estado juntos. Blancas bombas de fuego-rápido fueron acompañadas del inconfundible clic de una cámara atacándola, capturando su estupor segundos antes de que el sonido de la puerta cerrándose golpeará sus oídos.

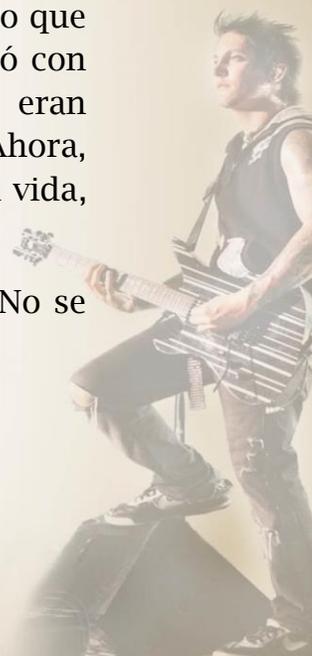
Ella miró a Nick, su pulso no sólo golpeaba su cuello, sino en sus sienes. Lo miró a través de la marca amarilla de su retina mientras Holston seguía llamándolos desde el otro lado de la puerta, preguntando cuanto tiempo ella y Nick habían sido amantes, si ella siempre dormía con el pijama de Elmo, si...

—Lo siento. —Nick la alcanzó, sus manos masajeando sus brazos—. No necesitas experimentar eso. Holston es un idiota poco ético. No sé cómo sabía siquiera que estaba en Murriundah.

Ira roja rompió dentro de ella. Escaldando caliente en su claridad. Todo se precipitó de vuelta a ella, los minutos que pasó con Nick en público, los fans gritando, las otras mujeres insultándola y enviándole mails de odio. Todo eso. ¿Y ahora eso estaba en su puerta? No. Ella no estaba para eso. Tiró de su gentil agarre y se apartó de él. Su cadera golpeó la consola de la mesa del salón, un punzante dolor agudo la atravesó como una sacudida eléctrica, pero ella lo ignoró.

—¿Preguntas por qué no te lo dije, Nick? ¿Preguntas por qué no quiero que regreses a mi vida? ¿Por qué no te quiero en la vida de *Josh*? —Señaló con el dedo a la puerta cerrada. Las llamadas y los gritos de Holston eran amortiguados, rechinando del otro lado—. *Aquí está* tu respuesta. Ahora, por favor, toma el resto de tu ropa y veté. Déjame en paz, vete de mi vida, y llévate a tu maldito paparazzi contigo.

Él se quedó inmóvil, mirándola. No se movió. Ni crispó un músculo. No se movió ni apartó la mirada de su rostro.



—Vete —rechinó ella odiando el vacilar en su voz. *Odiando* eso, maldiciéndolo a él—. Ahora.

Él se quedó como una estatua por otro doloroso latido antes de dejar escapar un irregular suspiro.

—No siempre es así, Lauren.

Ella negó con la cabeza.

—No, Nick. Yo estuve allí desde el principio, ¿recuerdas?

Él la estudió, una larga mirada silenciosa que hacía que se le apretara más fuerte su pecho ya apretado. Se veía roto. Derrotado. Nick Blackthorne, estrella de rock, despojado de su encanto arrogante, de su seguridad en sí mismo. Se veía como el chico que había conocido primero esperando el autobús de la escuela secundaria hace veintiún años atrás. El chico cuya familia acababa de mudarse a Murriundah desde Sydney. El chico que era llamado marica porque no quería estar en el equipo de rugby de la escuela. El chico al que molestaban los chicos mayores, los deportistas, por llevar una guitarra a la escuela. El chico cuya voz se rompía, cuyo rostro estaba marcado por el acné, y quien pocos años después fue descubierto en un domingo por la tarde en verano tocando esa misma guitarra en el Cricketer's Arms por un caza talentos de EE.UU de vacaciones del trabajo en las ciudades de remanso de Australia. Un caza talentos de EE.UU en busca de su próxima gran estrella.

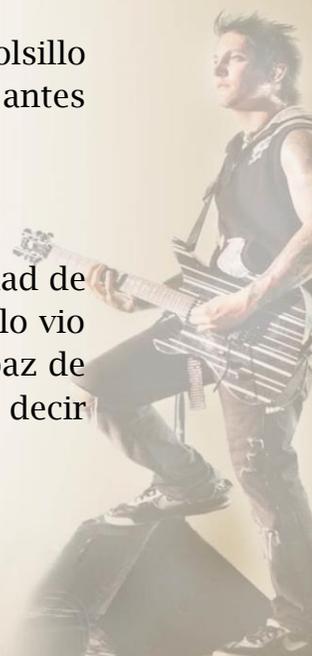
La próxima gran estrella que arrasaría con el mundo en una tormenta y destruiría su corazón en el proceso.

—Por favor vete, Nick —le pidió otra vez en nada más que un susurro—. No voy a dejar que tu vida destruya la de Josh.

Sin decir una palabra, buscó detrás de él y sacó su teléfono de su bolsillo trasero. Deslizó su pulgar por encima de la pantalla un par de veces antes de levantarlo hacia su oído sin apartar la mirada de su rostro.

—Ven por mí, Aslin —dijo con voz firme. Compuesta.

Un frío vacío brotó en el estómago de Lauren. Luchó contra la necesidad de cerrar los ojos, morderse el labio y abrazarse a sí misma. En cambio, lo vio recoger su camisa y tirar de ella sobre su cabeza. Lo vio vestido, incapaz de decir una palabra, negándose a escuchar las palabras que ella quería decir.



—*quédate, lo siento, ámame*—. No podía escucharlas. Esta era la manera en que tenía que ser, no importa cuán irrevocablemente él poseyera su cuerpo, su alma. Esta era la forma en que tenía que ser por su salud mental.

Como tenía que ser por el bienestar de su hijo.

¿Estás segura que estás pensando en Josh aquí? ¿Lo estás?

—Vete a la mierda, Rhodes —gritó de repente Holston, su voz mucho más distante que antes, y Lauren comenzó a darse cuenta de que no lo había oído hablar mientras Nick había estado vistiéndose. No había oído nada más que al *thump, thump* de su estúpido corazón y el suave *shhh* del material deslizándose sobre su piel. La piel de Nick.

Ella parpadeó, señalando con la mirada a la puerta cerrada. El paparazzi gritó algo de nuevo, algo que sonaba como *vuelve a Inglaterra, Pommie⁹ bastardo*, y alguien más se rió, una risa aguda y corta llena de alegría seguida por un doble golpe seco en la puerta.

Nick dejó escapar un suspiro.

—Ese es mi guardaespaldas.

Cuando ella no dijo nada, él abrió su boca, la cerró otra vez, pasó los dedos por su pelo y luego se volvió hacia la puerta y la abrió.

Un hombre corpulento vestido con vaqueros negros, camiseta negra y chaqueta de cuero negro cruzó el umbral, sus hombros tan amplios que casi tuvo que ponerse de lado para pasar a través de la puerta. Su directa mirada azul se deslizó sobre todo con intenso escrutinio, fichando todo, no perdiéndose nada, antes de quedarse en Lauren. Él la estudió, notando sus piernas desnudas, su camisa de pijama rápidamente abotonado, su cabello despeinado. Lo que fuera que pensara de su estado, no lo mostró.

—Señora Robbins —dijo con un sutil acento británico rodando por su nombre.

Ella rápidamente le devolvió la mirada, su presencia escarpada girando su pulso a un martilleo rápido. Había visto imágenes del hombre en revistas y en la televisión, siempre la sombra de Nick o abriendo un camino a través de la multitud gritando y retorciéndose, pero ninguna fotografía transmitía

⁹ **Pommie**: Una palabra despectiva para referirse a un británico.



el tamaño absoluto de él. La amenaza latente que emanaba en oleadas. El intimidante poder controlado.

Señor, él se veía como si pudiera chasquear en dos a una persona con apenas esfuerzo.

Por supuesto que puede, Lauren. Él es el guardaespaldas de Nick. Tiene que ser capaz de contener a todos los fans gritando, a las maniáticas groupies o a los locos psicópatas que piensan que Nick es su amigo.

La idea la hizo fruncir el ceño. Cuando lo hizo, una preocupación abrumadora por la seguridad de Nick vino con ello. No quería estar preocupada por Nick. Ya había estado allí, ya lo había hecho, y había quemado la camiseta. No iba a hacerlo de nuevo.

No podía.

—Así no es cómo planeé las cosas, Lauren.

Ella se giró hacia Nick, su pecho tan apretado que se preguntó si alguna vez volvería a respirar de nuevo. Lo miró, tratando de ver a la estrella de rock y ver sólo al hombre del que se había enamorado hacía tantos años.

El hombre que nunca podría dejar ir. El hombre del que se preocuparía hasta el final de los tiempos.

Quería decirle que se quedara. Quería, pero no lo haría.

—Todo lo que quería era compartir un momento de realidad contigo —dijo él—. Un día de ser sólo un hombre teniendo a la chica de sus sueños en algún lugar maravilloso y alegre.

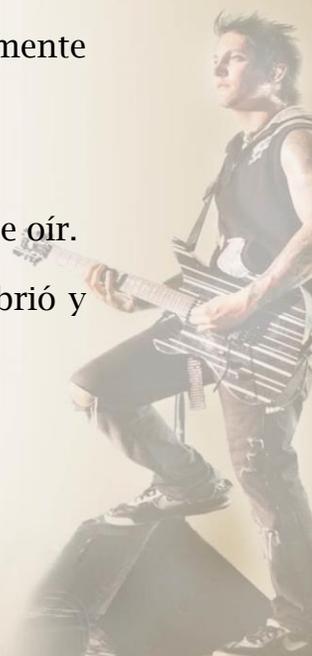
Ella mordió su labio inferior con sus dientes.

—Tenemos que irnos, Nick —retumbó la voz de Aslin—. Preferiblemente antes de que Holston recupere su cámara de donde la clavé y vuelva.

Nick asintió, sin apartar su mirada de la de ella.

—Todavía hay más que decir, Lauren —dijo—. Más que decir y más que oír.

Entonces él se giró lejos de ella. Medio segundo antes, la puerta se abrió y Josh entró a la carga a través de ella.



—¡Mamá! —gritó—. ¡Hay un helicóptero estacionado en él...! —Se chocó con Aslin—. ¿Qué carajo? —gritó tambaleándose hacia atrás.

—¡Josh! —espetó Lauren. Dios, ¿qué estaba haciendo en casa? ¿Ahora?

Pero eso no importaba. No importaba porque su hijo estaba mirando con la boca abierta a Nick. Con la boca abierta y los ojos muy abiertos y clavados en el suelo. Giró su cabeza, sólo su cabeza, y la miró boquiabierto; ella reprimió un gemido de consternación ante la incredulidad emocionada en su rostro, un rostro tan parecido al de su padre que le hizo un nudo en el estómago.

—¿Mamá? —graznó—. ¿Por qué está Nick Blackthorne parado en nuestra casa?



Capítulo 7

*Traducido por Kachii Andree
Corregido por Akanet*

Nick miró fijamente al alto y desgarrado muchacho de pie, pero a unos pocos metros de distancia de él. No, no se limitó a mirarlo fijamente, él lo devoró. Su hijo. Jesús, él estaba mirando a su hijo. El sonido dejó de existir. El mundo se convirtió en nada más que un niño, un niño adolescente con el pelo negro desaliñado, pecas y grandes ojos grises que llevaba un uniforme de fútbol manchado de tierra y una expresión de sorpresa. Un chico que le devolvía la mirada.

Él contuvo el aliento, incapaz de parpadear. Estaba entumecido. No, estaba vibrando con tanta energía que se iba a quemar. No, estaba... estaba... Jesús, estaba mirando a su hijo.

Su hijo, que no tenía idea de quién era.

El pensamiento golpeó a Nick en el intestino. Duro. Y el mundo se apresuró a regresar a él.

—¿Mamá? —Josh estaba diciendo—. ¿Por qué Nick Blackthorne está de pie en nuestra casa? —Nick escuchaba cada vocal y consonante y sílaba, notando el timbre y el ritmo en el habla de su hijo. La voz de Josh debe haber cambiado recientemente. Era profunda, con sólo el más mínimo indicio de un chasquido de vez en cuando en la nota. Pero había una música en ello también, una fuerza. Rodó sobre Nick como una ola cálida, haciendo que su estómago se tense y se apriete su pecho.

—¿Mamá? —Josh repitió y Nick comenzó, cambiando su atención hacia Lauren.

Estaba de pie tan inmóvil como él, con los labios entreabiertos, la mirada saltando entre él y su hijo, el hijo de *ellos*, sus mejillas palideciendo incluso cuando un cálido rubor pintó su garganta.

Ella no dijo una palabra.



Dile. Dile ahora. Joder, Nick, cada familiar que alguna vez has tenido ha sido arrancado de tu vida, apartado de ti, y ahora aquí está tu hijo, de pie aquí, preguntando por qué estás aquí. Dile. Dile quién eres.

Su corazón golpeó más rápidamente. Se lamió los labios, sintiendo a Aslin moviéndose detrás de él. Pero fue sólo un reconocimiento lejano. Su atención se centraba en su hijo. Y la mujer que había dejado atrás de la manera más estúpida hace muchos años.

Dile.

Josh miró boquiabierto a su madre, a él, y de nuevo a su madre.

—¿Alguien va a decir algo?

Nick miró a Lauren. Vio el conflicto desgarrándose en ella. Lo vio nadar en sus ojos. Lo vio. Lo sintió.

Dio un paso adelante, extendiendo la mano mientras lo hacía.

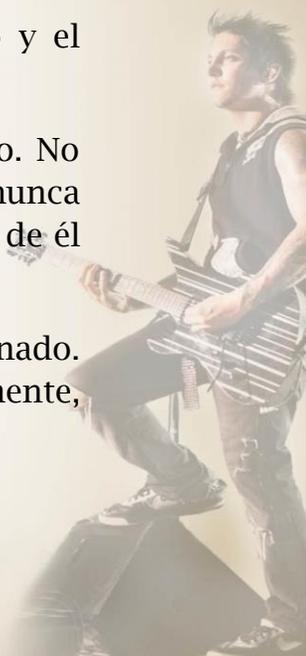
—Hola, Josh. —Envolvió sus dedos alrededor de la mano de su hijo, dándole un apretón firme. Una fisura de algo elemental, algo más allá de su capacidad para entender lo atravesó ante el contacto palma a palma con el adolescente, y escondió su inhalación de aire con una risita—. Tu madre y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo. Sólo pensé en entrar y saludar.

Oyó a Lauren hacer un pequeño ruido y le echó otro vistazo rápido. Ella lo estaba mirando, con el rostro en una máscara ambigua, con el cuerpo tenso. Pero en sus labios había una sonrisa, una sonrisa que lo llenó con un deseo tan abrumador de tomarla de la mano y tirar de ella en sus brazos que por un momento surrealista casi se estiró hacia ella.

—¿En serio? —Josh se volvió hacia Lauren mirándola con asombro y el pecho de Nick apretó—. Eso es épico.

Nick se echó a reír, dejando caer la mano de Josh. No quería hacerlo. No sabía lo que quería hacer, pero romper el contacto no lo era. ¿Y si él nunca tenía la oportunidad de nuevo? ¿Qué pasaba si su hijo fuera apartado de él antes de que tuviera la oportunidad de sostenerlo?

—Me he descargado todos tus discos —dijo Josh con el rostro iluminado. Nick casi podía ver la emoción que provocó en su interior—. Legalmente,



por supuesto. Y acabo de empezar a enseñarme a mí mismo cómo tocar *Gotta Run* en mi guitarra. Es jodidamente difícil conseguir los acordes...

—Josh —la voz de Lauren prolongó el nombre del chico, convirtiéndolo en una advertencia firme.

Josh bajó la cabeza, sus mejillas volviéndose más rojas.

—Lo siento, mamá. —Él le sonrió a Nick por debajo de las hebras de su espeso cabello negro. Cabello que volvía locas a las chicas con la distracción, Nick sospechaba—. Quiero decir, es una canción difícil de lograr que salga bien.

Nick se rió entre dientes.

—Dímelo a mí. De hecho, cree que le dije algo muy parecido a tu madre cuando la estaba escribiendo.

Josh miró boquiabierto a Lauren, y Nick no pudo evitar sonreír mientras sus mejillas se llenaban de un tinte ligeramente rosado. Había escrito la canción entera, su primer número uno australiano, en la cama con ella un fin de semana de verano perezoso.

Ninguno de los dos se había vestido. Los labios de ella habían viajado por su pecho, su estómago, su pene mientras él había garabateado las palabras y las notas en hojas de papel sueltas. Su temperatura había subido con cada caricia, su corazón desbocado mientras ella tocaba su cuerpo como un instrumento. Lo había llevado al borde del orgasmo una y otra vez, burlándose de él con satisfacción al terminar cada coro, sólo dándosele cuando la canción ya estaba terminada y su pene tan duro, tan jodidamente duro que disparó su carga en el segundo que ella se deslizó por su longitud. Él movió los pies ante el recuerdo de aquel fin de semana, su ingle endureciéndose. Y por el aspecto de la cara enrojecida de Lauren, la forma en que su respiración se volvió más rápida, ella lo recordaba también.

Oh, Nick, lo tenías todo. ¿Por qué diablos la dejaste ir?

—¿Es tu helicóptero el que está cerca de los campos de fútbol? —preguntó Josh y Nick parpadeó jalado de nuevo al aquí y ahora—. Todos nos asombramos cuando lo vimos. Rhys creyó que debe pertenecer a algún narcotraficante acampando en las montañas.



—¿En serio, Josh? —Lauren rodó sus ojos y sacudió la cabeza, sus mejillas todavía sonrojadas con un calor que Nick quería sentir con sus labios. Cristo, él quería eso. Eso y mucho más—. ¿Narcotraficantes? ¿Esa es tu razón para que un helicóptero aparezca aquí? Creo que voy a cancelar nuestra suscripción a la televisión por satélite.

—Yo no creí eso. Rhys lo hizo. Le dije que probablemente pertenecía al tipo al que el Sr. McGimmons le ha estado vendiendo sus existencias de *caballos de carreras*. Dije que el tipo finalmente se dio cuenta de que los caballos de carreras no podían correr por...

—¡Josh!

Nick se rió de nuevo, dándole a Lauren una sonrisa. No pudo evitarlo. Toda la situación lo hizo sentir... sentir... joder, lo hacía sentir vivo.

—Es mío —respondió—. Bueno, supongo que lo es. —Se dio la vuelta y le dio a Aslin flotando en silencio detrás de él una mirada inquisitiva—. No acabas de robar el helicóptero de alguien, ¿verdad, As? Es mío, ¿no?

La expresión de Aslin, calmada pero al mismo tiempo seria, no cambió.

—En realidad es de la madre de Wolf. El tuyo no tenía el tanque lleno.

Josh rió. Igual que Lauren. Una risa genuina, relajada y suave y tan perfecta, tan musical que apretó el estómago de Nick. Y se dio cuenta. Quería esto. Ser una familia. Ser parte de algo más que una vida de habitaciones vacías de hoteles y entregas de premios sin alma y personas superficiales en fiestas superficiales. Quería *esto*. Ella. Josh. Risas. Amor.

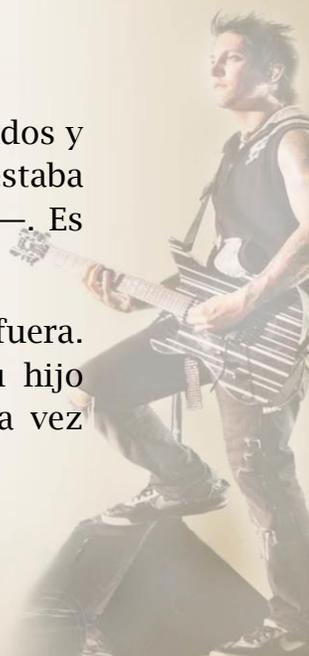
Vida. Vida real.

La vida que el destino le había ofrecido el día que conoció a Lauren.

Lo quería. Todo esto.

—Está bien, ídolo —la voz de buen humor de Lauren acarició sus sentidos y parpadeó, su garganta apretándose cuando se dio cuenta de que no estaba de acuerdo con su deseo tácito sino hablando con Josh en su lugar—. Es hora de ir a lavarse para almorzar.

Nick sintió que se le aceleraba el pulso. Ahora iba a decirle que se fuera. Podía verlo en la forma en que ella lo miraba. La sonrisa para su hijo todavía expuesta por sus labios, pero sus ojos eran precavidos una vez



más. Cautelosos. Ilegibles. Iba a decirle que se fuera y él no quería. No, en absoluto.

Josh le dio a Nick una amplia sonrisa.

—¿Te quedas?

No voy a ninguna parte, Josh.

La respuesta se formó en la mente de Nick. En el mismo momento un ruido sordo sonó en el porche delantero de Lauren, seguido de una maldición murmurada.

Aslin entre dientes murmuró una palabra que podría haber sido *joder*. Se giró rápidamente hacia Nick con un ceño oscuro.

—Holston.

Nick arqueó una ceja.

Con una leve sonrisa, Aslin se volvió hacia Lauren.

—Si está bien, ¿puedo pedirle que se ponga al día con la estrella de rock aquí un rato más? ¿Solo mientras me ocupo del idiota de afuera? Preferiría tener a Holston fuera del camino antes de que Nick camine de regreso al Cricketer's Arms.

Por primera vez en su vida, Nick envió un silencioso gracias a un miembro de los paparazzi. *Justo a tiempo, Holston. Recuérdame enviarte un Ferrari.*

—Joder, sí —exclamó Josh. Y luego miró a su madre con los ojos muy abiertos—. Mierda. Lo siento, mamá.

Lauren los miró a los dos, su expresión tan ambivalente como sus ojos. Dejó salir una respiración lenta, la acción haciendo que sus pechos se levantaran, empujándolos contra la suave tela de la camisa del pijama. Nick sintió que su ingle se movió, pero él se cerró a la respuesta poniendo el recuerdo de esos perfectos, exuberantes pechos desde su mente. Apenas.

Aslin enarcó las cejas.

—¿Srita. Robbins?

—Está bien. Mientras la estrella de rock este bien con sándwiches de queso fundido.



Nick no pudo evitar sonreír.

—La estrella de rock lo está. —Y Lauren lo sabía. Habían sido su indulgencia favorita de invierno desde hace tanto como podía recordar, su especialidad cada vez que él *cocinaba* para los dos, y la única comida que había pedido en sus cumpleaños.

—Excelente. —La sonrisa de Josh dividió su cara—. ¿Puedo llamar a Rhys, mamá? ¿Pedirle que venga?

Para la gran diversión de Nick, Lauren levantó una ceja hacia su hijo, el hijo de ellos, Cristo le gustaba el sonido de eso.

—¿Estás seguro de que quieres compartir a Nick con Rhys, Josh?

Josh la miró, volvió la mirada hacia Nick, entrecerró los ojos, ojos tan grises como los de Nick, y luego volvió de nuevo hacia Lauren.

—La próxima vez.

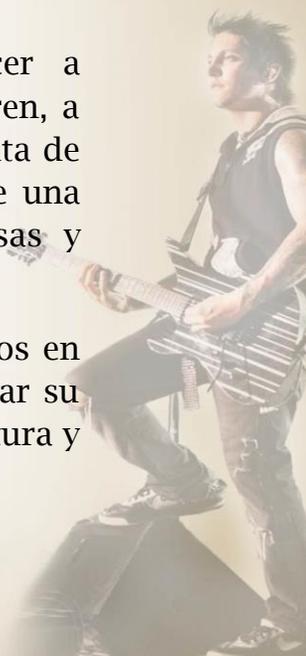
Nick se echó a reír.

—Volveré en un rato, Nick. —Aslin puso una mano en su hombro fijándolo con una mirada mordaz constante. Una mirada que le decía que no perdiera el tiempo.

Con una inclinación de cabeza hacia Lauren y una amplia sonrisa hacia Josh, el hombre abrió la puerta y cruzó el umbral en un paso de gigante. Nick oyó la maldición murmurada de Holston seguida de pies luchando en el porche de madera, y luego Aslin cerró la puerta tras de sí, dejando a Nick solo con las dos personas que significaban más para él de lo que alguna vez podría expresar. Ahora bien, si tan sólo pudiera tener la oportunidad de hacerlo.

Tragó saliva, de repente completamente inseguro de qué hacer a continuación. Su mirada encontró su camino hacia el rostro de Lauren, a los suaves labios, sus claros ojos azules. Por primera vez se dio cuenta de las líneas de expresión en sus bordes, las líneas que le hablaban de una vida vivida sin él. Se veían hermosas en ella. Hermosas y sigilosas y convincentes.

Una vez más, se sintió abrumado por la necesidad de poner sus labios en su cara, para trazar esas pequeñas líneas con sus besos. Para explorar su belleza con los labios mientras pasaba sus manos alrededor de su cintura y



la atraía hacia su cuerpo, mientras la abrazaba y volvió a descubrir todo lo que acerca de ella nunca había olvidado.

—¿Mamá?

Se sobresaltó con la voz de Josh, su corazón acelerándose al ver a Lauren hacer lo mismo. Ella parpadeó, lamiendo sus labios, sus manos revoloteando hacia su rostro mientras arrastraba su mirada fuera de Nick.

—¿Qué pasa, Josh? —había un temblor en sus palabras, una a necesidad tensa que Nick sintió todo el camino hasta la médula. Por más que tratara de negarlo, y lo hacía, podía verlo en cada matiz de su cuerpo, cada respiración entrecortada que tomaba. Estaba tan afectada por él como él lo estaba por ella.

¿Afectado? Eh, ¿no te refieres ha deshecho? ¿Deshecho y rehecho y vuelto de revés?

—¿Por qué sólo estás usando la camisa de tu pijama?

Sus mejillas se volvieron escarlata.

—Err...

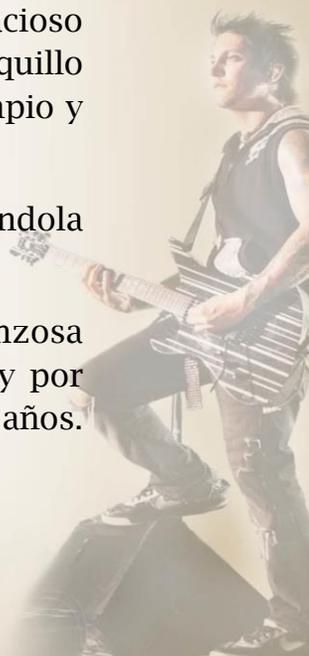
Nick contuvo una carcajada antes de que pudiera escapar. Por suerte, Josh no parecía interesado en la respuesta.

—¿Puedes firmar algo para mí? —le preguntó a Nick en su lugar—. Tengo tu primer disco en CD en mi habitación. Cada vez que lo pongo mamá me dice que lo apague o me coloque mis auriculares. —Deslizó una mirada rápida de lado hacia Lauren—. No creo que a ella le guste mucho.

—Eso es todo, Josh. —Lauren cruzó el pequeño espacio entre ellos en dos pasos y lo atrapó en un bloqueo de cabeza, un movimiento gracioso teniendo en cuenta que era casi tan alto como Nick—. Estás en el banquillo de los expulsados. Ve. Ahora. Y no vuelvas a salir hasta que estés limpio y listo para ser agradable con tu madre.

Josh se echó a reír, retorciéndose para salir de su agarre y empujándola lejos con un suave empujón.

—Sí, sí. Voy a tomar una ducha. Trata de no ser demasiado vergonzosa frente a Nick mientras estoy fuera. —Volvió su sonrisa hacia Nick, y por una fracción de segundo era como mirarse en un espejo hace quince años.



Los ojos, el cabello, la cara todavía no la de un hombre, pero en realidad ya no más la de un niño. Aunque Nick no hubiera sabido quién era el padre de Josh, esa sonrisa, ese descaro, lo habría gritado en voz alta y clara. Era suficiente para hacer su cabeza girar. Y su pecho pesado con un potente e indescriptible orgullo. Él era padre.

—¿Seguirás estando aquí cuando salga? —preguntó Josh. Una tensión ansiosa cayó sobre el chico y Nick pudo ver, cuan desesperadamente él estaba tratando de aparentar que estaba genial, Josh estaba más nervioso y emocionado de lo que estaba dejando ver.

Una risa burbujeaba dentro del corazón de Nick. De tal palo, tal astilla.

Le dio a Josh una amplia sonrisa y dijo las palabras que sabía que eran más ciertas que cualquiera de las que había pronunciado en su vida.

—Está bien, amigo. No voy a ninguna parte.

Josh apretó el puño.

—Sí. —Él sonrió a su madre y se fue, medio corriendo, medio trotando por el pasillo hasta que se metió en una habitación a la derecha y desapareció de la vista de Nick.

—No puedes arruinarlo con él, Nick.

La declaración de nivel sacudió la atención de Nick de nuevo hacia Lauren. Ella se quedó inmóvil, con los brazos cruzados sobre el pecho, sus ojos preocupados.

—Es un muy buen chico para arruinarlo. No dejaré que lo hagas con él. Sé lo difícil que es conseguir más de ti. No dejaré que le hagas eso a mi hijo.

—*Nuestro* hijo —dijo él—. Y acabas de oírme. No voy a ninguna parte.

Ella lo miró, su mirada moviéndose sobre su cara como si buscara respuestas a preguntas que no había expresado.

Pregúntalas, Lauren. Por favor pregúntalas.

—No me hagas esto de nuevo, Nick —susurró—. No me hagas creer en algo que no puede suceder.

Dio un paso hacia ella.



—¿Por qué no se puede? Los dos somos mayores ahora. Más sabios. ¿Por qué no podemos tener lo que siempre quisimos?

No respondió. En cambio, dejó escapar un suspiro y se apartó de él.

—Voy a hacer sándwiches de queso fundido —dijo por encima del hombro mientras comenzaba a caminar—. ¿Aún te gustan con doble queso y Vegemite¹⁰?

Tragó saliva, forzando una sonrisa en su cara.

—Ya lo creo.

—Al igual que tu hijo —la oyó murmurar con un movimiento de cabeza. Y luego se echó a reír, una pequeña y suave risa, y su corazón se disparó.

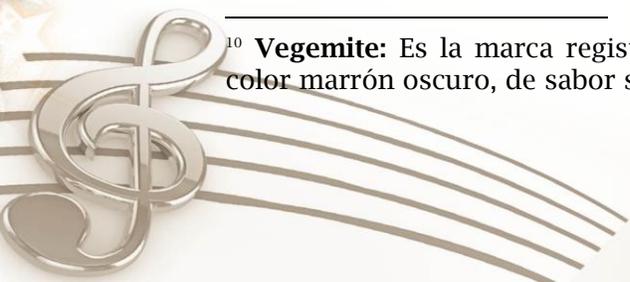
Él la siguió a la cocina, disfrutando de las encimeras ordenadas, el desorden organizado. En la nevera había una colección de dibujos, algunos en papel dorado por la edad, el nombre de Josh garabateado en la parte superior, algunos en papel más reciente con otros nombres. Esos tenían imágenes de una mujer con el cabello largo de color rosa y una gran sonrisa feliz acompañada de palabras como, *para la señorita Robbins, con amor Thomas. Querida señorita, de Chloe. Mi mejor maestra, por Heidi.* Dibujos de una profesora muy querida por estudiantes que tuvieron la suerte de pasar cinco días a la semana con ella. Estudió esas obras de arte, sus labios curvándose en una sonrisa. Estaba celoso de esos estudiantes. Enfermizamente celoso.

—¿Puedes pasarme un cuchillo, por favor?

Se apartó de la nevera y cruzó la cocina, deteniéndose junto a Lauren en el mostrador. Ella estaba cortando gruesas rebanadas de pan integral de una barra, de espaldas a él. Miró a su alrededor, encontrando lo que él pensaba debía ser el cajón de utensilios. Lo era, y envolvió sus dedos alrededor de un cuchillo de mantequilla y se volvió hacia ella.

Los labios de ella se encontraron con los suyos antes de que pudiera pasarle el cuchillo, con las manos serpenteando alrededor de la parte posterior de su cuello, sus dedos enredándose en su cabello. Ella le dio un beso, sus labios y lengua tomando abrazos, lentos, una posesión sensual de su boca. Ella lo besó, y justo cuando él deslizó sus brazos alrededor de

¹⁰ **Vegemite:** Es la marca registrada para una pasta de untar de carácter alimenticio, de color marrón oscuro, de sabor salado elaborado de extracto de levadura.



su cintura, justo cuando su pene palpitaba de deseo ansioso y tiró de sus caderas hacia él, se detuvo y se le escapó de las manos, volviéndose hacia el pan en espera.

Nick tomó una larga respiración, luchando por la calma. Estudió su perfil, sus bolas hinchadas, sus labios todavía mojados de su beso.

—¿Qué fue eso?

No apartó su atención del sándwich que había empezado a arreglar.

—Una picazón arañada.

Levantó una ceja, su cuerpo en llamas. Sería muy fácil serpentear con sus brazos a su alrededor y tirar de ella contra él en este momento. Aplastar la boca con la suya, liberar sus botones y tomar sus pechos con las manos. Así de fácil. Pero con Josh probablemente a pocos minutos de terminar su ducha, no podía. No lo haría. Cuando le dijera a Josh que él era su padre, iba a ser cara a cara, sereno y firme y seguro. No descubierto tocando a su madre en la cocina.

Más tarde tal vez, quizás en meses, ser atrapado por Josh tocando a su madre no sería tanto un problema, sería aceptable el ruido en una casa familiar habitada por una pareja felizmente enamorada, pero por el momento... no, no era la manera de darle la noticia a él.

Así que puso el cuchillo en la mesa al lado de la barra de pan y la jarra de Vegemite y sacó el queso de la nevera. No se dejaría considerar la posibilidad de un eufórico, utópico feliz para siempre sin pasar por eventualidades. Lo haría suceder. ¿Cómo podría Lauren besarlo de esa manera si no sentía por él lo que él sentía por ella? ¿Lo que había sentido por él hace tantos años?

Ella no podía. Sólo tenía que demostrarle eso. Haciendo que el almuerzo juntos fuera perfecto.

Cinco minutos en silencio después, Josh llegó corriendo a la cocina, el cabello chorreando, las extremidades desgarradas ocultas por pantalones vaqueros holgados y una camiseta de AC/DC. Llevaba un CD y un marcador negro con él, y Nick se dio cuenta de la energía nerviosa que irradiaba de él otra vez.



—¿Estás seguro de que estás bien con firmarlo? —Le entregó la caja del CD de Nick, una tímida sonrisa en los bordes de su boca—. No lo voy a vender en E-bay o algo así. Lo prometo.

Nick se echó a reír.

—Oh, bueno, en ese caso. —Él puso el CD en el mostrador y miró su portada. Se quedó mirándose a sí mismo, dieciséis años más joven de lo que era ahora, su cara una máscara de pucheros de humeante tormento y desprecio. Su primer álbum.

Sacando la tapa del marcador con los dientes, se quedó mirando el CD, el marcador preparado en la mano.

—Josh, ¿puedes traerle algo de tomar a Nick, por favor? —La voz de Lauren jugó con los sentidos de Nick—. Hay sidra de manzana en el refrigerador del garaje y limones en el frutero.

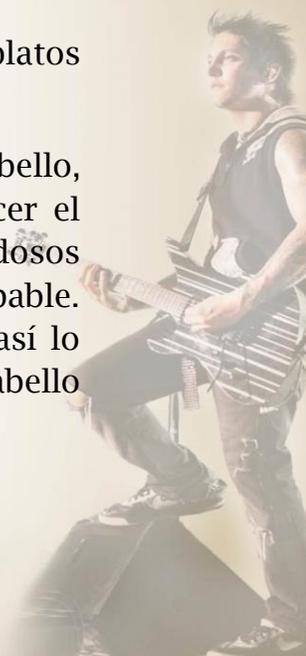
Un ritmo suave agitaba la sien de Nick y una sonrisa se dibujó en sus labios. Recordaba su bebida favorita, sidra y limón, y estaba haciendo su comida favorita.

Miró la caja del CD sobre el mostrador delante de él, se inclinó ligeramente por la cintura y escribió, *Josh. Pon la música fuerte y toca a menudo. Me encargaré de tu madre cuando lo hagas. Lo prometo.* Se detuvo un segundo, y luego firmó *Nick*.

El olor a queso fundido y el pan tostado se filtró en el largo aliento que tomó, y con él llegó una avalancha de recuerdos e imágenes y fantasmas sensoriales. ¿Cuántos sándwiches de queso fundido había hecho Lauren para él en su vida juntos? Demasiados para contarlos. ¿Cuántos había tenido en los últimos quince años? Ninguno.

—Arriba, Nick —dijo Lauren y se dio la vuelta y la vio ubicar dos platos totalmente apilados sobre la mesa.

Ella le honró con una sonrisa rápida, la espesa cortina de su cabello, todavía despeinado por el sueño y sus manos y su temprano hacer el amor, cayendo sobre su hombro. El deseo de sentir esos fríos sedosos filamentos deslizándose contra su piel una vez más era una burla palpable. Para utilizar su misma frase, un sarpullido que tenía que rascar. Y así lo hizo. Se acercó a ella en tres pasos rápidos y le peinó el cabello apartándolo de su sien con un solo movimiento suave de los dedos.



Sus ojos se cerraron. Ella volvió la cara hacia su mano y apretó la boca sobre su palma.

—Bebidas —gritó Josh y Nick se sobresaltó. Pero no tan violentamente como Lauren. Ella se apartó de él, girando de nuevo hacia la barra para recuperar el último plato de sándwiches de queso fundido mientras Josh entraba en la cocina, con dos botellas de sidra de manzana en una mano y un limón en la otra.

Él los depositó sobre el mostrador al lado de su madre y luego se apresuró hacia donde Nick había dejado el CD.

—Amigo. —Su risa rebotó alrededor de la pequeña habitación—. En realidad voy a hacer que mantengas eso.

—¿Qué? —Lauren le frunció el ceño dándole a Nick una mirada de lado.

Josh sonrió, levantando la caja del CD firmado.

—Se comprometió a tratar contigo cada vez que toque este álbum. —Se rió de nuevo, su sonrisa ampliándose mientras giraba hacia Nick—. Lo que significa que más o menos vas a tener que mudarte, Nick, porque pienso tocar todos los días.

Nick se dejó caer en una silla y cogió el sándwich ubicado en el plato delante de él.

—¿Sabes qué, Josh? —Mordió el queso fundido, el cálido queso pegajoso, el Vegemite salado y pan tostado, la segunda cosa más deliciosa que había probado en todo el día—. Estoy totalmente de acuerdo con ese plan.

Josh se dejó caer en la silla a su lado y recogió su propio manjar tostado de su plato.

—¿Ves, mamá? Te dije que ibas a encontrar un novio este año. ¿Quién hubiera pensado que sería Nick Blackthorne?

Nick se atragantó con un bocado de pan tostado y queso. Lauren se sentó en la silla de enfrente, su rostro tranquilo y totalmente ilegible. Le dio a Nick una sonrisa torcida, una ceja ladeándose mientras levantaba su sándwich a sus labios.

—Qué suerte la mía —dijo y le dio un mordisco.



Capítulo 8

Traducción SOS por Mir, nElshIA y Steffanie
Corregido por francatemartu

El almuerzo fue maravilloso. Maldición.

Nick era divertido, relajado, informal, modesto y encantador. Les obsequió a ambas historias de su vida, pintando detalles lujosos sobre rabinetas lanzadas por otros artistas. Artistas que, de acuerdo con Nick debían *permanecer en el anonimato por temor a que me cacen y corten mi... ejem...* Les contó historias descabelladas sobre accidentes durante las giras, acerca de algunas de las cartas más extrañas que había recibido de sus admiradoras. Habló sobre la nerviosa anticipación que padecía cada vez que estaba nominado a un premio. Los tenía a los dos muriéndose de risa cuando les mostró su practicada rutina de la cara perfecta de oh-mierda, no-gané-pero-aun-así-tengo-que-lucir-feliz. Les cantó una versión bastante retorcida de *Gotta Run* que había aprendido mientras estaba de gira en la India; su acento indio era atroz, y su sonrisa contagiosa.

Les contó sobre haber crecido en Murriundah con el único policía en la ciudad como padre y luego les contó historias muy exageradas de las supuestas aventuras de Lauren cuando iban juntos a la escuela, incluso informándole a Josh en un susurro alto sobre la vez en que fue puesta en detención por besar a un chico detrás de la caseta con los equipos deportivos. No comentó que dicho chico había sido él.

Que el latido del corazón de Lauren se triplicara ante el recuerdo de aquel beso, su primer beso, la hizo querer golpearlo. Pero no podía. No cuando él la hacía reír tanto. No cuando su cara le dolía de tanto sonreír, maldito. Él los entretuvo a los dos, y respondió todas las preguntas que Josh le lanzó, incluso una sobre las groupies.

Lauren se había quedado inmóvil por esa respuesta, pretendiendo estudiar su sidra de manzana, mientras sus dedos agarraban el vaso sudoroso, su corazón hacía su maldito golpeteo de camino a su garganta. Había estado



tanto allí desde que Nick había regresado que ella sospechaba que el órgano engañado creía que allí era donde estaba destinado a estar.

—Las groupies son como el chocolate, Josh —dijo Nick, la alegría todavía se enhebraba a través de sus palabras. Sus ojos sin embargo... Lauren podía sentirlos sobre ella, serios y contemplativos—. Un estúpido pensaría que podría atiborrarse de ellas sin consecuencias. Pero luego mira alrededor y se da cuenta que son calorías vacías. Fastidian su vida, cuando lo único bueno para él era lo que ya había estado comiendo todo el tiempo.

Josh alzó las cejas, la acción tan igual a Nick que el vientre de Lauren se contrajo.

—¿Y qué es eso? —preguntó Josh casi conteniendo la respiración.

Nick levantó lo que quedaba de su almuerzo.

—Sándwich de queso tostado y Vegemite —respondió y metió el último trozo en su boca con una sonrisa.

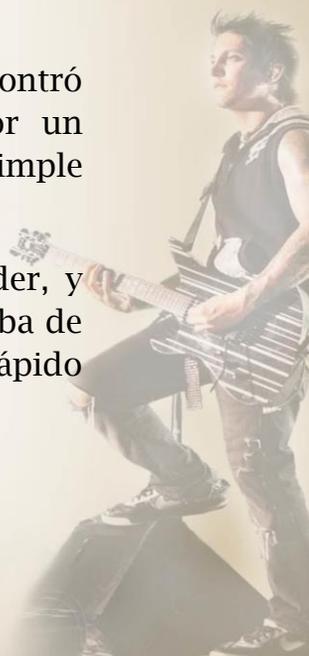
Lauren no se sorprendió al ver que Josh estaba absoluta y completamente cautivado. Tanto es así, que cuando Rhys lo llamó y le preguntó de ir por un juego de Rock Band, él dijo que no. Nunca había visto a su hijo rechazar a su mejor amigo. Eso debería haberla petrificado. No lo hizo. Eso hizo que su corazón cantara. Y su alma llorara. Más aún cuando Nick se puso de pie, recogió los platos sucios y comenzó a lavarlos en el fregadero.

Finalmente, Aslin regresó; el guardaespaldas se movía en la pequeña cocina de Lauren como el proverbio del toro en una cristalería, haciendo todo lo posible para evitar romper algo.

—Me deshice de Holston —dijo dejándose caer en el último lugar de la mesa—. Aunque no creo que yo le siga gustando.

Nick se rió y Josh preguntó qué había hecho Aslin. Lauren se encontró cómoda por ese contento disfrute que ella dejó de respirar por un segundo, con su corazón en pausa. Y entonces Nick le sonrió, una simple sonrisa, y su corazón arrancó de nuevo. Rápido. Fuerte.

Era demasiado. Demasiado que asimilar. Demasiado para comprender, y ella le había dado la espalda a la inquietante escena. Ahora, aquí estaba de pie en el mostrador, de espaldas a todos, tratando de calmar el rápido



latido de su corazón con respiraciones lentas y constantes con el pretexto de hacer un sándwich de queso sin Vegemite para Aslin.

—¿Cómo crees que él supiera que estabas aquí, Nick?

Fue Josh quien hizo la pregunta, su voz tenía en parte asombro, en parte consternación. Lauren tomó otra bocanada de aire. Su hijo estaba cayendo bajo el relajado encanto de Nick y la emoción de su celebridad. ¿Cómo regresaría ella a la normalidad después de esto?

No puedes. Lo sabes. Sabes eso y una parte de ti no quiere hacerlo. Una parte más grande de lo que crees. Y sabes eso también.

—Supongo que fue alguien en el bar de anoche. —Un humor relajado se enhebró a través de la respuesta de Nick—. La mayoría parecían locales, pero tengo que admitir que el barman no lo parecía.

—No lo es. Es de Tamworth. Se mudó aquí hace un año. Le pidió de salir a mamá un par de veces.

Lauren arrugó la cara, renunciando a toda esperanza de desacelerar su corazón. Por supuesto que Josh tenía que revelar ese pequeño chisme de información.

—¿Y qué dijo tu madre? —preguntó Nick, la risa en su voz sonaba más que enfatizada. Ella cerró los ojos. Justo lo que necesitaba, una estrella de rock celosa.

—No —contestó Josh—. Incluso cuando le preguntó si quería ir a tu último concierto en Sydney. Compró boletos y todo.

—¿El concierto que no he hecho todavía? ¿El que acaba de salir a la venta? ¿El que no sucederá hasta marzo del próximo año?

Josh rió.

—Ese mismo.

—Las entradas que apenas salieron a la venta, hace tres días, ¿estoy en lo cierto, Aslin?

—Así es, Nick.

Se produjo una pausa.



—¿Así que este tío le preguntó a tu mamá hace tres días?

Lauren oyó reír a Josh.

—Síp.

—Y ella dijo que no.

—Síp.

—¿Qué crees que diría si yo le pidiera de ir al concierto?

Tratando lo más fuerte que podía, Lauren no pudo evitar la sonrisa que tiraba de sus labios. Se dio la vuelta, apoyándose contra el mostrador sosteniendo el sándwich de Aslin delante de ella.

—Creo que ella diría tal vez.

Nick le sonrió, sus labios completamente besables se doblaron y sus ojos le decían con toda claridad lo que pensaba de su *tal vez*. Su estómago hizo un pequeño salto ante la acalorada intensidad en su mirada. Su sexo hizo un pequeño revoloteo también. Y sus pezones se apretaron. Se humedeció los labios. Oh, hombre, estaba loca.

—¿Josh? —preguntó Aslin de repente y Lauren parpadeó, la atracción hipnótica de la atención de Nick fue destrozada por la voz fuerte y entrecortada del guardaespaldas—. ¿Has estado en un helicóptero antes?

Josh sacó su patentada cara de *estás bromeando*, la clase de cara reservada a las preguntas de los adultos que todos los adolescentes conocían como inútiles.

—No.

Aslin le dirigió una mirada indiferente.

—¿Te gustaría?

La pregunta no había terminado antes de que Josh se pusiera de pie, mirando a Lauren con una emoción con la boca abierta que no había visto desde... bueno, desde que había descubierto a Nick Blackthorne en su casa.

—¿Puedo, mamá? ¿Por favor?



Su vientre se retorció de nuevo. Si decía que sí, ¿significaba eso que se quedaría sola con Nick? ¿Sería lo suficientemente fuerte como para resistirlo, para resistirse a sí misma, si ese fuera el caso?

—¿Qué pasa con tu amigo...? Rhys, ¿verdad? ¿Le gustaría ir también? —preguntó Nick disfrutando de la felicidad de su hijo.

Si era posible, la boca de Josh se abrió aún más.

—¿Estás jodiendo... Quiero decir, ¿hablas en serio? —Extendió sus manos hacia Lauren, con su rostro suplicante como sólo un adolescente lo podía hacer—. ¿Mamá? Tienes que decir que sí. ¿Por favor? ¿Por favor?

El guardaespaldas de Nick se volvió hacia ella, con una sonrisa que podía haber jurado era confabuladora en su rostro amenazantemente guapo.

—Sólo será un par de horas, Sra. Robbins. Y soy un piloto con licencia. Él estará a salvo, lo prometo.

Tragó saliva, su boca de repente estaba seca.

—Aslin es un ex-comando británico de SAS, Lauren —manifestó Nick, su cuerpo estaba flojo y relajado en su asiento—. Confío en él con mi vida todos los días. —Sus ojos se pusieron serios—. Y confiaré en él con Josh también. Cada día. En cualquier momento.

El significado de la última parte de su declaración no pasó desapercibida para Lauren. Nick le estaba diciendo, y a Josh a pesar de que Josh no lo supiera, que la seguridad de Josh era tan importante como la suya. Y que, en lo que se refiere a Nick, ahora era parte de su responsabilidad.

Un vicio pesado se envolvió alrededor de su pecho y apretó. Dios, ella debía estar furiosa por eso. Debería estarlo, pero no lo estaba. A decir verdad, no tenía ni una maldita idea de cómo se sentía.

Hecha un caos, Lauren. Hecha un caos, confundida y petrificada. Y caliente. Tan malditamente caliente desde que Nick apareció.

—¿Mamá?

Fue la nota desesperada en la voz de Josh lo que la desarmó. El chico de pueblo con la oportunidad de experimentar algo completamente fuera de su mundo conocido y medio convencido de que su madre iba a arruinarlo todo.



Ella lo miró con una mirada severa.

—Está bien, pero... —Tuvo que parar y esperar a que terminara de hacer chillidos y saltara alrededor de la cocina—. Pero el señor Rhodes está a cargo y tiene mi permiso para partirme en dos si no te portas bien.

—Lo haré. —Él se rió todavía saltando alrededor de la pequeña habitación—. Quiero decir, no lo haré, no lo haré.

Ella dejó escapar un suspiro.

—Trata de no caerte de la cosa, ¿de acuerdo?

Josh hizo algo totalmente inesperado entonces. Él la agarró en un abrazo rompe huesos y le dio un beso en la mejilla.

—Eres condenadamente brillante, mamá.

—Lo es —murmuró Nick con la mirada en el rostro de ella. Lauren dudaba que Josh le hubiera oído. Estaba demasiado ocupado haciendo muecas y bombardeando a Aslin con preguntas sobre el vuelo, y lo más importante ¿cuándo?

El hombre corpulento se tragó el último trozo de su sándwich y luego se puso de pie.

—¿Cómo suena ahora?

—Épico.

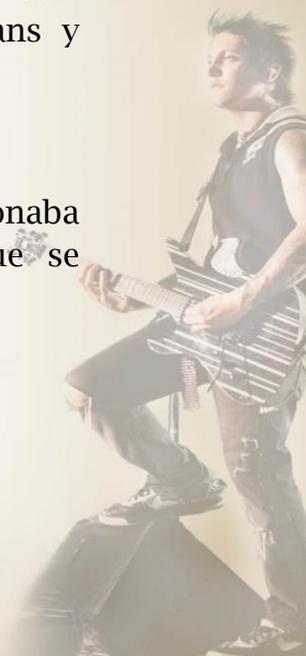
El pulso de Lauren saltó a toda marcha. ¿Ahora? Ella no estaba preparada. Ella no estaba...

Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera pronunciar otra palabra, Josh estaba buscando su móvil en el bolsillo de sus jeans y corriendo a la puerta principal.

—Rhys, mete tu culo en el helicóptero. ¡Ahora!

Aslin se rió. También lo hizo Nick, pero a los oídos de Lauren sonaba tenso, como si estuviera tan en el borde sobre la situación que se aproximaba como ella.

¿Nerviosa? ¿Por qué demonios estaba nerviosa?



Se lamió los labios, su boca seca. Observó a Aslin guiñar hacia Nick, un solo gesto que parecía decir mucho. Nick asintió hacia atrás, y luego el guardaespaldas se fue, dejándola junto con su ex.

Su corazón latía más fuerte en el pecho.

—Deberías habérmelo dicho, Lauren.

Su reproche era suave y amable, como lo era su mirada. No era lo que esperaba en absoluto. Pero entonces, el Nick que había vuelto a Murriundah no era el Nick que la había dejado en Sydney. Había algo diferente en él, y no era solo la edad en su cara. Algo... más profundo. Ella frunció el ceño, envolviendo sus brazos alrededor de su torso. Sus piernas estaban frías, los dedos de sus pies de la misma manera. Esto, tenía que ser, por eso sus pezones estaban apretados y su respiración profunda. No tenía nada que ver con la confusión de nudos en su estómago.

—Deberías habérmelo dicho —repitió sin moverse de donde estaba en el otro lado de la mesa.

Se lamió los labios.

—¿Y qué habrías hecho tú, Nick? ¿Volver? ¿Renunciar a tu nueva vida, tu nuevo mundo? No puedo verte trabajando en una oficina, ¿tú sí? O ¿empacando estanterías para pagar los pañales y las citas médicas?

Un destello de oscuridad brilló en sus ojos.

—Tú no me diste esa oportunidad, ¿o sí?

El estómago de Lauren se revolvió. No lo había hecho. En ese momento ella estaba convencida de que estaba haciendo lo correcto. Todavía pensaba que lo hacía... ¿no?

Su mirada no vaciló en sus ojos.

—¿Sabías que estabas embarazada cuando me...? —no terminó la pregunta. Así que ella lo hizo por él.

—¿Cuando me dejaste? ¿Cuando decidiste que el atractivo de ser una estrella de rock era más poderoso que el atractivo de ser nosotros? —Ella negó con la cabeza—. No.

Un corto aliento lo abandonó y se frotó la cara con las manos que parecía le estaban temblando. Otra diferencia con el hombre al que había conocido



desde que tenía catorce años. El Nick Blackthorne del que se había enamorado todos esos años atrás, nunca mostró ningún signo de debilidad. Había usado una confianza arrogante de la misma manera que la mayoría de la gente llevaba sus ropas. Había sido parte de su encanto, parte de la razón por la que había caído tan duro por él, y que se había convertido en odio hacia el final. Ahora la arrogancia no parecía existir, no de la forma que tenía antes. Todavía era Nick, todavía arrogante, pero la chulería se templó con lo que ella había pensado que era la madurez. Tal vez era algo más sin embargo. ¿Algo que no podía entender?

No. Sólo estás poniendo excusas, Lauren. Lo quieres demasiado. ¿Deseas la fantasía que está ofreciendo tanto que estás dispuesta a creer que ha cambiado? Y te encontrarás exactamente donde estabas hace quince años, rota, vacía y herida.

Ella se abrazó más fuerte, con la garganta apretada.

Nick dejó caer las manos de su cara, mirando desde el otro lado de la mesa. El olor a pan tostado colgado en el aire, un olor que una vez había disfrutado, un olor que siempre trajo consigo los recuerdos de la risa y la satisfacción y la pasión. Dios, ¿cuán crédula podía ser?

—Deberías habérmelo dicho, Lauren. Tenía derecho a saberlo. Josh tenía derecho a saber. Tiene derecho.

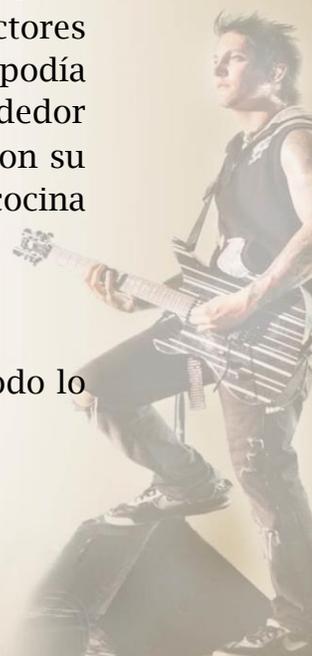
Ella apretó los dientes, la mención de su hijo como un cuchillo en el pecho. Nunca le había dicho a Josh quien era su padre y había dejado de preguntar.

—Un error en mi pasado —había llamado Nick.

—Me dejaste, Nick —ella dijo con su voz ronca—. La fama, los fans, las groupies, las hordas de mujeres arrojándose a ti, los productores discográficos procurándote cualquier cosa que quisieras... no podía competir con eso. —Dejó escapar un suspiro, su mirada saltando alrededor de su cocina. Su acogedora cocina muy lejos de la cocina moderna, con su desorden y su microondas temperamental. Tan lejos de la clase de cocina que un artista premiado internacional poseería.

Le devolvió la mirada a Nick.

—Ser una estrella, ser un músico, era todo lo que siempre quisiste, todo lo que has amado. Ser padre nunca cabría en esos planes en absoluto.



Sus fosas nasales se dilataron.

—Te equivocas, Lauren. También te amé.

Ella negó con la cabeza.

—No lo suficiente, Nick. No lo suficiente como para detener el que te alejaras de mí.

Él no le respondió. ¿Qué esperaba que dijera? No había nada que decir, ¿o lo había? Ella tenía que pensar con la cabeza. Su cabeza, no su corazón. Y su cabeza sabía que tanto como ella sufría por él, también lo amaba, no había una maldita esperanza de que existiera un felices para siempre después de esto. Sólo otra canción, ¿tal vez? Otra canción que inundaría sus ojos de lágrimas cuando lo oyera cantar en la radio.

Otro suspiro brotó en su pecho.

—Voy a tomar una ducha. Creo que las dos en punto es suficientemente tarde como para todavía estar en pijama, ¿no? —resopló mirándose a sí misma—. Bueno, la mitad de la pijama.

Antes de que pudiera decir nada, se dio la vuelta y salió de la cocina. Él no se extendió hacia ella cuando lo pasó. No la llamó después de que fue.

Cerrando la puerta de baño detrás de ella, se despojó de su camisa. Un escalofrío la agitó, el aire fresco de la sala de azulejos era como un millón de besos de hielo sobre su piel enrojecida. Y estaba enrojecida. Para todas las confesiones miserables y los argumentos que expuso, su cuerpo seguía aún más encendido, más excitado por Nick que cualquier otro hombre que había conocido. Él pudo haberle hecho daño sin medida hace quince años, pero también la había marcado como suya. En muchos sentidos, al menos con el chico que se parecía y se comportaba tanto como él.

Cerró los ojos, luchando contra las lágrimas. No iba a llorar. No lo haría.

El agua estaba helada cuando primeramente empezó a caer, los tubos exteriores sin duda envueltos por el invierno. Consideró entrar en ella. ¿Seguramente eso sería una sacudida eléctrica de vuelta a su conducta racional?

—Idiota —murmuró girando abierto el grifo de agua caliente. Lo único que lograría sería la obtención de un resfriado y entonces se sentiría miserable y mocosa.



Un momento después se puso bajo el chorro de agua caliente, la cabeza hacia abajo, dejándola caer sobre ella. Corría por sus mejillas, siguió la línea de sus labios entreabiertos. Corrió por la parte de atrás de su cuello, por debajo de la curva de sus pechos, de sus pezones fruncidos. Presionó sus palmas contra la pared del cubículo, los azulejos fríos contra su piel, y cerró los ojos. Las lágrimas, se arrastraron por la cálida caricia del agua que se llevó las gotas saladas derramadas por su cuerpo, sobre su vientre, más allá de su ombligo a la curva de su sexo. Entre sus muslos. Por encima de su sexo.

Y todo el tiempo, lágrimas silenciosas escaparon de sus ojos y su corazón lloró por Nick. Nick, maldita sea. Nick.

La puerta de la ducha se abrió y él estaba de pie en el otro lado, sus fosas nasales dilatadas, su mandíbula apretada.

—Lo siento —su voz era áspera. Nada más que un susurro.

Las palmas todavía pegadas a la pared, ella le devolvió la mirada. Sus pechos elevándose mientras aclaraba la garganta firmemente.

—Te odio, Nick.

—No, no lo haces.

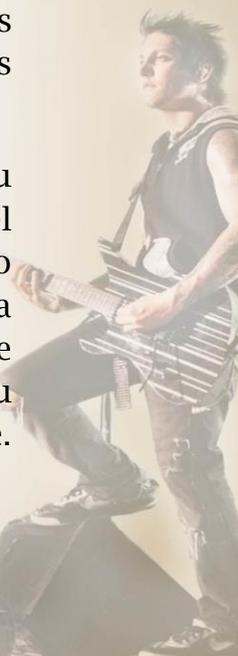
Ella cerró los ojos, el agua lamiendo las lágrimas antes de que pudiera derramarlas de las pestañas.

—No, maldito. —Ella levanto la cabeza y lo miro—. Yo no.

Sin decir una palabra, el cerró sus dedos en el borde de su camisa, y la halo por encima de su cabeza y se metió en la ducha.

Ella se volvió hacia él, instando y de forma inmediata, y él deslizó sus manos por su pecho sobre sus pezones duros entrelazando sus brazos alrededor de su cuello y tirando su boca sobre la de ella.

El beso fue más allá de ella. No tenía control de su cuerpo como de su corazón. Todo lo que sabía era que en este momento no había nada en el mundo que deseara más que sentir a Nick contra ella, poseyéndola, dentro de ella. Era tonta y estúpida, débil, pero era demasiado potente para resistirse. Lo deseaba. Él era el único que la hacía sentir todo. El único que la hacía sentirse apreciada. Pero todo el dolor que le había traído a su mundo, también le había dado felicidad y amor del que podía recordarse.



Ahora mismo, en esa ducha, era Nick. Su Nick. No el Nick del mundo. No el productor Nick. Suyo. Y se iba a perder a sí misma en su Nick y tratar con el dolor de los momentos robados después de que él regrese a su mundo de nuevo.

Le acaricio la lengua con la suya. Amando que sus brazos la sostuvieran firmemente contra su cuerpo. El agua fluyó sobre los dos, uniéndose en su beso, su débil carne, se apretó más a él. La sensación de sus pechos húmedos deslizándose contra su torso húmedo era demasiado erótico. Un gemido salió de su garganta ¿o era de Nick? Ella no lo sabía. Y no le importó. Se puso de puntillas, y frotó sus caderas, una petición implícita de que seguía atrapado en sus jeans mojados. Dios, lo quería dentro. Llenándola, estirándola. Poseyéndola.

Al igual que un drogadicto busca una dosis.

Mareada, ella arrastro su mano por su torso, sus labios aun bebiendo de él, mientras busca su bragueta. Él la detuvo, sus dedos sustituyendo los de ella para liberar hábilmente el botón superior. Su erección tensa en su cremallera y Lauren rozo con el pulgar la punta emergente.

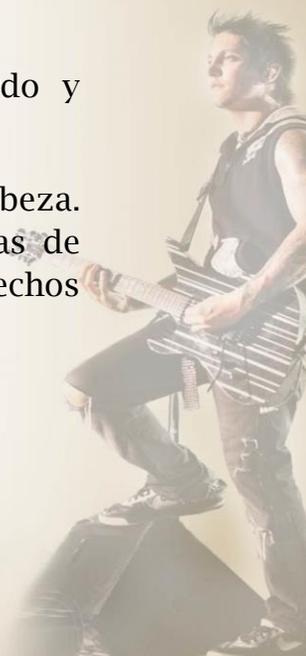
Él gimió, dejando un camino de besos encima de la mandíbula hasta la oreja. Le cogió la oreja con los dientes, mordiéndola con fuerza casi dolorosamente antes de chuparla con la boca, al momento que abría por completo su bragueta. Su pene saltó libre por fin, largo y grueso Lauren inmediatamente lo capturo con sus dedos. Gimió, un sonido crudo y urgente. Su asta convulsionando en su mano. Un pulso palpitante, luego otro y otro.

—Oh, Nick. —Ella aparto el pulgar sobre la punta otra vez, el agua caliente de la ducha hizo que la cabeza de su pene suave como el terciopelo se volviera lisa—. Tienes el más increíble pene.

Se rio de su afirmación descarada, ahuecando su pecho izquierdo y dándole un suave apretón.

—Y tú tienes los pechos más increíbles —murmuró levantando la cabeza. Tenía los ojos entrecerrados, sus gruesas pestañas negras con gotas de agua en la punta. Ella arqueó un poco la espalda, empujando sus pechos hacia adelante mientras bombeaba su pene una vez, dos veces.

—Hmmm, creo recordar que lo mencionaste un par de veces.



El rió entre dientes.

—Posiblemente. Ahora que lo pienso escribí una canción sobre tus pechos. *Dos mundos gemelos del cielo a mi alcance* —él canturreó mientras amasaba con sus dedos la pesada esfera de carne—. *A mi alcance, quiero chupar, follar. Joder, quiero chupar, follar.*

Lauren rió las palabras haciendo que su coño goteara. Ella apretó su pene, volviéndose a su forma más gruesa y dura, estaba creciendo en su mano.

—No recuerdo haber oído esa en la lista de éxitos.

Él sonrió, gotas de agua goteando en sus labios. Con lo loco que estaba. Lauren sintió celos de esas gotas.

—Ellos no me dejaron grabarlo. Dijeron que era muy sucio.

El sexo de ella se apretó de nuevo. La sensación de su dedo pulgar atormentando sobre su pezón envió golpes de delicioso calor a su centro.

—Dañan lo mejor —jadeo ella.

—No del todo.

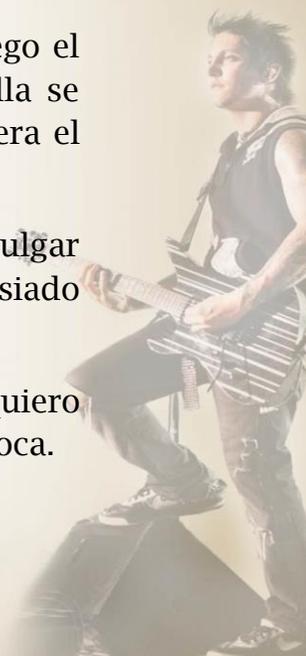
Antes que volviera con algo ingenioso, ocurrente, porque era demasiado para este momento, él inclino su cuerpo y cerro los labios sobre el pezón. Ella abrió la boca, enredando sus dedos en la mano libre sobre su pelo mojado. El aerosol de la ducha fluía en su pecho mientras lo chupaba. Su pene palpitaba entre sus dedos, los dientes raspaban como el metal mientras con los nudillos intentaba mantener su agarre, para exprimirlo lo más posible.

Lo quería desnudo. Lo quería...

Él se agacho, chupando con un hambre feroz primero un pecho y luego el otro, sus manos vagando por su vientre, la cintura y las caderas. Ella se estremeció, cerrando los ojos para protegerse del agua que caía. ¿O era el placer que se cernía sobre ella?

Cuando sus manos encontraron el camino hacia su coño, cuando su pulgar le acaricio el clítoris, ella sabía que tenía que detenerlo. Estaba demasiado cerca, tan cerca y demasiado desesperara por él.

—Nick. —Ella lo empujo sonriéndole mientras él fruncía el ceño. Te quiero en mi boca, antes de que el agua caliente se termine, te quiero en mi boca.



Sus ojos se abrieron. Sus fosas nasales se dilataron. Sin decir una palabra, se levantó de un salto, todos los músculos de su torso contraídos, con la piel enrojecida por el calor. Él la miro la manzana de adán se sacudía de arriba hacia abajo en su garganta.

—No resistiré mucho tiempo, nena —murmuro con un leve sonrojo entre sus mejillas—. No con tus labios en mi pene, tu lengua. Voy acabar antes de...

Ella no lo dejo terminar, se dejó caer de rodillas, se agarró de sus jeans, bajándolos hasta sus caderas, su culo, sus muslos y tomó su dura longitud, erecta en su boca.



Capítulo 9

*Traducción SOS por Mir, GraceKelly & Malu_12
Corregido por Nony_mo*

Maldito Jesucristo, se iba a morir.

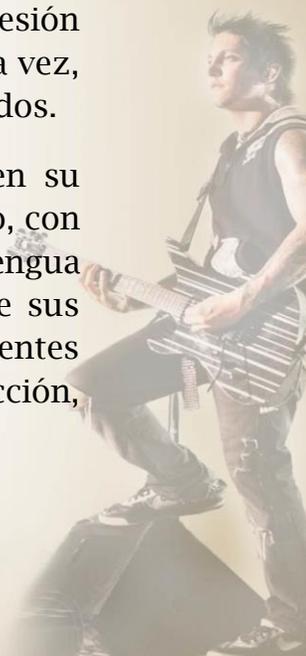
Nick echó la cabeza hacia atrás, mirando desesperadamente el techo blanco del cuarto de baño. El vapor se arremolinaba sobre su cabeza, pequeñas partículas de agua bailaban con ritmo perezoso. Se quedó mirándolas embelesado, luchando contra el placer que Lauren forjaba en su cuerpo, tratando de detener el orgasmo que amenazaba con desatarse con una fuerza sísmica desde su putísima alma.

Jesús. Lauren le estaba haciendo sexo oral. Lauren le estaba haciendo sexo oral en la ducha.

El pensamiento frenético y embriagador envió nuevas tensiones a su ingle. Sus bolas se hincharon, presionando hacia arriba en el interior de sus muslos, doliendo por liberarse. Su pene convulsionó en la boca de Lauren y sus caderas se sacudieron hacia adelante, una acción involuntaria que no pudo controlar ni reprimir. Cristo, se iba a correr en cualquier momento. Iba a volar su maldita carga con apenas cinco succiones de la boca y la lengua de Lauren.

—Cariño —gruñó haciendo un puñado con sus manos en su cabello—. Yo... yo no... Si tú... —el resto de su confesión ahogada se perdió en un gemido cuando los dedos de Lauren encontraron su saco. Tiró, apenas una presión que envió fragmentos de exquisito calor a su centro. Él se sacudió otra vez, cerrando los ojos; la respiración silbaba a través de sus dientes apretados.

Ella chupó su longitud, tomándolo cada vez más profundamente en su boca hasta que él empujó en la parte posterior de su garganta. Y luego, con un suave tirón de sus bolas, se deslizó de nuevo por su longitud. Su lengua lamía su pene mientras lo hacía, largos golpes constantes hasta que sus labios envolvieron la cresta de su cabeza abovedada. Hasta que sus dientes rasparon la misma punta antes de que ella se precipitara por su erección, una vez más. Más profundo esta vez. Tan profundo. Tan profundo.



—Mierda... eso es bueno... muy bueno... nena... eso es... eso es... tan... mierda... —sus gemidos se elevaron en el cubículo como el vapor arremolinado, una canción sin sentido mucho más primitiva que cualquiera que hubiera cantado antes. Sus rodillas temblaban, su cuerpo rápidamente sucumbía al placer concentrado de la boca de Lauren. Tan cerca. La base de su columna hormigueaba. Su respiración entrecortada ardía en sus pulmones como fuego. Cristo, ¿cómo había durado tanto tiempo?

Porque es Lauren. Lauren, que sabe cómo tocar tu cuerpo, así como tú sabes cómo tocar la guitarra. Lauren, que siempre lo hizo. Que siempre lo hizo, y ahora nunca querrás a nadie más que a ella de nuevo. Sólo Lauren, sólo...

—Lauren —gimió. Su nombre en sus labios lo empujó sobre el borde, impulsándolo a un orgasmo que no podía resistir más. Un crescendo de sensaciones, de deseos, de necesidades, de placer. Él se corrió, su orgasmo hizo erupción de sus bolas, fluyendo a través de su pene, a través de su alma, a la boca de Lauren. Ella tragó los grandes chorros de su liberación con hambre feroz, sus propios gemidos llegando a los oídos de él y vibrando a través de su eje. Él se sacudió dentro de ella, penetrándola, bombeado en su boca hasta que el ritmo cesó para él y su cuerpo ya no era suyo, sino de ella. Hasta que su semilla fuera drenada de él, y su lengua lo limpiara.

Hasta que estuvo perdido en ella. Cristo, estaba perdido en ella.

Su corazón martilleaba en su pecho, su garganta, sus oídos. Se quedó inmóvil. No, no inmóvil. Su pecho subía y bajaba tan rápido que cualquiera pensaría que acababa de correr una maratón. Y su pene seguía pulsando con pequeños tirones, el débil remanente de su orgasmo todavía estaba en posesión de su pene. Como lo estaba Lauren. Sus labios ya no estaban envueltos en su eje, pero sus dedos los habían reemplazado, sosteniéndolo con una suave presión. Sosteniéndolo, tocándolo. Él la miró, mientras sus labios se abrían y la veía inclinándose hacia delante y lamiendo la última gota que salía de su pene.

Era demasiado. Él estaba demasiado gastado. Una convulsión salvaje lo sacudió y se echó a reír, con una ahogada exhalación.

—N-no más. No puedo...



Ella levantó los ojos hacia él, su lengua salió de su boca para deslizarse lentamente a la esquina de sus labios, el agua de la ducha fluía sobre ella, goteando de sus pezones en punta.

—Me vuelves loco, Lauren Robbins —pronunció con una respiración temblorosa.

Trazó el tatuaje de la clave de sol en la parte inferior del abdomen con un dedo lento y constante.

—Tú me vuelves loca, Nick Blackthorne.

Su respuesta provocó una oleada de pura felicidad a través de él. Se echó a reír.

—Por lo menos el agua caliente no se ha acabado. Podría haber sido un poco embarazoso si de pronto me encontrara de pie en agua fría.

Ella sonrió, poniéndose de pie delante de él.

—Dudo que el agua fría hubiera hecho alguna diferencia.

No era del todo posible —estaba demasiado agotado— pero su entrepierna palpité de alegría con su respuesta de todos modos. Palpitaba con interés, con una necesidad que él sabía que nunca calmaría.

Se inclinó hacia ella, dejando que su pecho cepillara sus pezones cuando llegó detrás de ella y cerró el agua.

—Te das cuenta de que ahora es mi turno, ¿no?

Ella se echó a reír, un sonido gutural que hizo que su ingle se agitara de nuevo.

—¿Tú crees que puedes?

Deslizó una mano por su cuerpo mojado para ahuecar su pecho y raspar el pulgar sobre el pezón endurecido.

—Oh, puede que ya no sea un jovencuelo, pero estoy jodidamente seguro de que puedo llevarte al clímax una y otra vez, mientras este viejo cuerpo mío se recupera.

Ella se inclinó a la mano que la amasaba.

—Demuéstralo.



Él sacó las piernas de sus pantalones mojados, lo que no era una tarea fácil cuando aún estaba en el cubículo de la ducha. Incluso más difícil cuando su atención estaba fija en Lauren mientras caminaba por el piso del baño. Su exuberante cuerpo aún brillaba por el agua, sus nalgas se contraían y estiraban con la perfección sublime de cada paso que daba. Hizo una pausa, mirando por encima del hombro mientras alcanzaba una esponjosa toalla color verde suave y la envolvía alrededor de su cuerpo.

—¿Vienes?

—Por supuesto, maldición —murmuró luchando con la última pierna en sus vaqueros mientras se aferraba a su otro pie con fuerza posesiva.

Lauren estaba fuera del cuarto de baño en el momento en que ganó la batalla, y él casi salió corriendo de la habitación, deteniéndose en el pasillo por un breve instante, el agua goteaba de él. Mierda, no sabía dónde estaba su dormitorio.

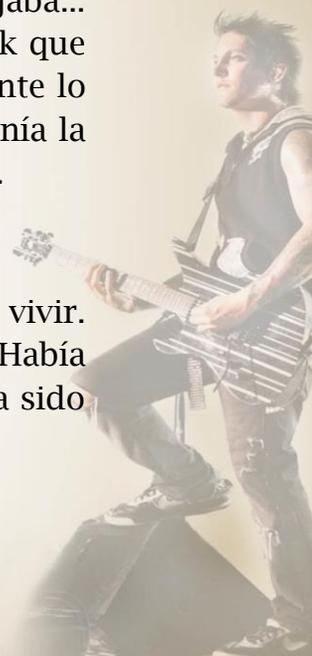
El ruido de un leve rasguño pinchó sus oídos desde la derecha, y él se volvió y corrió hacia la puerta abierta a cinco metros de distancia. Alguien estaba encendiendo un fósforo. Ese era el sonido. Alguien encendiendo un fósforo seguido por el crujido distintivo de yesca encendiéndose.

Entró en la habitación, notando tres cosas a la vez. Había un fuego comenzando a construirse en una pequeña chimenea de ladrillo en la pared a su izquierda, la habitación olía a su dueña, limpia, delicada y floral, y Lauren estaba tendida en la cama. Desnuda.

Su corazón golpeó con más fuerza contra su pecho y su pene se movió de nuevo. A este ritmo, no tendría mucho tiempo en absoluto antes de que estuviera deslizándose dentro de ella. Jesús, sólo mirarla le excitaba. Le excitaba y lo dejaba a su merced. No, eso no era verdad. Lo dejaba... completo. Sin ella su vida había sido insustancial. Una estrella de rock que hizo su carrera como cantante del amor. Un hombre que estúpidamente lo había abandonado cuando pensó que había más que tener. Sin ella tenía la palabra, pero no el significado. Sin ella, el ritmo de su vida estaba mal.

Él nunca la abandonaría de nuevo.

Nunca. En una ocasión había pensado que tenía que cantar para vivir. Estaba equivocado. No había estado viviendo todos estos años. Había estado existiendo. Sólo existiendo. La única vez que había vivido había sido



con Lauren. En sus brazos, en su corazón. Y ahora que estaba con ella no era música lo que escuchaba, sino palabras. Dos palabras. La amo.

Cruzó la habitación.

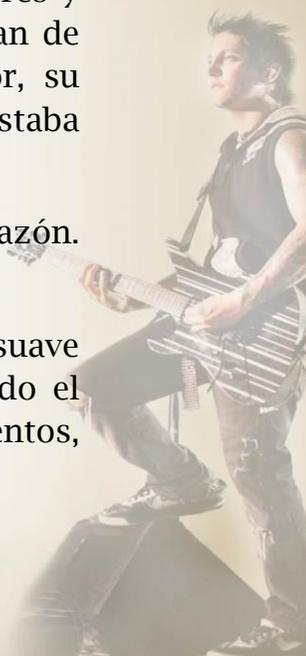
Ella lo vio venir, sus labios curvándose en una pequeña sonrisa y su mirada a media asta. Él subió al extremo de la cama, acurrucando sus dedos alrededor de sus tobillos con un apretón ligero como una pluma. Un escalofrío la recorrió y una inhalación casi inaudible se deslizó entre sus labios. Él abrió lentamente sus piernas, sosteniendo su mirada con la suya. Ella tomó otra respiración, sus pechos subían cuando lo hacía. Él bajó la mirada hacia ellos por un momento, disfrutando de la tirantez de sus pezones, antes de regresar a su cara. Por un momento surrealista se acordó del día en que había filmado el videoclip de *Night Whispers*. Él estaba en el set, un edificio abandonado en Brooklyn con el equipo y los músicos y Lauren había caminado hacia él a través de una nube de niebla de hielo seco.

Recordó su corazón golpeando en su garganta. Recordó sus bolas contrayéndose, su pene poniéndose rígido, y luego la niebla se disipó y se dio cuenta que no era Lauren. Era la actriz que el director había elegido como la amante sin nombre sobre la que Nick estaba cantando. Esa noche se había perdido en una botella de Chivas, y tratado de perderse aún más profundo en la mujer que no era Lauren. Pero después de un minuto con los labios de ella en su carne se había dado cuenta que era una broma. Una maldita broma; y la había sacado del apartamento en Nueva York y se había quedado dormido con el sonido de *Night Whispers* sonando *ad infinitum* de los altavoces incrustados en las paredes de su habitación.

Pero la Lauren en la cama delante de él ahora era la verdadera Lauren. Su belleza era natural y etérea, no creada por un equipo de maquilladores y cirujanos plásticos. Su sonrisa le llegaba a los ojos, ojos que brillaban de pasión por la vida, no un brillo depredador. Su calidez, su humor, su inteligencia... todo era único en Lauren. Y la verdadera Lauren lo estaba mirando ahora, y anhelo, deseo y necesidad ardían en sus ojos. Por él.

Su cabeza le daba vueltas y sus pelotas palpitaban. Su Lauren. Su corazón. Su diosa.

Él inclinó la cabeza sobre su pantorrilla y apretó sus labios contra la suave curva de los músculos finos. Le tocó con la lengua su piel, sintiendo el temblor en su cuerpo a través de sus manos. Con movimientos lentos,



lamió su camino por toda la pierna, doblándola lo suficiente como para explorar la deliciosa parte posterior de la rodilla antes de enderezarse por completo y apoyarla contra su pecho. La miró fijamente a la cara, amaba la manera en que ella lo vio a través de las pestañas. Sus labios se separaron, sus pechos subiendo y bajando con respiraciones cortas, temblorosas. Sosteniendo la pierna recta, avanzó sobre sí mismo más arriba en la cama, llevando su ingle más cerca de su coño. Ella gimió, cuando sus manos se movieron a su vientre. Su garganta se espesó, su pulso empezó a patear a un nivel superior cuando ella metió los dedos en su sexo.

Oh, Dios...

Había visto a Lauren jugar con ella misma antes. Ella se burlaba de mí a veces en su pequeño apartamento en Sydney. Se pavoneaba a través de la sala de estar completamente desnuda, sus dedos rozando sus pezones mientras lanzaba una coqueta mira sobre su hombro. Se había acariciado en la oscuridad el corte de su vello púbico mientras esperaba a que me subiera a la cama. Nunca había entrado en calor propio con sus propios dedos como lo hacía ahora con penetraciones lentas, deliberadas acompañadas de bajos gemidos sin aliento. Sus dedos dejando sus pliegues brillantes con sus jugos. Levantó los dedos a sus labios y los tocó con su lengua.

La cabeza de Nick daba vueltas.

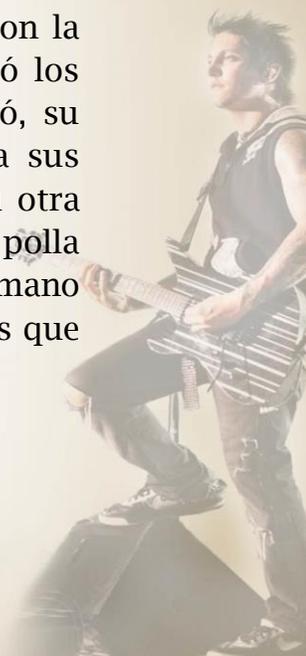
La visión era tan jodidamente excitante.

La sonrisa de una diosa del sexo —la diosa del sexo— curvó los labios de Lauren.

—¿Quieres lamer mis dedos, Nick?

Él gruñó, tiró la pierna a un lado y tomó sus dedos que le ofrecía con la boca. Su gusto le recubrió la lengua, estalló en su cerebro. Le chupó los dedos, sosteniendo su mano con las dos suyas. Su polla se sacudió, su sabor en su lengua, su almizcle en su respiración, su calor contra sus muslos eran demasiado embriagador. Ella cerró los ojos y gimió, su otra mano pasando sobre sus pechos, pellizcando sus pezones. Su polla palpitaba de nuevo... y de nuevo cuando ella avanzó lentamente la mano hacia abajo sobre el vientre hasta su coño, en sustitución de los dedos que ahora el succionada en la boca.

Jesús, Nick. Ella hacía que ya la tuviera dura.



Lo tenía. Ella misma se follaba con sus dedos, sus suaves gemidos de placer era la canción más evocadora que había oído, y lo hizo con fuerza.

Tan fuerte.

Lo suficiente como para querer enterrarse a sí mismo en su sexo.

Así lo hizo él. Le quitó la mano de su coño y hundió toda su longitud, una vez más totalmente llena de sangre, dentro de ella, en un solo golpe.

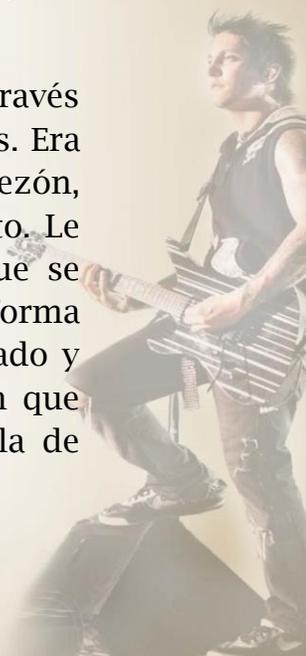
—Dios, es tan jodidamente bueno —un grito rasgado salió de ella. Se arqueó en la cama, envolviendo sus piernas alrededor de sus caderas. Sus tacones en sus nalgas, empujándolo más profundo, más profundo dentro de ella.

Él bombeaba dentro de ella, una mano agarrando la colcha al lado de su cabeza, la otra amasando sus pechos. Ella era fuerte, tan maravillosamente apretada y mojada. Sus músculos internos apretaron su longitud, sujetándolo con fuerza y posesión mientras empujaba dentro y fuera. Sus uñas rasparon su espalda, pasando por los hombros, y de repente, con un gruñido malvado, ella le hizo rodar sobre su espalda, quedando a horcajadas sobre sus caderas y llevándolo aún más profundo. Tan profundo, tan profundo...

Se inclinó hacia adelante, rozó sus pechos en sus labios y se echó hacia atrás cuando trató de atrapar un pezón con la boca, una risa vibró a través de ella mientras lo hacía. Sintió el repiqueteo de su risa alrededor de su dura polla, la sensación enviaba sangre fresca a su pene. Sus bolas dolían. Cristo, no creía que lo conseguiría de nuevo tan pronto, ¿y aquí estaba él a punto de estallar su carga ya?

—Diosa —dijo con voz áspera pasando sus manos sobre sus caderas, sus piernas.

—Amante —susurró ella enroscando los dedos de la mano derecha a través de los dedos de la izquierda y llevando su mano a uno de sus pechos. Era pesado e hinchado y maduro, con deseo. Él rozó con el pulgar su pezón, amando la manera en que cerró los ojos y tarareó en agradecimiento. Le encantaba que ella estuviese a cargo. Le encantaba la forma en que se complacía con su cuerpo con tal placer y confianza. Le encantaba la forma en que le apretó con sus músculos íntimos con un impulso deliberado y exquisito mientras cabalgaba su longitud. Le encantaba la forma en que justamente era él para ella, su amante, no Nick Blackthorne estrella de



rock, sólo el hombre al que daba su cuerpo, su corazón, su alma. Él la amaba. Todo en ella.

—Joder, te necesito, nena —gimió rodando sus caderas hacia arriba, empujando más profundamente en su calor.

—Al igual que un ritmo —ella murmuró ondeando con los ojos cerrados, arqueando la espalda con su penetración—. Como una maldición.

Y con esas palabras su orgasmo estalló en su núcleo. Estremeciendo todo su cuerpo. Echando de su coño su flujo de crema. Ella abrió los ojos y contempló su rostro, su orgasmo sujetándolo, apretándolo hasta que, con las palabras *Gotta Run* susurrando a través de su cabeza, se entregó a su clímax y bombeo su semilla en ella con un chorro tras chorro y después otro chorro.

—Diosa —dijo con voz áspera de nuevo. O tal vez gritó. No estaba seguro. No le importaba. Su cuerpo no era suyo. Era de ella, Lauren, y él no quería que fuera de otra manera. No hay otra forma.

Con el tiempo, las convulsiones de placer que se balanceaban entre ambos disminuían, y ella se dejó caer sobre el pecho de Nick, su polla aún maravillosamente enterrada en su calor todavía palpitante, y apoyó la mejilla en su hombro.

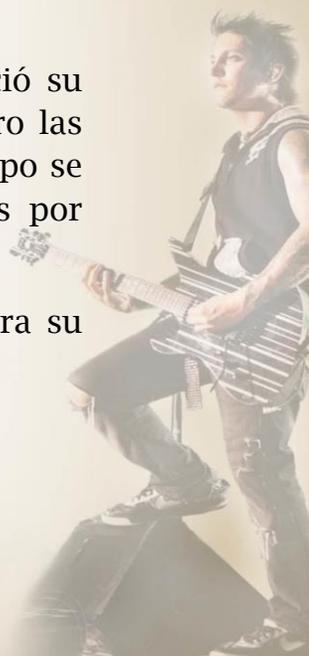
Acariciando con las manos a lo largo de la espalda, hasta la nuca, retrocediendo a sus caderas.

—Te amo, Lauren —susurró las palabras contra la parte superior de su cabeza incapaz de mantenerlas en su alma por más tiempo—. ¿Quieres casarte conmigo?

Ella no respondió.

Un latido frío golpeaba su sien. Tragó saliva, un nudo fuerte retorció su estómago. Las palabras se formaron en sus labios una vez más, pero las contuvo. Ella lo había oído. Podía sentirlo en la forma en que su cuerpo se quedó inmóvil. Deslizó una mano a su barbilla y metió sus dedos por debajo.

—No lo hagas, Nick —murmuró ella negándose a dejar que levantara su cara hacia él.



—¿Seguramente no pensarás que voy a alejarme de ti otra vez? ¿No después de esto?

—¿Qué es tan diferente a lo que teníamos antes?

Tragó saliva, su mirada sacudiéndose alrededor de su techo. Podía sentir su corazón latiendo en su pecho. Golpeaba a través de la perfección del pecho de ella con tanta fuerza que él no sabía qué latido era de quién.

—No voy a dejarte, Lauren. No puedes decirme que esta no era... esta *no es* la forma en que está destinado a ser. No puedes. Y si lo haces, estás mintiendo.

—Cuando viniste a mí en la ducha, me permití a mí misma ese único momento —su aliento era cálido en su pecho mientras hablaba—. Pero eso es todo, Nick. No soy lo suficientemente fuerte como para hacerlo todo de nuevo, y nunca esperé que lo dieras todo. Terminarás odiándome si lo haces.

Él tiró de su barbilla de nuevo, teniendo que ver sus ojos, pero ella se negó a dejarlo.

—¿Y si te digo que quiero renunciar?

—Entonces yo sería la que te diría a ti mentiroso. —Sus dedos dibujaban pequeños círculos en su pecho, y una parte de Nick se preguntaba si incluso se daba cuenta de que lo estaba haciendo—. Tus entradas para el concierto del Tropical Sin Tour ya están a la venta. Estás en medio de la grabación de tu próximo álbum. Esas no son acciones de un hombre que quiere renunciar a ellas.

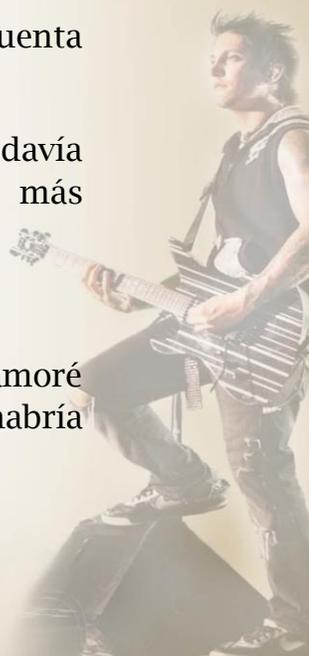
Él cerró los ojos, su boca estaba seca.

—Sin embargo, esas son las acciones de un hombre que no se daba cuenta de que la vida que estaba viviendo no era la vida que quería.

Ella se echó a reír, un fuerte resoplido corto. El hecho de que todavía estuviera incrustado en su sexo hizo que el sonido fuera aún más incongruente.

—Has cambiado, Nick. Te daré eso, pero no mucho más.

—¿Y tú eres la misma, Lauren? No lo creo. La Lauren de la que me enamoré hace tantos años me daría, a *nosotros*, una oportunidad. No habría



mantenido a un hijo en secreto. —Se pasó los dedos por el cabello, deseando como la mierda que ella lo mirara.

Ella se movió, subiendo lentamente por su pecho hasta que se apoyó sobre los codos y estudió su rostro.

—*Esa* Lauren no tenía a otra alma viviente que cuidar, Nick. Que proteger. Eso lo cambia todo. No puedes entenderlo.

El cambio en su posición hizo que él también fuera consciente de que aún tenía que retirarse de su vaina. Que su polla, aún semi-dura por su pasión, todavía estaba dentro de su húmedo calor. Era surrealista. Surrealista y aterrador al mismo tiempo. Esta podía ser la última vez que ella lo dejaría hacerle el amor y él no podía pensar en un final más destroza-almas.

Entonces no dejes que se termine. Lucha por ella. Lucha por esto.

La cabeza de Nick nadaba. Él cerró los ojos. Apretó los puños.

—Hay un artículo en el próximo mes de *Rolling Stone*... —La sintió tensarse ante su brusco cambio de tema—... escrito por McKenzie Wood, una periodista que conozco muy bien. La mujer a cuya boda vine a pedirte que asistas conmigo.

Sus ojos se estrecharon.

—¿Qué tiene que ver esto con nosotros? ¿Con tu... tu propuesta?

Él le dedicó una sonrisa irónica.

—El artículo es una historia exclusiva sobre mí. —Hizo una pausa, el tiempo suficiente como para tomar una bocanada de aire. No había hablado de los acontecimientos de su vida que le habían cambiado mucho desde el día en que los había revelado todos a McKenzie y Aidan, hace casi nueve meses. Todavía estaba crudo. Todavía... inquietante. Pero necesitaba que Lauren entendiera. Si quedaba alguna posibilidad del futuro que anhelaba con todas las fibras de su ser, necesitaba que entendiera—. Mis padres murieron hace dos años, ¿lo sabías?

Ella asintió, sus cejas sumergiéndose.

—En ese accidente de coche en la F3. Estaba en todas las noticias, junto con imágenes de los restos del avión y tu aterrizaje de vuelta en Australia. Fui al funeral. Te vi llorando.



Él parpadeó.

—No lo sabía.

Ella bajó los párpados y giró la cabeza a un lado.

—No quería que lo supieras. Y lo siento por tu pérdida. Lamento también que me haya tomado dos años decírtelo. Ellos fueron personas encantadoras. Les extrañaba cuando se mudaron de vuelta a Sydney.

—Cuando murieron, me enteré de que era adoptado.

Lauren se quedó sin aliento. Sus ojos se abrieron ampliamente de golpe, su mirada fija en su rostro.

—Nick, yo no... ¿Por qué no...?

Él pasó una mano por su brazo, sacando fuerzas de su calor. Un calor que se había tontamente negado a sí mismo durante toda la vida.

—Descubrí que era adoptado y que tenía un hermano menor —continuó, necesitando sacarlo afuera tanto como la necesitaba a ella—. Me tomó mucho tiempo encontrarlo, y cuando lo hice estaba en un estado tan desordenado, había sufrido abusos físicos y emocionales durante toda su vida. Ocho meses después de conocer a Derek, después de que yo hubiera empezado a formar una relación con él, el hermano que nunca supe que tenía, se suicidó.

Lauren estaba inmóvil, su cara congelada en conmocionado dolor. Ella lo miró fijamente, sin palabras, su calor penetrando en el frío repentino que quería reclamar su corazón.

—Así que la familia que no era mía me fue quitada, y la familia que no sabía que tenía me fue negada. Eso te jode un poco. Bueno, a mí me lo hizo. Perdí la música en mi alma y llevó a dos personas especiales el ayudar a encontrarla de nuevo. Pero cuando por fin tuve mi mierda junta, me di cuenta de que lo que quería más que nada era verte.

Tragó saliva cuando la historia estuvo contada. Había más detalles, pero él no quería compartirlos ahora. Ahora no. Ahora quería enredar sus brazos alrededor de la cintura de Lauren, enterrando la cara en la curva de su cuello, respirando la delicada fragancia de su perfume, llevarla a *ella* dentro de su alma y simplemente ser. Estar con la familia que recién había encontrado, la familia a la que quería más de lo que podía expresar. Se



apartó el cabello de la cara y trazó sus labios con la yema del pulgar y la miró a los ojos.

—Soy un hombre de palabra, nena, lo sabes. Pero no hay palabras para lo mucho que te quiero en mi vida, lo mucho que quiero a Josh en mi vida. No hay palabras. Sólo un dolor en mi corazón que no conocerá ningún alivio hasta que escuche tu respuesta. —Hizo una pausa, trazado sus labios otra vez antes de bajar la mano a su pecho—. Sea la que sea.

Su mirada devoraba su rostro. Sus dientes atraparon su labio inferior. Ella cambió de posición, lo suficiente como para que su gastada polla, finalmente flácida, se deslizara de su sexo. La pérdida de una conexión tanto íntima como física lo sacudió, pero él no se movió para detenerla. Por más que quisiera, no lo hizo. Movi6 sus caderas, sus piernas sobre él, sus palmas descansando en su pecho. Por encima de su corazón. Cerrando los ojos, respiró lentamente, sus cejas sumergiéndose como si se enfrentaran a una batalla que no podía ver.

—No puedo decir que sí, Nick.

Su respuesta fue un susurro. Un susurro que cortó a través de él como una hoja fundida.

—No puedo —continuó ella, su voz todavía apenas un suspiro—. Todavía no. Pero lo que puedo decir es tal vez.

Él gritó de alegría. Un hermoso grito de alegría. Estallando en carcajadas, envolvió sus brazos alrededor de ella y le dio la vuelta sobre su espalda, sonriéndole mientras ondas de júbilo fluían sobre él. *Tal vez. Tal vez.*

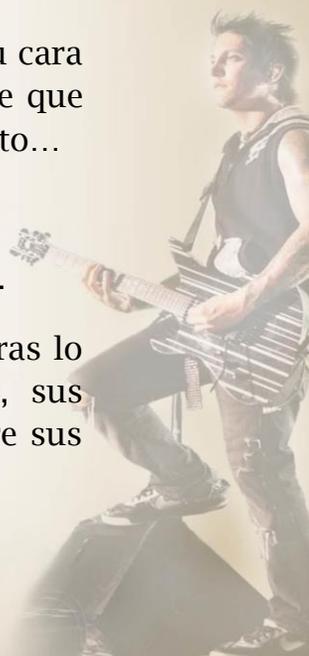
Ella se echó a reír, una risita nerviosa que hacía latir su corazón más rápido.

—Me oíste correctamente, ¿no? —Ella ahuecó su mano a un lado de su cara con un gesto confuso arrugando su frente—. No he dicho que sí. Dije que tal vez. Necesito unos días, unas semanas. Tengo que pensarlo. Necesito...

Él sonrió y le robó un beso rápido antes de reírse de nuevo.

—Tal vez no es un no, nena, y seguro que no es un *jódete, Blackthorne*.

Él reclamó su boca, incapaz de no hacerlo. La besó, sonriendo mientras lo hacía, y en algún momento sus manos encontraron sus caderas, sus pechos. En algún momento, sus muslos estuvieron a horcajadas sobre sus



caderas y ella fue empalada en su longitud una vez más, moviéndose arriba y abajo en su polla, su ansiosa, hambrienta, rígida polla, e incluso la palabra en sí no significaba nada comparada con la sensación de estar dentro de ella. Y cuando ambos llegaron, un buen rato después, sus pieles estaban bañadas en sudor, sus respiraciones profundas, sus dedos entrelazados; él jura que el *sí* que había arrancado de sus labios en un grito crudo una y otra vez era la palabra más mágica que jamás había oído.

Pero no tan mágicas como las palabras:

—¡Mamá, estamos en casa!

Esas cuatro palabras mágicas, gritadas por Josh momentos después de sus clímax, tenían el poder de enviarlos a él y a Lauren luchando fuera de la cama en una paliza salvaje de brazos y piernas.

—Estuvo tan malditamente increíble —dijo Josh en algún lugar de la casa—. Rhys casi vomitó y...

Ella se tambaleó hacia atrás, buscando desesperadamente por su habitación.

—Ropa —siseó—. ¿Dónde diablos están mis...? ¡Oh, Dios, tus vaqueros están todavía en la ducha!

Él trató de no reírse. Realmente lo hizo. Pero la risa lo dejó de todos modos, una risa entre dientes que vibraba profundamente bajo en su pecho. Justo antes de que Lauren le lanzara una almohada.

—... Aslin anduvo por la casa del Sr. McGimmon... —la voz de Josh flotaba por el pasillo, esta vez más fuerte—, que estaba en su porche trasero haciéndolo con la señora Bailey y nosotros jodimos... quiero decir, *volamos* todo el camino hasta Newcastle y volvimos y...

—Vístete —le articuló Lauren tirando en sus piernas un par de jeans gastados que sacó de la parte superior de una pila de ropa cuidadosamente doblada en una silla junto a la cama.

—¿Con qué? —le articuló él.

—Aslin dice que nos llevará a otro viaje mañana si eso está bien para ti —la voz de Josh estaba lo suficientemente cerca ahora como para que Nick pudiera oír el débil craqueo en las inflexiones más altas.



—Aquí. —Lauren cogió algo negro de la misma pila de ropa—. Son de Josh. Podrían entrarte...

—¿Mamá? ¿Dónde estás? —llamó Josh. El corazón de Nick saltó en su garganta. Su hijo ya no estaba contando su viaje en helicóptero desde el vestíbulo o el frente de la casa. Estaba casi en el dormitorio. Cerca—. ¿Estás...?

—¿Nick? —tronó estruendosamente Aslin haciendo que Lauren lo mirara un segundo antes de que tirara de una camiseta de la pila y se la pasara por la cabeza. Una imagen de Optimus Prime se extendía sobre sus gloriosos pechos sin restricciones, sus pezones señalaban hacia Nick a través del suave algodón negro de la camiseta.

—¿Señorita Robbins? —llamó una voz nueva, una mucho más quebrada que la de Josh y mucho más aguda.

—Oh, tienes que estar bromeando —gimió Lauren—. ¿Rhys?

Nick sintió que sus cejas se disparaban hacia su frente.

—¿Rhys?

Lauren lo miró un poco más y luego salió corriendo de la habitación para volver un segundo después con la camiseta que había descartado en el baño.

—¿Por qué demonios no estás vestido todavía?

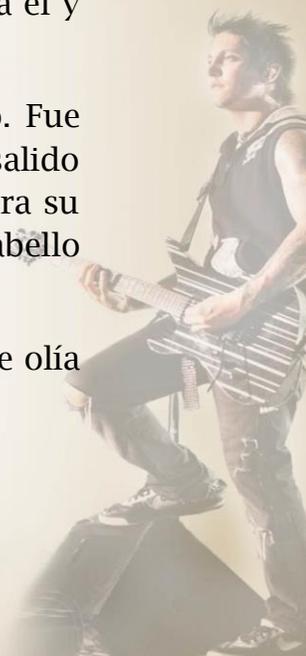
—¿Mamá?

—¿Señorita Robbins?

Nick agitó los pantalones de chándal que Lauren había lanzado contra él y metió su pierna izquierda en ellos. Eran cortos, pero sólo un poco.

—Apresúrate —articuló Lauren rastrillando sus dedos por el cabello. Fue un ejercicio inútil, en opinión de Nick. En el momento en que había salido de la ducha, él había estado en ella como lo blanco en el arroz, y ahora su cabello lucía una fabulosa y salvaje caída natural de rizos y ondas. Cabello de cama en su definición más auténtica.

—¿Mamá? —volvió a llamar Josh. Cerca. Tan cerca que Nick juraba que olía el desodorante de su hijo.



Con un último rastrillado desesperado en su pelo, Lauren se apresuró a cruzar su habitación y salió al pasillo.

—Ya te respondí, Josh —la oyó decir Nick—. ¿Estás sordo? ¿Llevabas puestos los auriculares? Estaba plegando la tabla de planchar.

Hubo una pausa, seguida por Josh diciendo:

—Oh. Está bien. ¿Dónde está Nick?

—En el baño —respondió Lauren y Nick tuvo que morderse la lengua para no reírse—. ¿Qué? ¿Las estrellas de rock no pueden hacer pis como el resto de nosotros?

—Asco, mamá.

—Sí, eso es bastante asqueroso, señorita Robbins.

—Sí, sí, tú lo sabrías, Rhys. ¿Tu madre sabe que estás aquí?

Nick oyó murmurar algo al mejor amigo de Josh y sus pisadas resonaron por el pasillo, fuera de la habitación de Lauren. Se quedó quieto por un largo segundo, escuchando. Por qué, no estaba seguro. Fuera lo que fuese, no quería que Josh le encontrara en la habitación de Lauren. Ahora, ¿dónde diablos estaba el retrete? Y si él tiraba de la cadena, ¿lo escucharía Josh en cualquier parte de la casa a donde Lauren hubiera llevado a los niños?

—Sin moros en la costa.

Era la voz de Aslin la que Nick escuchó justo fuera de la puerta, con una nota decididamente divertida en su acento británico.

—Y el inodoro está al otro lado del pasillo, en la puerta junto al baño. En caso de que te lo preguntes.

Nick salió de la habitación de Lauren, dándole a su guardaespaldas una amplia sonrisa.

Aslin le arqueó una ceja.

—Lindos pantalones.

Nick se rió entre dientes y empezó a caminar por el pasillo.

—¿Cómo fue el viaje?



Aslin lanzó una mirada hacia los lados.

—Josh es un gran chico. Inteligente. Divertido. —Se detuvo y puso su mano sobre el brazo de Nick. Fue un movimiento poco común. Aslin era lo más parecido a un tío que Nick había tenido, pero rara vez lo tocaba a menos que fuera para protegerlo, o salvarlo de alguna fan excesivamente entusiasta. Nick le frunció el ceño, algo grave en la expresión del hombre hizo que su pecho se apretara—. No lo arruines, Nick. No puedes irte lejos esta vez. Si lo haces, destruirás tres vidas, no sólo la tuya.

—No voy a hacerlo, amigo. La amo. Nunca he dejado de hacerlo. Sólo me tomó jodidamente mucho tiempo el darme cuenta de ello.

—¿Y ahora qué vas a hacer?

Nick sonrió.

—Voy a ser papá. Y si ella me lo permite, esposo.

Se apartó de la cara atónita de Aslin, incapaz de detener los brincos en su paso. Completando el camino a la entrada a la cocina, le sonrió a Josh y se dejó caer en el asiento vacío al lado del adolescente.

—¡Mierda, Josh! —chasqueó el muchacho Rhys con sus ojos ampliamente abiertos y su mirada yendo entre Nick y Josh—. Siempre he dicho que te parecías a Nick Blackthorne, pero ahora que están en la misma habitación... Joder, podría ser tu padre.



Capítulo 10

*Traducido por Sol Brillante
Corregido por Susanauribe*

Se redujo el estómago de Lauren. El corazón le golpeó en la garganta. Miró a su hijo, sus mejillas ardiendo. Oh Dios, ¿Por qué tenía que avergonzarse? ¿Por qué su estúpida cara tenía que volverse tan roja?

Palabras revolotearon en su mente. Respuestas, deflexiones, todas cayendo una sobre otra.

—Amigo —Rhys se rió—, Nick Blackthorne está usando tus pantalones de chándal.

Josh frunció el ceño y señalando con la mirada a las piernas de Nick, a la cara de Nick y luego de vuelta a la suya.

—Mamá, ¿por qué Nick llevaba mis pantalones de chándal?

Abrió la boca y escuchó a Rhys decir:

—¿Cuánto tiempo dices que tu mamá lo conoció? —El mejor amigo de su hijo, un chico que había visto crecer, un buen chico que siempre tenía una visión algo sesgada de sutileza, se echó a reír de nuevo—. Quiero decir, en serio, mírense.

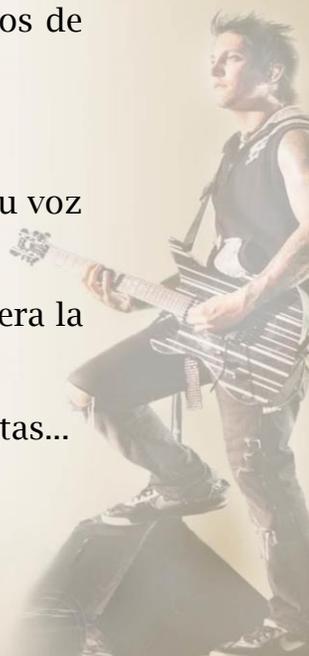
Fuego arrasó a través de la cara de Lauren. Josh deslizó su mirada a Nick de nuevo, su mandíbula tensa, la garganta trabajaba. Sus cejas en un ceño profundo y entonces miraba a ella una vez más, sus ojos, así como los de su padre, ilegibles.

—Rhys —le espetó—, yo no creo que...

—¿Cuánto tiempo hace que conoces a Nick, mamá? —preguntó Josh, su voz firme.

Tragó saliva. Nick le dirigió otra mirada. La sala rugió. ¿O tal vez esa era la sangre en sus oídos? Sus labios se erizaron.

—Josh... —su nombre era solo un graznido—, esto es... Yo, yo... necesitas...



—Mierda, amigo —susurró Rhys. La exclamación de asombro hirió la cordura de Lauren como una lámina de hielo—. ¿Nick Blackthorne es tu papá?

Josh negó con la cabeza, sin apartar su mirada de Lauren.

—No. Mamá me lo habría dicho si ese era el caso, ¿no, mamá?

Él contuvo el aliento, algo en la cara cortó en el alma de Lauren. Algo que nunca había querido ver en los ojos de su hijo, ¿acusación? ¿Desconfianza? Su corazón se rompió.

—Josh... —comenzó.

Sacudió la cabeza, deteniéndola.

—Si yo fuera el hijo de Nick Blackthorne me lo habrías dicho, ¿verdad?

Ella no podía responder. Ella no podía. Señor, ¿qué diría?

Alejó la mirada, ahora con los ojos abiertos, a Nick.

—Quiero decir, si yo fuera tu hijo... Si fueras mi padre... Ella habría dicho algo, me lo habría dicho, ¿verdad? ¿Verdad?

Nick pasó la lengua por los labios, la mandíbula tan fuerte como la de su hijo.

—Josh, tenemos que hablar. Tu madre... Yo...

Fue el hecho de que Nick negará todo lo que destruyó a su hijo. Lauren podía verlo. Observó su sorpresa, su dolor y su ira para luego comérselo, su joven cara arrugándose bajo la revelación. Lo vio mover la cabeza, lo vio tambalearse un paso atrás.

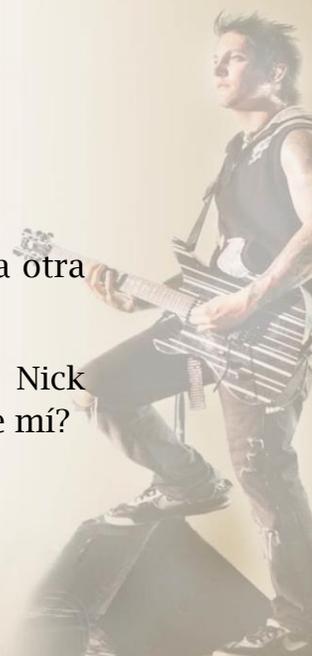
—Esto es una mierda. Mierda.

El estómago de Lauren rodó. Dio un paso hacia él, intentó agarrarlo.

—Josh, por favor, escucha.

Pero él se apartó, su mirada saltando de ella a Nick y volviendo a ella otra vez. Y fue una mirada, una oscura, enojada, mirada siniestra.

—¿Qué? ¿No era lo suficientemente bueno para ser el hijo de Nick Blackthorne? ¿Eso es todo? ¿Te pagan? ¿Te pagan al dejar de hablar de mí?



—Amigo —susurró Rhys, incredulidad convirtió la palabra a un gemido.

—Josh. —Nick dio un paso hacia él pero Josh se apresuró a moverse un paso más hacia atrás, la cadera chocó con la encimera de la cocina, su mirada fija en Lauren.

—¿Y por qué ahora está aquí, entonces? ¿Por qué *diablos* está en mi casa usando mis *malditos* pantalones de chándal de mierda si *no es mi maldito padre*?

—Suficiente, Josh —replicó Lauren. Su intestino rodó. Su respiración trató de estrangularla. Oh Señor, era su culpa. Toda su culpa.

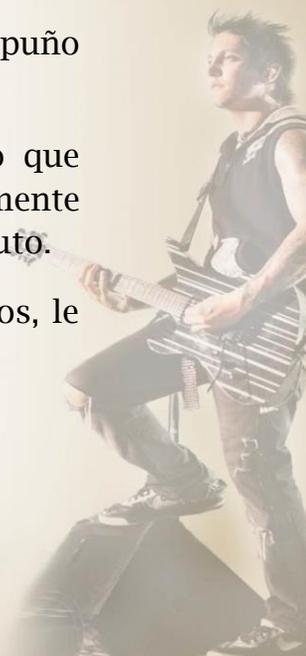
—No, no es suficiente, mamá. —Él puso el pie en el suelo. La cara de dolor todavía estaba grabada en su rostro, se convirtió en una máscara retorcida—. ¿Cuántas veces te pregunté quién era mi padre? ¿Cuántas? ¿Nunca pensaste una vez que podrías decirme? Yo pensaba que fue un idiota, o que te pegaba, o estaba en la cárcel. Mierda, pensé que debía de estar casado con otra persona. Crecí pensando todo ese tipo de mierda. ¿Sabes lo jodidamente difícil que fue ir a la escuela una semana antes del día del padre cuando era pequeño? ¿Cuando todos los maestros hacían que los niños hicieran tarjetas y regalos para el Día del Padre? ¿Sabes lo jodidamente difícil que era ir a ver el fútbol y ver a todos los demás papás ahí? —Apretó los puños, los apretó contra su cara, su cuerpo temblando—. Jesús, mamá, ¿Sabes lo jodidamente difícil que era no tener un padre con quien hablar cuando tuve mi primer sueño húmedo de mierda? ¿Cuando tuve que hablar contigo al respecto? ¿Sabes? Y todo este tiempo he tenido un padre. ¿Tuve un padre y retuviste esa información de mí?

—Josh —dijo Rhys arrastrando un paso adelante—, Amigo te vas a reventar una válvula.

El rostro de Josh se contorsionó. Se apartó de todos ellos, golpeó su puño contra la mesa.

—¿Sabes cuántas veces me quedo despierto en la noche fingiendo que tengo un padre? Que él entraría por la puerta un día. Y cuando finalmente lo hace, es Nick puto Blackthorne y él no deja de ser quién es en absoluto.

El corazón de Lauren se partió. La angustia de Josh cortó en ella. Dios, le había hecho esto a su hijo.



—Lo siento, Josh —susurró. Las lágrimas le escocían los ojos. Lo convirtió en un borrón de colores distorsionados. Ella parpadeó, limpiándose la cara—. Nunca quise esto... Nada de esto. Yo sólo estaba... —Hizo una pausa y se mordió los labios—. Yo sólo estaba pensando en ti.

Josh se volvió hacia ella, lentamente, con los ojos rojos, las mejillas húmedas.

—No, mamá. Estabas pensando en ti.

—Josh —la voz de Nick fue baja. Estable, pero marcada con una resistencia que Lauren no pasó por alto—. Eso no es justo. Tú no sabes por qué no te lo dije. Pero tienes razón en una cosa. Yo era un idiota, un egoísta, un desconsiderado imbécil y por eso hizo lo que creía que era lo mejor para ti.

Josh pasó un puño cerrado por sus mejillas. No miró a ninguno de ellos.

—Ya he tenido suficiente de esta mierda —murmuró—. Me voy de aquí.

Pasó junto a ellos, codeando su camino entre Lauren y Nick, los ojos bajos, los músculos de la mandíbula bloqueados.

—Josh. —Lauren se volteó tratando de agarrarle el brazo. Señor, ¿cuántas veces le había dicho su nombre? ¿Era incapaz de decir algo más? ¿Una madre tan patética que no podía pensar en nada más que el nombre de su hijo para tratar de aliviar su dolor?—. Josh —dijo de nuevo corriendo tras él.

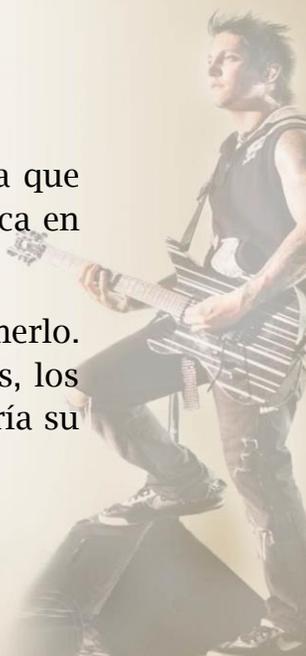
Pero él no se detuvo. Ella vio a Aslin moverse, como una montaña moviéndose hacia la puerta de la cocina. Vio a Josh acelerar el paso. La mirada del guardia se desvió hacia ella y luego Josh echó a correr, corriendo desde la cocina.

—Josh —Lauren llamó corriendo tras él.

Sí, eso es correcto, di su nombre una vez más. Eso arreglará todo.

No se detuvo. El golpe de la puerta al cerrarse fue la única respuesta que obtuvo. Sus pies tropezaron, el impacto haciendo efecto como una pica en su cerebro, y se tragó un sollozo. Señor, ¿cómo había sucedido esto?

El instinto maternal en su ser le decía que fuera tras él. Para sostenerlo. Para tomar su dolor y confusión y alejarlos. Todos los otros instintos, los de una persona que había experimentado dolor, sabía que nada aliviaría su



dolor en este momento. Su hijo estaba enojado con ella, lo más enojado que nunca había estado, y tenía todo el derecho a estarlo. Ella lo había jodido. A lo grande.

—Voy a ir tras él, señorita R.

Lauren se estremeció. Rhys. Se había olvidado por completo de Rhys. Movié la mirada ardiente hacia el mejor amigo de su hijo, la vergüenza inundando a través de ella. Él pasó junto a ella rápidamente, dándole una sonrisa irónica. La expresión era a la vez totalmente inusual en la cara normalmente descarada del adolescente y simpático más allá de sus años jóvenes. Vergüenza fresca se estrelló sobre ella, y luego otra vez cuando la puerta golpeó como un rayo sobre un campo de batalla en silencio.

Lauren dejó escapar un grito ahogado. Oh Dios, ¿qué había hecho?

—Él va a estar bien. —La mano de Nick acarició su espalda—. Él sólo necesita un poco de tiempo.

Lauren cerró los ojos. Ella suspiró, sus hombros desplomándose.

—Eché a perder todo. —Sacudió cabeza alejándose de él. Sus dedos se deslizaron de sus hombros, arrastrándose sobre su espalda mientras se quitaba de su tacto—. Todo.

—No fue exactamente como imaginé las cosas —su voz jugó con sus nervios, tan familiar, tan suave y tan condenadamente frustrante y confusa—. ¿Quieres que envíe a Aslin tras él?

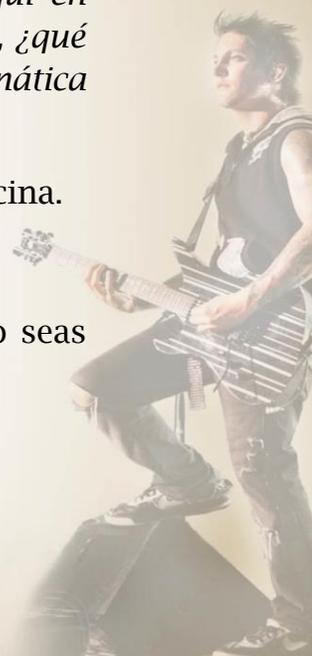
Un nudo se sentó en su garganta, grueso y pesado. Trató de tragar pero no pudo. Al igual que el sentimiento de culpa en su vientre, no se iría.

Deberías haberle dicho a Josh. En el segundo que Nick apareció aquí en Murriindah, debiste informarle a Josh que él era su padre. En cambio, ¿qué hiciste? Follar. Follar a su padre una y otra vez como una fanática enloquecida.

Abrió los ojos, estudiando el pasillo vacío que se extendía desde la cocina.

—No. No quiero nada de ti, Nick.

—Lauren... —Se acercó pero ella se quitó la mano de su brazo—. No seas impulsiva. Por favor nena, no seas imprudente. No después de la...



—Él es tu hijo —prosiguió ella haciendo caso omiso de la presión en el pecho, el vacío insensible en su corazón—, y no puedo evitar que lo veas, pero *yo* no puedo verte.

Los ojos de Nick se estrecharon.

—¿Por qué? ¿Por qué esto es *mi* culpa?

—No. —Ella se alejó de él, del pasillo vacío que se extendía sin fin—. Es mía. Toda mía. Estaba demasiado asustada para decirle a Josh quién era su padre cuando tenía la edad suficiente para conocerlo y yo estaba demasiado asustada de decirle cuando apareciste en mi casa.

—Pero ya no tienes que tener miedo. Él lo sabe. ¿Qué hay que temer?

El nudo en la garganta de Lauren se puso más grueso.

—Tengo miedo de ti, Nick. Tengo miedo de lo mucho que te amo, cuánto te necesito. Estoy indefensa contra ti y me asusta hasta la mierda. Soy una gallina, Nick. Sé esto. Pero no puedo pasar mi vida luchando contra el resto del mundo para ti. —Ella resopló, un poco de sonido despectivo que le desgarraba el alma—. Fallé la primera vez que lo intenté y nunca me recuperé.

Los músculos de la mandíbula de Nick se anudaron. Él la miró, en silencio.

Retira lo dicho, Lauren. Retira todo lo dicho. Puedes hacer que funcione esta vez. Retira lo dicho. Antes de perderlo de nuevo.

Era una hermosa fantasía. La maestra de preescolar y la estrella de rock. Una hermosa, maravillosa, fantasía romántica. Pero era sólo eso, una fantasía.

Ella le dio a Nick una lenta y triste sonrisa.

—Tú sabes que la definición de locura es hacer la misma cosa una y otra vez y esperar un resultado diferente, ¿verdad?

Negó con la cabeza, sus ojos nunca dejaron su rostro.

—Yo diría que es la definición de la esperanza optimista.

Una carcajada brotó de la garganta de Lauren, frágil, suave y sorprendente.



—Tú *eres* un hombre de palabras, Nick. Palabras del alma en movimiento de gran alcance. Y sería egoísta de mi parte esperar que esas palabras sólo deban ser para...

El estridente timbre agudo los hizo estremecerse a los dos. Nick se tragó una maldición gruñida. Ella cruzó la cocina para agarrar el teléfono colgado en la pared, una sensación de picor recorriéndola. Debía ser Josh. Diciéndole que se había calmado. Diciéndole que era una madre horrible. Diciéndole que no quería tener nada que ver con ella. Diciéndole que era...

Cogió el teléfono y se lo puso en la oreja.

—Residencia Robbins.

—No lo puedo encontrar, señorita R —le dijo Rhys—. Lo perdí en la oscuridad, y ahora no lo encuentro.

Presión helada aplastó a Lauren. Su cara debe haberle dicho a Nick lo que estaba pasando, eso o que podía oír el pánico de Rhys a través del teléfono desde donde se encontraba. Se volvió hacia Aslin.

—Ve a buscarlo. Encuentra dónde está, asegúrate de que está bien y llámame.

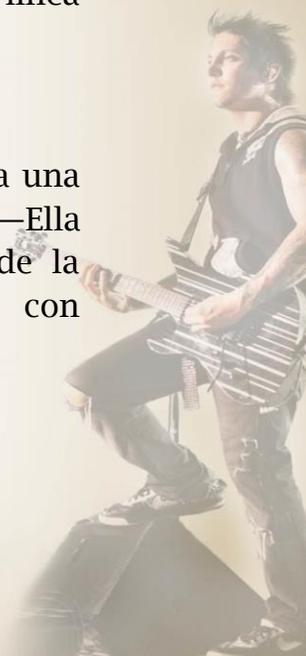
El enorme hombre asintió, le dirigió una mirada indescifrable a Lauren y se fue. Si ella no hubiera estado tan preocupada por Josh, se habría quedado impresionada. Pero lo estaba y no podía estarlo. No en este momento.

—¿Señorita Robbins? —la voz de Rhys en su oído la hizo regresar—. ¿Quiere que regrese? Le envié un mensaje pero no contesta.

Se frotó la mano libre sobre los ojos. ¿Cómo se podía olvidar del mejor amigo de su hijo otra vez? ¿Sin embargo en el otro extremo de la línea telefónica, todavía fuera en el frío?

Dios, eres una pieza de trabajo lamentable, Lauren.

—Vete a casa, Rhys —le indicó en voz baja dejando que se escuchara una calma que no sentía—. Hace demasiado frío para estar afuera ahora. —Ella deslizó su mirada hacia donde estaba Nick que la observaba desde la puerta de la cocina con la cara de un estudio controlado con preocupación—. Josh se calmará.



—Si está segura, Señorita R. —Sus dientes castañeteaban durante de la respuesta—. Conoce a Josh. Él tiene que desahogarse un poco y entonces él va a ser bueno. Nada le molesta por mucho tiempo. Y quiero decir, Nick Blackthorne es su *papá*. El tipo tiene que estar malditamente emocionado por eso.

Lauren sintió que sus labios se curvan en una sonrisa irónica.

—Tienes razón, Rhys. Y probablemente lo será una vez que perdone a su madre por ser una mierda.

Rhys se rió.

—Tú no eres una mierda, señorita R. Simplemente eres muy buena manteniendo secretos.

El nudo en su vientre se apretó.

—¿Dónde estás? ¿Necesitas que vaya a buscarte? ¿Llevarte a tu casa?

—No, puedo ver las luces de mi casa desde aquí. Dile a Josh que me mande un mensaje cuando llegue a casa.

—Está bien. ¿Me mandas un mensaje si llama a tu casa? Incluso si él no quiere hablar conmigo, me gustaría saber que puedo cancelar el escuadrón de perros.

Rhys se rió de nuevo en su desesperado intento de frivolidad.

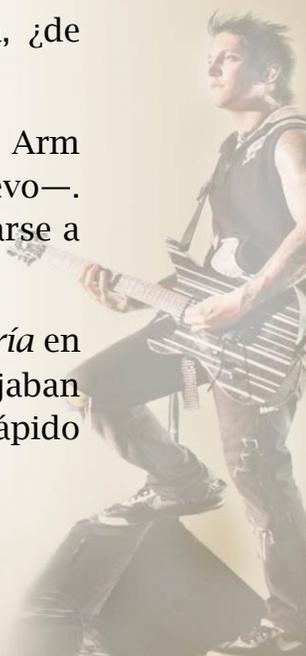
—Debería hacerlo, señorita Robbins. Dele las buenas noches a Nick por mí. Dígale que fue épica la reunión con él... Err, hasta la última gota, que fue.

Lauren se rió entre dientes, a pesar de que su vientre todavía se retorció.

—Buenas noches, Rhys. Envíame un mensaje cuando estés en casa, ¿de acuerdo? Y dile a tu madre que la llamaré mañana.

—Lo haré. Oyó que Nick estaba en la ciudad. El dueño de Cricketer's Arm ha estado diciéndolo a todo el mundo. —El niño se echó a reír de nuevo—. Espera hasta que le diga que está en tu casa. Apuesto a que va a invitarse a sí misma para el desayuno.

Lauren volvió a cerrar los ojos. Que se asumiera que Nick todavía *estaría* en su casa por la mañana no la sorprendió. Las habladorías viajaban rápidamente en una ciudad pequeña como Murriundah, incluso más rápido



cuando se trataba de Nick Blackthorne. Lo que la sorprendió fue el hecho de que nadie se había imaginado quien el padre de Josh antes.

Hubiera hecho las cosas mucho más fáciles.

No, no lo haría. Que ella no fuera una gallina, eso habría hecho las cosas más fáciles. Pero lo era. Y ahora aquí estaba, jodiendo la vida de todas las personas que amaba y cuidaba.

—Dile que voy a tener preparado el café —dijo en el teléfono—, pero ella tiene que traer los croissants.

Rhys se rió.

—Voy a seguir enviándole mensajes de texto a Josh. Por si acaso, ¿de acuerdo?

—Está bien. Buenas noches, Rhys.

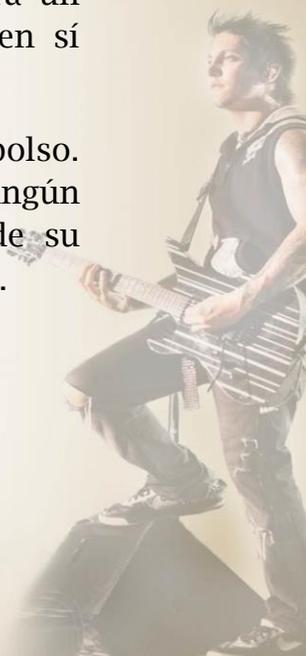
Ella devolvió el teléfono a su base, un suspiro escapó antes de que pudiera detenerlo.

—Él va a estar bien. —Nick se acercó a ella por detrás, pasando las manos por sus brazos—. Aslin está ahí fuera en busca de él. Si el tipo me puede encontrar un sándwich Vegemite en medio de Yugoslavia, puede encontrar a Josh.

Lauren sabía que estaba tratando de poner su mente en reposo. Ella lo sabía. Y por un momento vertiginoso el impulso de inclinarse hacia atrás en su fuerza, su calidez, la inundó, tan potente que casi lo hizo. Casi. Sentir sus brazos alrededor, sentir su sólida presencia, su apoyo. Dios, ¿cuántas veces en los últimos quince años, había deseado la misma cosa? Demasiadas veces. Hasta que por fin se había dado cuenta que era un estúpido sueño vacío y siguió con su vida. Aprendió a apoyarse en sí misma.

Ella se alejó de él, fuera de la cocina y en el salón, en busca de su bolso. Estaba ahí en alguna parte y dentro estaba su móvil. No tenía ningún sentido, pero su atención se había concentrado en la búsqueda de su teléfono. Cuando encontró su teléfono, sabía qué hacer a continuación.

Triste, Lauren.



—Sabes, conozco Murriundah como la palma de mi mano —dijo Nick desde la entrada—. ¿Puedo comprobar todos los lugares a los que solía ir cuando estaba enojado con papá?

Lauren no pudo detener su risa resoplando.

—Si no recuerdo mal, esos lugares eran mi vieja casa, mi casa del árbol y la pasarela sobre Willows Creek, y me temo decir, que los tres han sido demolidos.

Nick volvió la cabeza, sus manos en forma de puño mientras murmuraba algo entre dientes. Se parecía tanto a su hijo en ese momento que Lauren no sabía si reír o llorar. En cambio, volvió su atención a la búsqueda del bolso. Necesitaba su teléfono. Le enviará a Josh un mensaje. Diciéndole que lo sentía. Pidiéndole que vuelva a casa para poder hablar.

Ah, ahí estaba. Justo donde lo dejó al lado del sofá la noche del viernes. Dios, ¿Hace sólo veinticuatro horas que pasó? Se acercó a su bolso, el bolso que le había dado el hombre cuya mirada ahora la seguía, lo arrebató del suelo y sacó su móvil de su interior.

Encendiendo el dispositivo, parpadeó en la pantalla. Veinte y cinco mensajes de texto. Cuarenta y dos llamadas perdidas. ¿Cómo se había perdido todo eso?

¿Es una broma? La vida no ha sido precisamente normal, ¿verdad? Por el amor de Dios, estás todavía en pijama a las dos de la tarde.

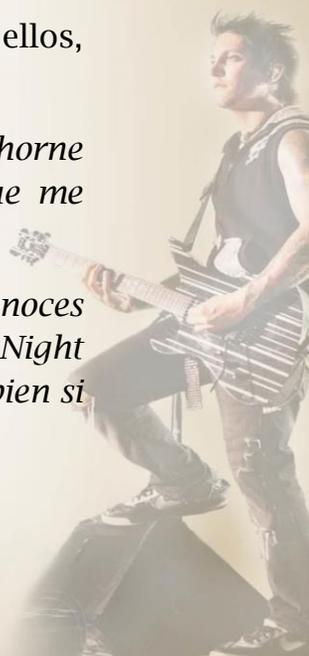
—Lauren, tenemos que hablar de esto.

Sin hacerle caso, deslizó el dedo por la pantalla de su teléfono y dio un golpecito en los mensajes.

Una cadena de ellos le llenó la pantalla, ninguno de su hijo. Todos ellos, excepto uno, eran sobre Nick.

Hey Lauren, Gary White aquí. Tú mecánico. He oído que Nick Blackthorne está en la ciudad. ¿Lo estás viendo a él? ¿Alguna posibilidad de que me puedas conseguir su autógrafo?

Lauren, es Milly Jenkins, la mamá de Chris de fútbol. Me dijeron que conoces a Nick Blackthorne y que se está quedando contigo. ¿Es eso cierto? Night Whispers era mi canción de boda y me encantaría conocerlo. ¿Estaría bien si vamos ahí?



Hola, Lauren. Al alcalde le gustaría invitarla a usted y a Nick Blackthorne a comer a su casa la noche del sábado. Por favor, hágamelo saber antes de las cuatro en punto del sábado. Gracias. Alysse Robertson.

Ellos seguían y seguían. Todo lo mismo. Todas las peticiones, sugerencias o preguntas acerca de Nick. Textos de personas que rara vez tenían algo que ver más que una sonrisa si se encontraban unos a otros en el mercado local. Llamadas telefónicas de números que no reconoció. Todos ellos. Salvo un texto a la izquierda en su teléfono a las siete cuarenta cinco de esta mañana de Jennifer.

Hey, hermosa. Espero que te hayas calmado después de tu salida repentina de mi casa anoche. Me han llamado para una emergencia en la granja Gonano, una de sus yeguas embarazadas ha bajado y el pobre diablo de edad está fuera de sí. Te llamaré cuando llegue a casa. Si me necesitas para algo, simplemente dame un timbrazo. Te quiero un montón. Jen. También conocida como maravilla-veterinaria y reparadora de estrellas de rock.

PD: Sé que no es asunto mío, pero creo que el tipo sigue seriamente enamorado de ti. Tendrías que haber visto la cara de amor que hizo cuando estaba hablando de ti. Como, de tonto. XXX

Cálidas lágrimas picaban en los ojos de Lauren. Caliente y tan malditamente discrepante, era lo único que podía hacer para no llorar.

—Lauren. —Las manos de Nick estaban tomando su mandíbula, levantando el rostro hacia él—. Nena, no me dejes ahora. Ahora no. —Él pasó el pulgar por el labio inferior—. Ni siempre.

Ella lo miró a los ojos, los ojos que tan bien conocía. Los ojos que veía cada noche en sus sueños. Ojos que veía cada vez que miraba a su hijo.

—¿Vas a hacerme daño otra vez, Nick.

La pregunta la dejó en un susurro.

Él sonrió, una lenta sonrisa insolente que le prometió el mundo. Una sonrisa que sabía tan bien como sus ojos.

—No —murmuró. Bajó la cabeza, tocó sus labios con los de ella.

Y su móvil sonó, el sonido de Josh cantando *Livin 'on a Prayer* de Jon Bon Jovi vociferando de su mano.



Ella retrocedió un paso, parpadeando, con el corazón saltando como un conejo aterrorizado. ¿Qué demonios estaba haciendo? Su hijo estaba en algún lugar en el frío ¿y ella estaba besando a Nick? ¿Besándolo? Dirigió su mirada al móvil, algo parecido al alivio, algo aún más cercano a arrepentimiento abrasó su interior al ver la imagen de una Jennifer sonriendo en la pantalla de su iPhone.

Golpeó aceptar y pulsó el teléfono a la oreja.

—Jen —estuvo a punto de llorar.

—Te falta un miembro de la familia, ¿señorita Robbins? —su mejor amiga le preguntó—. Porque yo tengo un resfriado y gruñón adolescente sentado en mi sala de estar en este momento, a la vez que insiste en que no quiere hablar con su madre... —se detuvo—, o su padre por un buen rato.



Capítulo 11

*Traducido por Elena Ashb
Corregido por sttefanye*

Nick abrió sus ojos de mala gana, silbó bruscamente a través de sus dientes y apretó sus ojos cerrados otra vez.

Mierda. Alguien había abierto las cortinas durante la noche y el sol ahora estaba derramado en su habitación como un rayo de oro sangriento.

Se puso a si mismo vertical, entrecerrando los ojos a la luz. Su cabeza parecía nadar en un trompo repugnante, haciendo sacudir su estómago. Apretó los dientes, luchando contra las náuseas mientras se movía en la cama y puso los pies en el suelo.

—Me siento como una mierda —murmuró rascándose el cabello.

—Eso es porque bebiste una botella de whisky escocés tú solo anoche —dijo una ronca voz femenina a su derecha—. Y por lo visto media botella de ron también.

Abrió los ojos y los entrecerró cuando vio a la chica pequeña vestida en cuero rojo ajustado al cuerpo, sentada con las piernas cruzadas en el extremo de su cama.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí, Frankie?

Su agente le disparó una amplia sonrisa.

—Escuché que mi cliente estaba molestando un poco allá en palos. Pensé que mejor venía e iniciaba negociaciones con los lugareños en cuanto a quién iba a sacarte del río. No puedo olvidar mi parte y todo.

Nick dejó escapar un gruñido, recostado en su cama.

—¿Supongo que Aslin te llamó?

—Lo hizo. Y, gracias a Dios sangriento, estás vestido en tu pijama antes de llegar aquí, de lo contrario tendría pesadillas. Soy una mujer casada, Nick Blackthorne. No necesito encontrar a mis clientes tumbados y borrachos en



sus camas de habitación de hotel a las 10 am semidesnudos. Bueno, no espero eso de ti nunca más, eso es seguro, aunque tengo que decir que me gusta la seda negra jammie dacks.

Nick arrugó su cara, su cabeza palpitando. Intentó reconstruir los acontecimientos de la noche anterior, pero lo único que él podía recordar era a Lauren diciendo que se fuera.

—Necesito un tiempo lejos de ti, Nick. Voy a conducir donde Jennifer, recoger a Josh y luego llevarlo a casa y explicarle todo a él. Tengo que hacer esto sola.

Había argumentado por supuesto, hasta se había puesto de rodillas y suplicó, pero ella no había cambiado de opinión. Tampoco había respondido a su teléfono cuando la había llamado unos minutos después de ver su paseo en su bombardeado auto viejo.

Necesito un tiempo lejos de ti, Nick.

Las palabras volvieron a él de nuevo, tan tormentoso, como anestésico, como habían sido la noche anterior.

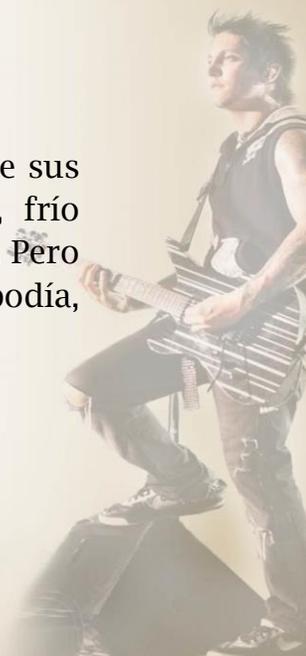
Algún tiempo lejos de ti.

En algún momento del juego, debe haber caminado de nuevo a los brazos del jugador de criquet. Debe de haber comprado una botella de whisky y debe haberlo bebido. No recordaba. No recordaba a Aslin encontrándolo tampoco, pero eso debe de haber sucedido así. Especialmente no se acordaba de haber comprado una botella de ron. Ron Hehated, pero obviamente su humor anoche no lo había hecho. Por segunda noche consecutiva, había terminado borracho en el único bar de su ciudad natal. El hijo pródigo regresa. Y pensar que él no había tocado una gota de alcohol por cerca de dos años.

—Ella no me quiere, Frankie.

Las palabras lo dejaron en un gemido sin aliento. Levantó la palma de sus manos a los ojos y presionó. Dolor rodó a través de su cabeza, frío doloroso y real. Podía comprender este dolor. No tiene mucho sentido. Pero el dolor en su corazón... Jesús, no podía comprenderlo. ¿Cómo podía, cuando Lauren nunca antes le había causado dolor?

—Ella no me quiere —repitió.



Sintió el cambio de peso en el colchón y luego Frankie estaba sentada a su lado.

—¿Y qué quiere decir eso exactamente?

La pregunta era suave. Curiosa.

—Significa... —Tragó saliva, su garganta rasposa y seca como la mierda—. Esto significa que, una vez más, me negué a mi familia.

—Entonces, ¿estás pensando en ti en esta situación o en Lauren y su hijo?

Abrió sus ojos y la miró a través de una mancha borrosa.

—¿Acaso Aslin te lo dijo?

Ella asintió.

—Pero sólo después de que lo leyera en la portada del Sydney Morning Herald de esta mañana en la unidad de arriba. —Ella se movió un poco en la cama, cruzando los tobillos vestidos en cuero y colocando los codos sobre las rodillas—. Por cierto, le debes a Alec un desayuno en la cama. Era mi turno para cocinar y en cambio nos hiciste subir aquí. Realmente no puedo creer que crecieras en una pequeña ciudad como esta.

—¿Hiciste manejar a tu esposo hasta Murriundah? —Nick se frotó su cara—. Hombre, él debe realmente amarte.

Frankie le sonrió.

—Él lo hace, muchas gracias. Y eso es lo que es el amor, poner al otro en primer lugar. Ahora dime, ¿qué estás poniendo delante de Lauren? ¿Qué estás poniendo delante de tu hijo?

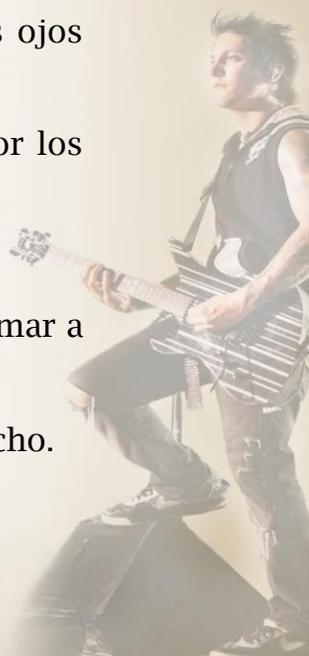
Nick dejó caer las manos de su cara. Giró la cabeza, entornando los ojos hacia su agente.

—Le dije que la amaba. Le dije que iba a dejar la música por ella. Por los dos.

Frankie enarcó las cejas.

—Bueno, mierda, ese no es el tipo de cosa que estás destinado a informar a tu agente, cariño.

Él se rió entre dientes, débil, risa sin alegría que apenas salió de su pecho.



—Es verdad, sin embargo. E incluso eso no fue suficiente.

—Haz que sea suficiente.

La plana declaración de Frankie hizo que volviera la mirada a su cara. Ella lo estaba estudiando, brillantes y agudos ojos azules lo miraban con intención.

—Ahora aquí está la cosa, Nick Blackthorne —continuó ella—. Hago trillones cada año. Lo suficiente como para retirarme y engordar en los residuos. Pero también soy tu amiga. Y sé francamente lo sangrientamente miserable que has sido desde... bueno, desde casi siempre. El Nick que conozco no es el Nick que sé que está ahí. Ese Nick, ese es el Nick que vi cantando *Gotta Run* hace dieciséis años y medio a una chica en la audiencia en el Sydney Opera House, una chica con salvaje cabello rubio fresa y pecas para morir. Ese Nick, él que está bien quemado con pasión, vida y amor.

El estómago de Nick se contrajo. Recordaba ese concierto. Un evento de caridad para niños con cáncer. Lo recordaba porque fue la última vez que Lauren había ido a alguno de sus conciertos después de haber sido casi atacado durante el evento por una horda de mujeres que estaban a su alrededor cuando había cantado. Ella había necesitado ser escoltada de la multitud por los guardaespaldas contratados. Había estado muy preocupado hasta que la volvió a ver. Dieciséis años y medio hace de eso. ¿Cómo habían cambiado las cosas? Ahora ella acababa de cerrar de golpe a todos con su bolso.

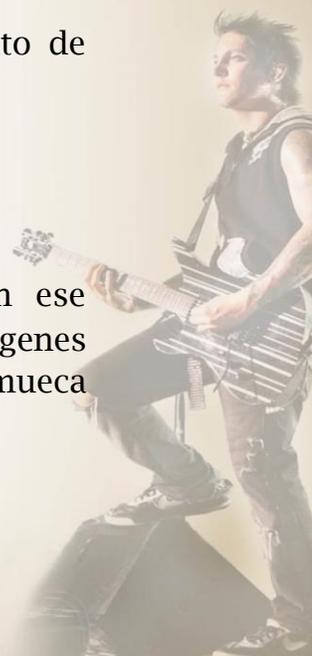
Un orgullo caliente fluía a través de él mientras imaginaba esta nueva Lauren que había llegado a conocer en los últimos días ocupándose de groupies maníacos. No habría concurso. Ella los comería vivos y dejaría los huesos para que las aves eligieran.

Frunció el ceño, descansando sobre sus codos. Algo sobre el cuento de Frankie le picaba en la parte posterior de su cabeza.

—¿Cuántos años tienes, Frankie?

Ella sonrió.

—No es asunto tuyo, Blackthorne. Los suficientes para estar en ese concierto, es todo lo que necesitas saber. Lo suficiente para ver imágenes de ti en ese concierto en el VCR de papá. —Ella hizo una mueca



melodramática—. ¿VCR? Guau, tu viejo tenía una torpe tecnología de mierda en la Edad de Piedra.

—¿Has venido hasta aquí para insultarme?

Ella sonrió de nuevo.

—No. He venido para asegurarme de que estás bien. Para ver si lo que Aslin dice es verdad. E incluso mintiendo aquí en esta cama de la habitación del hotel, con una barba de tres días de crecimiento y necesitando urgentemente pasta de dientes o enjuagues bucales, puedo ver eso. Ese fuego está en ti otra vez. Lauren Robbins una extraordinaria maestra de escuela, te hace quemar como ninguna otra, pequeño-Nicky.

La observación se establece como un aleteo en la boca del estómago de Nick. Frankie y Aslin al parecer, estaban en lo cierto.

Así es toda la razón. Se pasó las uñas en el cuero cabelludo.

—Entonces, ¿qué debo hacer al respecto? ¿Ir y tirar abajo su puerta, subirla sobre mi caballo y llevármela? ¿Deteniéndome sólo para tomar a mi hijo?

Frankie arqueó una ceja.

—Podrías, pero probablemente sólo la harías enojar.

Nick resopló.

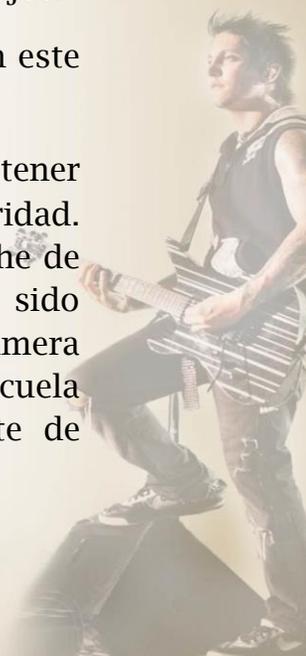
—Sí. Se podría decir eso. Y en este punto, no sé si Josh quiere tener algo que ver conmigo.

—¿Pero tú quieres estar en su vida?

Su pregunta, preguntó con una engañosa calma, le hizo estrechar sus ojos.

—Por supuesto que sí. Jesús, Frankie, ¿de verdad crees que estaría en este estado si no lo hiciera?

—Lo cosa es —continuó ella, su expresión... vigilada—. Sé lo que es tener un padre famoso. Qué se siente al crecer en el mundo de una celebridad. Jode tu cabeza, Nick. Gran momento. Tú no eres el padre promedio, he de señalar eso, y Josh ya está recibiendo una muestra de ello. Ha sido nombrado en los medios de comunicación, su fotografía está en la primera plana del periódico más grande del país, sus registros de la escuela probablemente están siendo dragados a partir de cualquier fuente de



porquería que los periodistas de chismes puedan encontrar, su cuenta de Facebook hackeada, sus amigos ya han sido interrogados por teléfono y en persona, y eso sólo en diez horas. Eso no va a detenerse en corto plazo. Y cada vez que seas fotografiado con alguien que no sea Lauren, infiernos, podría ser para mí todo lo que importa, Josh va a leer los titulares del día siguiente de su padre teniendo una aventura. Ya lo sabes, ¿verdad? ¿Estás listo para arrojarlo a eso? ¿Para arrojarlo a esa vida? ¿Sabiendo lo que se siente? ¿Sabiendo lo que eso puede hacerte a ti?

El corazón de Nick saltó a su garganta. Se imaginó a Josh, el niño que se volvió rojo brillante cuando le preguntamos sobre groupies. Pensó en su hijo, sonriendo como un niño en Navidad, cuando se le preguntó si quería ir en un helicóptero. Se lo imaginó siendo acosado por los periodistas y de la columna de chismes, micrófonos en su cara, los flashes de cámara apareciendo en sus ojos...

La sangre abandonó el rostro de Nick. Él se incorporó, agarrando a Frankie por los brazos.

—¿Qué has dicho? ¿Algo acerca de sus amigos siendo interrogados en persona y sólo son las 10 a.m.? —Frankie asintió—. ¿Ya están aquí? ¿La prensa? ¿Están aquí y están buscando a los amigos de Josh? ¿Ya?

Ella asintió de nuevo.

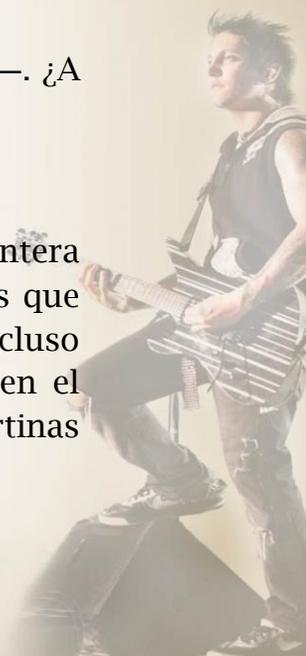
—Escuché a uno de ellos quejándose en el vestíbulo que un chico llamado Rhys le dijo que, y cito, *mete tu cámara en su culo y toma una foto de su mierda*. Tengo que admitir, creo que ya me gusta este chico Rhys.

La respuesta de Rhys debería haber hecho reír a Nick. Pero no pudo. Su vida, su vida de estrella de rock había invadido a su hijo. Todo lo que Lauren sabía y temía.

—¿Han llegado a Lauren? —Tragó saliva, su boca como si fuera polvo—. ¿A Josh?

Frankie negó con la cabeza.

—Están acampando en su casa. Toda la maldita multitud de Sydney entera por lo que puedo decir, pero esa montaña llama a un guardaespaldas que está manteniéndolos a raya. No pasará mucho tiempo sin embargo, incluso su gigantesca amenaza no asusta lo suficiente. Una vez que obtienen el olor un atisbo de Lauren o de su hijo a través de una rendija de las cortinas



quizá enjambraran como los demonios que son. —Su expresión se tornó oscura, enojada—. Ya sabes cómo son, Nick. Has estado trabajando con ellos alrededor de diecisiete años.

El estómago de Nick rodó. Él lo sabía. Y era brutal. Se puso de pie, arrastrando sus manos por el pelo.

Joder, ¿dónde estaban sus ropas? ¿Dónde diablos estaban sus ropas? Tenía que salir de allí. Tenía que llegar a Lauren, a Josh. Tenía que mostrarle a su hijo cómo lidiar con...

—¿Sabes que si vas allí ahora sólo despertarás más mierda para ellos?

Se congeló con la declaración de Frankie.

—Llegas a su casa y nunca la dejaran en paz. Y tú la has perdido a ella. Perdiste a los dos, tal vez.

Se dejó caer de nuevo en el borde de la cama, un vacío frío se instaló en su estómago. Frankie estaba en lo cierto. Él lo sabía. Las primeras semanas de ser acosado por la prensa habían dado un impulso del ego masivo de Nick Blackthorne, de veintiún años de edad, en los próximos meses, un dolor en el culo, los siguientes dieciséis años, el infierno.

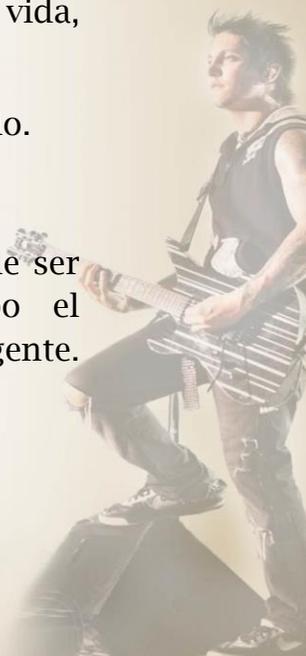
Y él había estado esperando. Josh, sin embargo... Lauren...

Pensó en la mujer que amaba. El pensamiento de todo lo que ella había perdido debido a su fama. El futuro que pensaba que iba a tener cuando ella se trasladara desde la seguridad de su pequeña ciudad natal a la gran jungla de cemento que era Sydney con él en la madura edad de dieciocho años, el felices para siempre después de que le prometió cuando eran inocentes adolescentes enamorados. Y ahora que estaba perdiendo el futuro que había hecho por ella misma. Incluso con él o sin él en su vida, ella estaba siendo jodida.

Un ruido bajo retumbaba en su pecho, un gruñido de enojado desprecio.

—No puedo hacer nada, Frankie.

Sus labios se curvaron, la sonrisa de un agente con una reputación de ser despiadada. La vida matrimonial puede haber llevado a cabo el romanticismo en ella, pero Frankie Winchester seguía siendo un agente. Una sangrientamente brillante.



—Llama a un anuncio de prensa. Llama a un anuncio de prensa que se celebrará fuera de este mismo bar. Se va a poner en el mapa y vas a hacer que el propietario haga una fortuna, Cricketer's Arms, el lugar donde Nick Blackthorne anunció su retiro después de su primera y única muestra en el Tour Sin Tropical en Sydney.

Él parpadeó. Él no lo había visto venir.

Frankie se rió entre dientes.

—Es lo que quieres, ¿no? ¿Lauren, Josh? ¿Una vida con ellos, no en el camino? ¿Una vida normal haciendo cosas normales con la gente normal?

—Sí, infiernos, sí, pero no esperaba que mi agente me dijera que hiciera eso.

Ella se encogió de hombros, dándole vueltas a uno de sus rizos delante de sus ojos mientras lo hacía.

—He hecho tropecientos millones de ti, pequeño-Nicky. Y voy a hacer aún más si sigues cantando o no. Además, me casé con un millonario jardinero con clientes más ricos que nosotros dos. No me preocupa de donde viene mi próxima comida. —Ella deslizó sus manos sobre su vientre, una lenta caricia que Nick no podía perder—. Ni a mi familia, para el caso.

Señaló con la mirada a su rostro, hasta su vientre, al ver por primera vez la pequeña pero pronunciada hinchazón bajo el cuero apretado de su chaleco de motociclista.

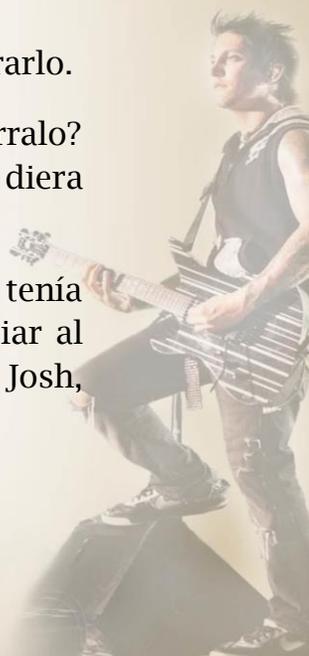
—¿Estás...?

Ella sonrió una vez más, una sonrisa tan impresionante, tan feliz que Nick se olvidó de respirar por un segundo.

—Es un valiente nuevo mundo, Nick Blackthorne. Sólo tienes que agarrarlo.

Él se puso de pie de nuevo, merodeando el cuarto por su ropa. ¿Agárralo? Él iba a estrangular a la maldita cosa. ¿Lauren le había pedido que le diera tiempo? Él le daría su tiempo. Es hora de comprar un periódico.

Es hora de encender la radio. Tiempo para leer su maldito Twitter si tenía uno. Justo el tiempo para descubrir lo que estaba a punto de anunciar al mundo. Es hora de aprender que hablaba en serio acerca de ella, de Josh, sobre ellos.



Agarró sus jeans, decididamente lo peor para usar después de la noche anterior, pero no se molestó en conseguir un par limpio de su bolsa. No importaba lo que llevaba puesto, sólo lo que él dijo. No es la música, sólo las palabras.

—Ve, llama a una conferencia de prensa, agente mío. —Frankie lanzó una mirada rápida mientras él sacudía sus pantalones arrugados—. Voy a estar abajo en treinta minutos. Y consigue a Aslin por teléfono. Lo quiero lo más cercano a Lauren y Josh como le dije.

Frankie le dio un saludo.

—Jawohl, herr kommandant.

Él le dedicó una amplia sonrisa.

—Oh, ¿y señora Harris? Estoy quitándome el pijama ahora, así que si no quieres ver...

Ella estaba fuera de su habitación, rápidas e inteligentes botas de diseño de motorista golpeando en el suelo, un fuerte y bien melodramático, ewww, después de su huida.

Con un bufido y un movimiento de cabeza, Nick empujó sus pantalones de pijama hacia abajo sobre sus caderas. La seda negra se agrupó a sus pies, pateó la prenda a un lado y metió las piernas en los pantalones sin molestarse con los boxers. Él tiró de la cremallera, abotonó la bragueta y se dio cuenta. Una simple frase en un ritmo simple.

Voy a abrazarte hasta que me dejes.

Se enderezó, la línea susurrando a través de su cabeza de nuevo, pero esta vez, había más. Así muchos más. Palabras en un ritmo. Las palabras que él no podía ignorar. Corrió a su bolsa de viaje, hurgó en su contenido, las palabras no sólo susurrándole a él ahora, pero cantando. Cantando.

Voy a abrazarte hasta que me dejes.

Y luego rogar por tiempo...

—¡Sí! —gritó encontrando lo que buscaba. Una pluma. Su cuaderno.

Se dio la vuelta a la cama, se puso de rodillas y abrió el libro, sin importarle que la página no estuviera limpia. No importaba. Las palabras, necesitaba dejar salir las palabras.



*Voy a abrazarte hasta que me dejes.
Y luego rogar por tiempo
Para hacerte saber que lo siento
Para hacerte mía.
Nunca debí haberte dejado
Nunca debería haberte causado dolor.
Pero en el corazón de los necios y los hombres
El amor se deshecha nuevamente.
No puedo prometer sin lágrimas
Pero te prometo absoluta verdad
Y en verdad que te voy a mostrar cómo
Yo te sostengo por todo el tiempo.
Mi corazón, te doy el mío hoy
Hoy.
Mi corazón, te doy el mío hoy
Hoy.*

Las palabras fluían de él, viniendo tan rápido que su mano apenas podía formarlas. Sacó algunas notas, indicó inflexiones, ritmo, pero fueron las palabras que le hicieron arder. Las palabras que hablaban de su alma.

Ellas seguían llegando. El versículo seguido por el coro. Coro seguido por un puente. Puente seguido de verso y volver a tender un puente nuevo.

Las palabras que prometían. Las palabras que cantaban.

Un flujo más allá de la restricción.

Vio la música y escuchó las palabras, escribiéndolo todo, notas y silencios marcados en un pentagrama dibujado elaborado, armaduras indicadas, el compás del mismo modo. Una canción llamada *Hoy*.



Seguía escribiendo, más allá de las rodillas entumecidas, su mano comenzando a sufrir calambres, cuando la puerta de su habitación se abrió y Aslin cruzó el umbral.

El corazón de Nick saltó a su garganta. Si Aslin estaba aquí, eso sólo podía significar que Lauren y Josh estaban bien. Su guardaespaldas no los dejaría a merced de los paparazzi. Su corazón latiendo más rápido, se quedó mirando al hombre, esperando para ver pasar a Lauren detrás del marco amenazante de Aslin. Esperó escuchar la profunda voz de su hijo con la edad adulta que se avecina y sin embargo sigue siendo la voz de la juventud.

Sosteniendo la mirada de Nick, Aslin cerró la puerta detrás de él.

Nick frunció el ceño.

—¿Qué estás haciendo, As? ¿Dónde está Lauren? ¿Josh?

El ex-SAS comando negó con la cabeza.

—Lo siento, Nick.

—¿Qué quieres decir con lo siento? —Arrojó la pluma en la cama y se puso de pie. Sus rodillas flexionadas durante tanto tiempo en el piso de madera dura le gritaban. La sangre corrió de nuevo en sus pantorrillas, sus dedos de los pies, como un millón de hormigas rojas picando en su carne. Le dio a Aslin una mirada de perplejidad—. No los dejaste solos, ¿verdad?

Aslin sacudió de nuevo la cabeza, su expresión... sombría.

Jesús, ¿por qué la expresión de Aslin era tan sombría?

Tragó saliva.

—¿Dónde está Lauren, As? ¿Dónde está Josh? ¿Él está bien? —Se le vino un pensamiento, frío y terrible—. ¿Vino a casa anoche? Mierda, no tengo ni puta idea. Tan jodidamente metido en una botella que no tengo ni idea. ¿Está bien? ¿Es por eso...?

—Él llegó a casa, Nick —Aslin habló sobre él, su voz como un trueno más que nunca—. Él está bien. Los dos están bien. Después de que te metí en la cama anoche volví allí y pegué un ojo en el lugar.

Nick sintió que su ceño fruncido se profundizaba.



—¿Entonces por qué estás aquí ahora?

Aslin lo estudió durante un largo rato, como si no estuviera seguro de cómo responder a la pregunta. Finalmente, murmuró una maldición y sacudió la cabeza, miró a Nick y le dijo:

—Se han ido.

Nick parpadeó.

—¿Quiénes? ¿Los paparazzi?

—Lauren y Josh.

Los dos nombres golpearon a Nick como un doble golpe de un puño.

—¿Qué quieres decir, con que se han ido?

—Hace quince minutos, Lauren y Josh subieron a su auto con dos bolsas de viaje y se fueron. Ella casi corría por un idiota que pensó que le tomaría una foto desde la mitad de la calzada.

El peso pesado en su estómago se enfrió. Apretado. Se pasó las manos por el cabello, su mirada fue a parar al bloc de notas abierto en su cama. A la música, las letras escritas allí. Bolsas para la noche. Jesús, ella lo había dejado con bolsas de noche.

Se volvió hacia Aslin.

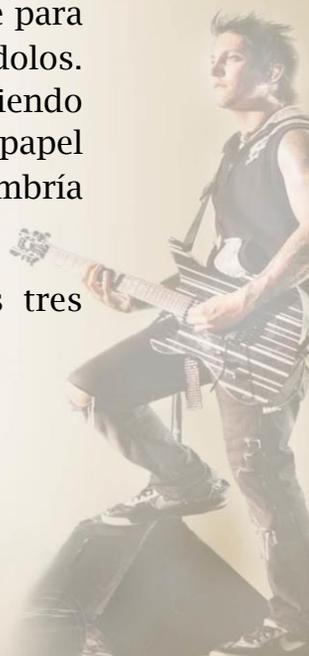
—¿A dónde iban?

Su guardaespaldas dejó escapar un suspiro, el sonido inestable totalmente ajeno a él.

—No lo sé. Ella no me lo dijo. La seguí fuera de la ciudad, lo suficiente para estar satisfecho de que ninguno de los paparazzi estuviera siguiéndolos. Ella conduce rápido, Nick. Dondequiera que vaya, ella no está siendo seguida por esa escoria con las cámaras. —El sacó un pedazo de papel doblado de su bolsillo y se lo entregó a Nick, la misma expresión sombría caía sobre su cara—. Ella me dio esto y me preguntó si te lo daría a ti.

Nick tragó, tomando la nota. Abrió el papel doblado, leyendo las tres palabras escritas en él.

Tres palabras.



Como una maldición.

Levantó la vista del mensaje, su garganta se secó.

—¿Tomó su mochila?

Por cuarta vez, Aslin negó con la cabeza.

Fue el cuarto movimiento que le dijo a Nick lo que no quería saber. Lauren había dejado su mochila atrás.

Él sabía el significado de eso. Sabía lo que Lauren le estaba diciendo a través de eso. La noche anterior le había dicho que tenía miedo de él, lo que sentía por él. Hoy ella le estaba diciendo que era como una maldición. Y ahora mismo, mientras él estaba aquí en el cuarto piso de The Cricketer's Arms, con los medios del país sin duda pululando fuera, esperando una conferencia de prensa donde anunciaría que dejaba el negocio por ella, ella estaba conduciendo de Murriundah. Conduciendo para alejarse de él.

Tomando a su hijo con ella. Su familia se había ido de su vida. Una vez más.

Cerrando los ojos, Nick se dejó caer en el borde de la cama, dejó caer su cabeza entre las rodillas, arrugó la nota de Lauren en su puño y gritó.



Capítulo 12

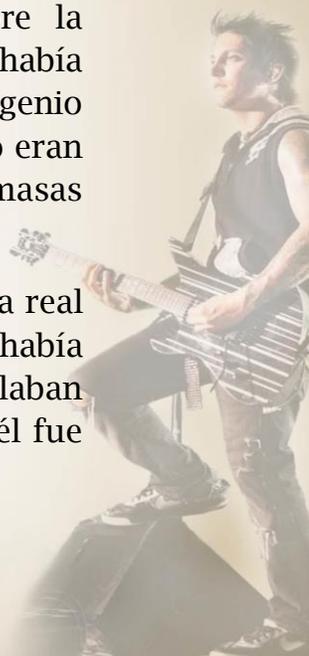
*Traducido por Mona y (SOS) Mir
Corregido por Akanet*

Ocho días habían pasado. Ocho días de confuso dolor, de miserables dudas, de cruda verdad y lágrimas solitarias. Ocho días acampando en un apartamento de verano con dos dormitorios en una ciudad costera casi tan pequeña como Murriundah siete horas al norte. Ocho días gastados caminando en la fría playa de invierno sola, pensando en todo. Ocho días hablando con Josh, pidiendo perdón por su comportamiento estúpido. Ocho días escuchando cada canción que Nick Blackthorne había grabado alguna vez una y otra vez.

Ocho días leyendo los diarios nacionales, las revistas de chismes. Ocho días de ver su propio rostro en ellos, viendo la imagen de ella parada en su puerta abierta, vestida sólo en su camisa de pijama, su cabello hecho un lío, Nick medio vestido detrás de ella, su cabello igual que el suyo. De ver a Josh en aquellas páginas, su imagen inevitablemente sobrepuesta al lado de la de su padre, su hijo luciendo aturdido y nervioso, Nick luciendo siempre sexy y seguro con cada pulgada de la estrella rock que él era.

Ocho días de especulaciones sobre su historia con Nick, entrevistas con gente que ella apenas conocía quienes se llamaban a sí mismos sus amigos íntimos y fuentes de confianza, gente que vertía hechos tan ridículos que ella se habría reído si no estuviera tan enojada. Hechos sobre su supuesta obsesión con Nick, cómo ella lo acechaba, lo chantajeaba. Hechos sobre Josh y sus supuestas capacidades de desarrollo retrasadas, sobre la vergüenza de Nick de que su hijo fuera retrasado y que por eso él había sido ocultado del mundo. Hechos que declararon que Josh era un genio musical idiota que imitaba a Nick en un tono perfecto. Hechos que no eran nada más que estupideces fabricadas, escritas para alimentar a las masas hambrientas de chismes sobre Nick Blackthorne.

Ninguno de los diarios y revistas, al parecer, tampoco tenían una pista real de dónde estaba Nick durante sus ocho días en la clandestinidad. No había ninguna declaración de él, ninguna respuesta a los artículos que revelaban a Josh y a Lauren. El único indicio de que alguien había hablado con él fue



un comunicado de prensa de Walter Winchester, el productor musical de Nick, que anunciaba que el último álbum de Nick, simplemente titulado *Blackthorne*, sería lanzado en dos semanas. Había una imagen del hombre al lado de una versión ampliada de la portada, una imagen de Nick tomada quién sabe cuándo sosteniendo arriba una mano como si luchara contra la atención de los medios de comunicación no deseados.

Lauren no sabía cómo él vivía con ello. Hacia el final de los ocho días, ella estaba lista para gritar. Josh sin embargo, había tomado una ruta diferente.

Él tercamente había rechazado hablar con ella durante dos días, había hecho poco excepto por enviar mensajes de texto a Rhys durante aquel primer día, diciéndole que su mamá *Había perdido su maldita cabeza*. Él le había mostrado el mensaje, con los ojos sin brillo, la mirada furiosa, justo antes de pulsar enviar. Lo que sea que Rhys le había contestado lo había puesto más enojado, y había metido su teléfono en el bolsillo y lo había ignorado por el resto del día. Al final del segundo día de silencio, él había encontrado un artículo en el *Sidney Morning Herald* que seguía ampliamente en detalles la vida de Nick y Lauren antes de que Nick se hiciera famoso. Lauren lo había encontrado con una mirada contemplativa con respecto a ella más de una vez. A la mitad del tercer día, y después de numerosos mensajes de texto con Dios saben quién, él se había arrojado en el sofá al lado de ella y le había dado un abrazo relajado.

—Me descontrolé un poco cuando estábamos en casa ¿verdad?

Ella había sacudido su cabeza, dejándole ver su sonrisa de comprensión.

—Tenías razón.

Él se echó a reír, el sonido tan parecido a su padre, que Lauren había cogido su labio inferior con sus dientes.

—Supongo que me parezco a ti cuando se trata de drama, ¿eh?

Lauren había hecho rodar sus ojos.

—¿Y no crees que tu padre tiene algún talento para hacer un espectáculo cuándo él lo necesita?

Las palabras estaban destinadas a ser cortantes. Ella todavía estaba enfadada, maldita sea. El problema era que ellas no sonaron enojadas en absoluto. Ellas sonaron... tristes.



La sonrisa de Josh se había vuelto inclinada en un lado, otro rasgo de Nick.

—Creo que me gustaría saber toda clase de cosas sobre mi padre que el resto del mundo no ha leído en una revista, o visto en MTV.

Él dejó caer un beso rápido sobre su mejilla entonces, y salió pitando del sofá antes de que ella pudiera hacer algo estúpido como llorar y tratar de besarlo en respuesta. La conocía bien. Él era su hijo, después de todo.

—Josh —ella había dicho y tal vez fue la vacilación de su voz lo que lo hizo detenerse, volverse hacia ella y sonreírle.

—Leí un artículo hoy en uno de los diarios —dijo él, la sonrisa levantada en un lado estirándose un poco más amplia—. Este discute mi aparente habilidad para ya atraer a miembros del sexo opuesto a gusto. Parece ser que, incluso a una edad tan joven, mi *florecente belleza y emotiva voz* son cosas de las fantasías de las adolescentes. Al parecer, voy a tener mucha suerte.

Ella cruzó sus brazos y le dio una mirada exasperada.

—¿Tu punto sería, Joshua William Robbins?

Él se encogió de hombros.

—Es bueno saber de dónde vienen todos estos *florecimientos* de buena apariencia, imagino. A quién tengo que agradecer. No a un tipo sin rostro que pudo haber sido un imbécil.

Lauren gimió ante su lenguaje.

—Josh.

—Lo siento, mamá. —Él frunció el ceño entonces, sus manos deslizándose en los bolsillos traseros de sus vaqueros, su mirada resuelta.

—¿Es Nick un imbécil? ¿Es por eso que estamos aquí, ocultándonos?

El suspiro la dejó antes de que pudiera detenerlo. Un serio caso de nudos se retorció en su estómago.

—No, Josh. Tu padre no es un... no es un imbécil.

Su ceño se había profundizado.



—Así que ¿por qué estamos aquí, entonces? Porque me parece que la mejor razón para tener a Nick Blackthorne como mi padre es porque él es un buen tipo que te hace reír y sonreír como nunca te he visto hacerlo antes.

El corazón de Lauren se había destrozado en su garganta. Ella lo miró, incapaz de pensar en una cosa que decir.

Después de eso, ella solo había estado en una solitaria búsqueda de solución. Josh parecía saber exactamente lo que quería, llegar a conocer mejor a su padre, y pasó los días pescando en la playa y haciendo un álbum de recortes sobre su infamia y sus padres infames, sugiriendo regularmente que estaba siendo un poco dramática y que en realidad debería al menos llamar a Nick. Ella le había dicho muy a menudo que él era demasiado joven para entender que las palabras tenían poco sentido. Pero de nuevo, quizás nunca realmente lo tuvieron. Josh había encontrado a su padre. Su padre lo había hecho reírse y sonreír y le había prometido mantenerlo a salvo. ¿Qué otra cosa había que entender?

Y fue así que al octavo día ella empacó y se fueron a casa. Ella todavía no tenía una maldita idea de lo que iba a hacer sobre toda la situación de Nick, pero la vida tenía que continuar. Se había tomado una semana de trabajo que ella realmente no podía permitirse. KR la necesitaba. Esperaba su regreso.

Si ella tenía suerte, Murriundah había seguido adelante y podría regresar a su vida normal con solo una sonrisa y un, *tú sabes, fue una de esas cosas* para pasar completamente a otro asunto.

Jennifer tenía otros planes.

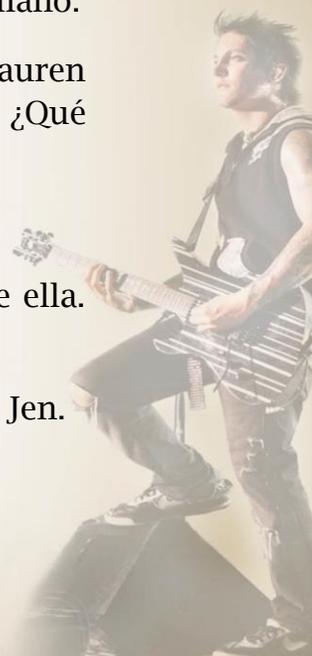
Su mejor amiga la esperaba cuando ella llegó a casa temprano la noche del domingo, una sonrisa sobre su rostro, una botella de champán en su mano.

—Hola, Jen —gritó Josh saliendo del asiento de pasajero del auto de Lauren antes de que ella aún pudiera engranar el freno de mano—. ¿Qué celebramos?

—Celebramos que tu mamá es la persona más famosa que conozco.

Lauren rodó sus ojos, cerrando de golpe su puerta del auto detrás de ella. La noche helada de invierno se envolvió alrededor de ella.

—Estoy bastante segura de que conoces a alguien más famoso que yo, Jen.



Jennifer se dio un golpe en la frente, las nubes blancas de su aliento resoplaban fuera sus labios.

—Tienes razón. Conozco a Josh.

Josh se rió.

—Te firmaré un autógrafo por cincuenta dólares.

Las cejas de Jennifer se levantaron con sorpresa exagerada.

—¿Cincuenta dólares?

Él se encogió de hombros.

—Quiero comprar una guitarra.

—¿Por qué no solamente tomas prestada una de tu papá?

Lauren le dio una mirada plana a su mejor amiga.

—Porque *ella*... —Josh sacudió su cabeza en dirección a Lauren—, no ha decidido si nosotros hablaremos con él o no.

Jennifer hizo rodar sus ojos esta vez, bajo los escalones del pórtico delantero, besó a Lauren en la mejilla y luego le dio la botella de champán.

—Bueno, Josh, creo que es momento de salvarte de tu vieja madre que está nerviosa y llevarte a algún sitio divertido. ¿Oh, escuchaste eso?, soy una poeta y no lo sabía.

Josh gimió.

—Eso es patético, Jen.

Ella hizo una mueca.

—Lo es, lo siento. De todos modos, agarra tu maleta del auto de tu mamá. Te dejaré donde Rhys por algo de terapia adolescente después de tu semana de asfixia maternal. La Sra. McDowell tiene tu cama arreglada, por lo que sé hay un tazón de espaguetis a la boloñesa esperándote y ya tienes tu ropa y cosas de la escuela metidas en mi camioneta.

—¿En serio? —Josh dio vuelta hacia Lauren con una mirada esperanzadora—. ¿Puedo ir, mamá? ¿Por favor?



Lauren notó su entusiasmo, su anticipada inquietud. Ocho días era mucho tiempo sin un mejor amigo a los quince años. Un tiempo incluso más largo cuando estuviste solamente en compañía de tu madre desquiciada y sin ningún Wii o Playstation para escaparte. Ella se rió, asintiendo. Necesitaba estar lejos de ella por un tiempo. Entendía eso. Él podía no haberla perdonado completamente por el secreto que había guardado de él, pero había seguido adelante. ¿No era tiempo de que ella hiciera lo mismo?

¿De qué modo? ¿Incluso si el mundo ha encontrado algo mucho más interesante que tú, incluso si Nick ha renunciado a su tonta idea fantasiosa de felices por siempre y regresa a la vida de una estrella de rock, realmente crees que serás capaz de seguir adelante? ¿Lo crees?

La pregunta era la más inquietante y una a la que ella aún no había encontrado respuesta. Pero eso no debería detener a su hijo de seguir adelante con su vida. Si su padre estaba o no.

Con una sonrisa, Josh le dio otro de sus raros abrazos.

—Te amo, mamá —susurró él—. Eres la mejor ¿sabes eso? Un poco fastidiada, pero de todos modos la mejor.

Él saltó lejos antes de que ella pudiera aplastarlo en un abrazo de oso. Sin ninguna señal de remordimiento o desesperación por abandonar a su madre en beneficio de su mejor amigo, él sacó su bolso de viaje de la parte trasera del auto de Lauren y se apresuró hacia la camioneta de Jennifer.

Lauren lo observaba, un suspiro brotando en su pecho. Lágrimas picaban detrás de sus ojos. Lágrimas felices.

—Ah, la resistencia de la juventud. —Jen soltó una risita. Ella deslizó su brazo alrededor de la cintura de Lauren y le dio un suave apretón—. ¿No te hace sentir enferma?

—Gracias, Jen. —Lauren le dio un suave empujón en la cadera con la suya a su amiga—. Él necesitaba esto.

Jennifer la fijó con mirada de reojo.

—Tú lo necesitas también.

Ella dio un toque a la botella de champán en la mano de la Lauren.



—Y esto. Una copa o dos para celebrar que estás sobrellevando la más increíble... mierda sin perder la cabeza.

Lauren hizo una mueca.

—¿No es cierto? Tengo que admitirlo, mi cabeza se siente un poco desquiciada en este momento.

Jennifer hizo una mueca de nuevo, igualmente despectiva.

—No, tú no lo hiciste. No estarías parada aquí si lo hubieras hecho, dejando a tu hijo pasar una noche con su amigo mejor. —Ella dejó caer un beso sobre la mejilla de Lauren y le dio otro apretón—. Ahora ve adentro, profesora. Tienes escuela mañana y una sala llena de niños de seis años, que no han visto a su famosa profesora durante una semana completa. Además, no sé tú, pero estoy congelándome el trasero aquí fuera.

Dos minutos más tarde, Lauren subió los escalones de su pórtico delantero, el sonido de la camioneta de Jennifer retumbando bajo el marchito camino detrás de ella. Al abrir la puerta, ella fue recibida por el olor de café recién elaborado y los susurros crujientes de un fuego. Ella sonrió, entrando en su caliente y cálida casa. Ella tenía que conceder a Jennifer que realmente sabía cuidar de animales tontos como ella.

Quitándose su chaqueta y bufanda, ella se dirigió a la sala, se dejó caer en su viejo sofá y se sacó sus botas con los dedos del pie. Una cubeta de hielo se encontraba sobre la mesa de centro, con dos copas de la colección de cristal más triste de Lauren.

Lauren arqueó una ceja hacia ellas. Okey, entonces Jen era brillante con animales tontos pero ella no podía contar para nada.

Una copa de champán más tarde, Lauren se recostó en su sofá, cruzando sus tobillos al lado del resto de la copa y cerró sus ojos. Y escuchó el canto. Una voz masculina que el mundo entero conocía cantando palabras que ella no conocía, acompañado por las simples cuerdas de una guitarra acústica.

Su corazón golpeteó en su camino a su garganta. Con fuerza. Rápido. Sus ojos se abrieron repentinamente.

Nick.

Nick Blackthorne estaba fuera de su puerta. Cantando.



... hacerte mía.

Nunca debí...

Lauren atrapó su labio inferior con sus dientes, las suaves palabras apenas escuchadas jugando con sus sentidos.

Haciendo su respiración acelerarse, sus palmas escocer y al hoyo de su vientre dar vuelta.

En los corazones de los tontos y los hombres

El amor llegará deshecho otra vez.

Él estaba aquí. Del otro lado de su puerta, cantando sobre el amor, arrepentimientos y errores. Cantando sobre ellos.

Oh, Señor. ¿Realmente quería abrir la puerta?

Por supuesto que sí.

Él dejó de tocar al segundo que ella lo hizo. Estaba parado mirándola a través del ingenioso lío de su cabello negro, su mandíbula oscurecida con una sombra bien definida de barba, su cuerpo alto y delgado vestido en negro, su guitarra, la que su madre le había regalado por su décimo octavo cumpleaños, colgaba de su hombro con una amplia banda, la misma banda que Lauren le había dado como presente el mismo día. El epitome de una estrella rock.

Ella lo miraba. Lo comió con sus ojos. Y supo, allí y entonces, que ella nunca podría ser lo que él necesitaba. Él era la canción y ella era una más en la lista.

Él era un regalo para el mundo. Ella estaba al servicio de la escuela.

Abrió sus labios, lista para decírselo, aceptando la verdad tanto como odiaba que así fuera. Ella lo amaba, Señor, ella lo amaba. Y porque lo amaba no podía estar con él.

Él era la música y ella era una pueblerina y ese era el modo en que siempre sería.

Ella abrió sus labios y él dio un paso a través del umbral y la besó.



Sus labios hicieron el amor con los de ella. No había otra manera de describir el beso. No era feroz ni dominante. No era urgente o hambriento o desesperado. Era amor. Era pasión en estado puro. Él la besó, sólo sus labios la tocaban. Sólo sus labios. El aire frío de la noche de fuera se arremolinaba alrededor de sus tobillos, sus piernas, pero ella ardía de todos modos, el beso de Nick la ponía en llamas. Un beso diferente a cualquiera que jamás le había dado antes.

Él la besó y cuando ella volvió a entrar en su casa, él se movió con ella, sus labios aún haciéndole el amor a los de ella. Él la besó y cuando ella gimió en su boca, cerró la puerta tras de sí con su pie y la besó un poco más.

Él la besó, sólo la besó, hasta que su cabeza daba vueltas, las rodillas le temblaban y ella apenas podía pensar quién era.

Y en algún lugar entre la puerta principal y el salón de su casa, él detuvo el beso lo suficiente como para sacarse su guitarra, pero Lauren no supo cuándo. En algún lugar entre la puerta principal y el sofá, él detuvo su beso lo suficiente para sacarle la ropa, para sacarse su ropa. Lo suficiente para enterrar su cara entre sus muslos, para usar su lengua para llevarla a un orgasmo tan fuerte que sabía que todo el mundo lo había escuchado, y luego la estaba besando de nuevo. Luego sus labios le estaban haciendo el amor a los de ella de nuevo y la música y prestar servicio a la escuela eran lo más alejado de su mente.

Él se deslizó dentro de ella, su cuerpo moviéndose sobre el de ella mientras yacía tumbada en el sofá, su beso adoraba su boca y su longitud se incrustaba profundamente en su calor. Él se deslizó dentro de ella, se movió dentro de ella, y no había palabras. No había palabras, ni música, ni nada, excepto el ritmo de sus corazones latiendo, los gemidos de su placer, el sonido de sus relaciones sexuales. Era la canción más bella, más inolvidable que Lauren había oído.

Y era suficiente. Era todo lo que necesitaba. Por el momento, era todo lo que necesitaba.

Ellos llegaron al clímax juntos, en silencio. Nick arrancó sus labios de los de ella, mirándola a los ojos mientras sus liberaciones se estremecían a través de ellos, sus aletas de la nariz se ensancharon y su frente brillaba de sudor. Ellos se corrieron juntos y antes de que su clímax la abandonara, él se retiró de su sexo y la llevó al clímax otra vez con la boca, la lengua y los dientes. Una y otra vez. Sin decir una palabra.



Él trajo un orgasmo tras otro en ella hasta que estaba duro de nuevo. Muy duro, y luego se metió nuevamente dentro de ella, llenándola, completándola, y comenzaron el exquisito y apasionado viaje a la liberación juntos de nuevo.

El tiempo dejó de existir. Todo lo que había para Lauren era Nick y el placer que le daba. Placer tan crudo y elemental, incluso si ella quería decirle que era su última noche, su último momento, las palabras le fallaron. En algún momento, se movieron a su habitación, pero ella no supo cuándo. Sólo cuando el beso suave de su edredón sobre su piel se lo dijo, se dio cuenta de dónde estaban. ¿Cuántos orgasmos después de la sala? Ella no lo sabía. No le importaba.

Hicieron el amor el uno al otro, una y otra vez, su placer los mantenía calientes, sus cuerpos eran entidades idénticas de deseo fundido que se alimentaban mutuamente. Hicieron el amor y se besaron y a veces simplemente se abrazaron, y eso era tan perfecto, poderoso y correcto como todo lo demás. Y, por último, cuando no había más fuerzas en sus cuerpos, Nick la colocó junto a la curva de su cuerpo, poniendo su brazo sobre su cintura, sus largos muslos presionando contra su parte posterior, y sus labios apretados en la parte posterior de su cabeza.

—Nick —comenzó ella. Tenía que decirle que esto era una despedida. Tenía que hacerlo. La destrozaba hacerlo, pero tenía que hacerlo.

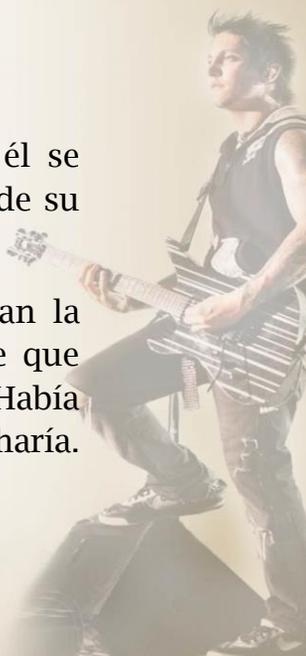
—Shh, cariño —murmuró él tirando de ella hacia su cuerpo—. Sin palabras esta noche, ¿de acuerdo? Ya habrá tiempo para las palabras mañana, pero no ahora. Deja que sea esto ahora. Sólo nosotros. ¿Por favor, Lauren?

La petición le provocó un nudo en la garganta. Cerró los ojos y acarició su brazo con su mano, encontrando sus dedos y enroscando los de ella con los de él.

—Solo esto —susurró incluso mientras su corazón dolía.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, unas horas más tarde, él se había ido, había una pequeña nota a la izquierda en la almohada donde su cabeza había estado. *Tengo que prepararme para una presentación. N.*

Se quedó mirando la nota, a las seis simples palabras que hablaban la verdad más fuerte que cualquiera de ellos había pronunciado desde que Nick había vuelto a Murriundah. Reprimió un sollozo ahogado. Había elegido su música por encima de ella, como sabía que finalmente lo haría.



Como sabía que debería. Maldita sea, ¿por qué estaba tan triste? Esto era lo que quería, ¿no? Esto era lo que ella sabía que tenía que ser.

Pero no era así. En algún momento durante la noche, en algún lugar entre el primer momento en que lo había oído cantando en el porche delantero y el último momento en que había oído susurrar su nombre, ella se había permitido creer que su fantasía podría hacerse realidad.

Porque era una idiota.

Saliendo de la cama, corrió a la ducha. Las tuberías gimieron en protesta por el frío estrangulándolas, negándose a darle algo más que una corriente tibia de agua.

—Bienvenida de nuevo a la realidad, Lauren. —Ella corrió desde su cuarto de baño, negándose a mirar su reloj mientras se vestía para la escuela. Sabía lo que le iba a decir, que llegaba tarde, pero no era eso lo que hacía que evitara mirar el dispositivo que decía la hora en su mesita de noche. Era el simple hecho de que no había manera de que pudiera mirar el reloj y no ver su cama. Su cama, las sábanas enmarañadas y la nota en la almohada donde la cabeza de Nick había estado.

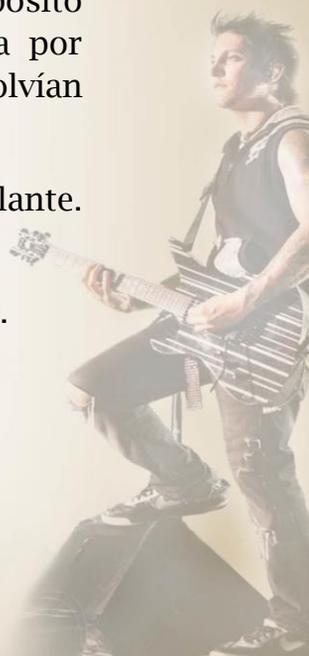
Ella dejó escapar un gruñido, empujó sus pies en un par de botas negras hasta la rodilla y salió corriendo de la habitación. Si tenía mucha suerte, los dioses de las mujeres idiotas entrarían en su casa mientras ella estaba en la escuela y se llevarían la cama, reemplazándola con una nueva, bonita, preferiblemente pequeña y que no olería a Nick.

Sus estudiantes estaban esperando cuando entró en su salón cinco minutos después de que sonara la campana de clase. Ellos la vieron entrar en el salón desde sus escritorios, en silencio, con los ojos muy abiertos, siguiéndola con la mirada cuando ella se acercó a su escritorio y depositó su bolso al lado de su silla. Una risita escapó de alguien, seguida por alguien más diciendo—: Cállate. —Lauren sintió que sus mejillas se volvían rojas.

Genial. Estaba avergonzada por un estudiante de jardín. Brillante. Condenadamente brillante.

Volviéndose hacia su clase, ella les dio a todos una gran sonrisa alegre.

—Buenos días, KR.



—Buenos días, señorita Robbins —respondieron a coro. Alguien se rió de nuevo.

—¿Me extrañaron? —preguntó ella encaramándose en el borde de su escritorio y echando a todos una lenta inspección antes de lanzar una expresión de cachorro herido—. ¿O es que tuvieron tanta diversión con la Sra. Affleck que no querían que vuelva?

—La echamos de menos, señorita Robbins —gritó Thomas Missen.

Ella sonrió, enternecida dejando salir un suspiro de alivio.

—Ah, eso es bueno. Yo también los extrañé. Ahora, ¿quién puede decirme qué vamos a...?

Una larga campana la cortó en seco, seguida de otra. La campana de la Asamblea Especial.

Lauren frunció el ceño, enderezándose en su escritorio.

—¿Qué está pasando? —preguntó a su clase mientras cruzaba el salón hacia la puerta. No había una asamblea especial prevista para hoy, no que ella supiera. Se dio la vuelta hacia el KR de nuevo, más que un poco sorprendida de encontrar a todos de pie en una agradable y ordenada fila detrás de ella, con sus rostros luchando contra amplias sonrisas intentando mantenerse serios.

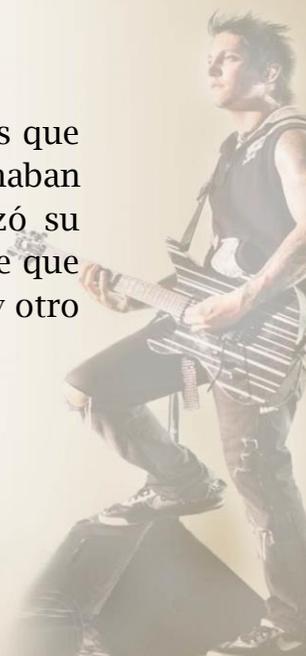
Arqueó las cejas, y luego se sobresaltó cuando un fuerte grito rompió la tranquila zona de juegos más allá de su puerta y la clase de 6to año del Sr. Kransky salió corriendo, a su manera atropellada, pasando su salón hacia la zona de asamblea.

Lauren se volvió hacia su clase y se encogió de hombros.

—Está bien —dijo—. Parece que algo raro está sucediendo.

Ella llevó a sus alumnos al otro lado de la puerta y por el pasillo, más que impresionada con lo rectos y controlados que estaban. Rara vez caminaban hasta la asamblea con tal aplomo determinado. Rachel Jones deslizó su mirada hacia Lauren, una burbujeante risa salió de sus labios antes de que Thomas Missen le diera un empujón con el codo, una mirada ceñuda y otro feroz: —*shhh*.

Lauren entornó los ojos. Algo estaba pasando. Algo...



La idea no terminó de formarse en la mente de Lauren. Se desvaneció para ser reemplazada por aturdida confusión. El área de asamblea estaba llena de gente. No sólo gente de la escuela, no sólo estudiantes y profesores, sino padres y miembros de la población de Murriundah también. De pie alrededor de los bordes de la zona mientras las otras clases marchaban a sus lugares asignados, charlando entre ellos, saludando a sus hijos, algunos tomando fotos.

Lauren frunció el ceño. ¿Qué demonios estaba pasando?

Ella apartó la atención de la vista inesperada, para ver de nuevo a su propia clase, y parpadeó.

Los KR no estaban sentados en las dos líneas rectas de color púrpura que indicaban su lugar para las asambleas. Los KR estaban organizándose en el escenario de la asamblea al frente de la escuela, de pie en filas ordenadas, los estudiantes más altos atrás, sus rostros ya no estaban serios, sino radiantes. Radiantes.

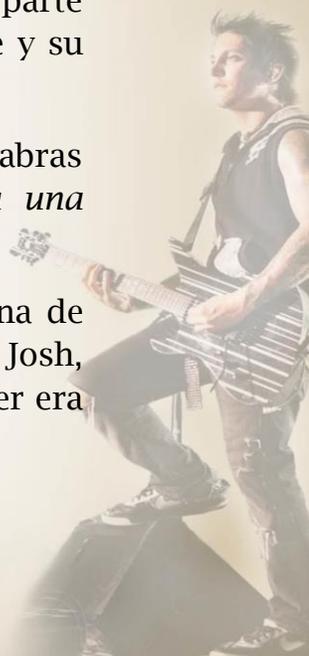
Todos la miraron, y con una rápida mirada a alguien que Lauren no pudo ver, Thomas Missen dio un paso adelante, con las mejillas cada vez de un rojo más brillante, y su columna más y más recta.

—Buenos días, profesores, estudiantes e invitados a la Escuela Pública de Murriundah —su voz joven se elevaba por encima del ruido de la multitud, temblando de nervios. Todo el mundo se quedó en silencio. Todo el mundo. Un evento que Lauren nunca, jamás había experimentado en sus doce años y medio de enseñanza—. Hoy, la clase de jardín de la señorita Robbins, quisiera presentarles una presentación musical especial a cargo de un invitado especial que una vez fue estudiante de nuestra escuela.

Los labios de Lauren comenzaron a sentir un hormiguelo. El pelo en la parte de atrás de su cuello se erizó. Su respiración se aceleró rápidamente y su estómago dio un vuelco.

La nota que Nick le había dejado en la almohada volvió a ella, seis palabras que pensaba que decían la verdad. *Tengo que prepararme para una presentación.*

Ella parpadeó, súbitamente consciente de que cada mirada en la zona de asamblea estaba en ella. Cada mirada, incluyendo la de Jennifer y Josh, quienes parecieron materializarse en la multitud, la sonrisa de Jennifer era diabólica, la de Josh, boba. Y muy, muy impresionante.



Ella parpadeó, su corazón golpeando más fuerte en su garganta.

Y luego Nick se acercó al escenario. Nick, vestido con pantalones vaqueros viejos, un jersey verde y dorado de la Unión Australiana de Rugby y una bufanda roja y azul de la escuela pública Murriundah.

Nick.

La boca de Lauren se secó.

Él encontró su mirada con la suya, le sonrió, le dio al público otra y luego se volvió hacia los KR y asintió a Thomas.

El niño casi se estremeció.

—Para la señorita Robbins —dijo en voz alta, un latido antes de que veintidós niños de seis años comenzaran a cantar *Susurros en la noche*, sus voces colectivas elevándose con una hermosa armonía infantil. Cantándole a Lauren las palabras que ella sabía estaban escritas para siempre en su alma.

Esta vida mía está vacía

Desde que me alejé

Tomando caminos que no he visto

Buscando caminos que he dejado atrás

Buscando una respuesta

Que siempre estuvo allí

Necesitando sentir algo

Más allá de este dolor.

Y quiero rogar pero no puedo encontrar las palabras

Y quiero llorar, pero no puedo encontrar las lágrimas

Y todo lo que queda es la sombra de tu corazón y el fantasma de tu sonrisa

Y los susurros en la noche.



La canción continuó, palabras de sueños rotos atormentados y anhelo de algo perdido hasta que la última línea se desvaneció. Hasta que las voces de los niños se hicieron más suaves, más suaves y terminaron de cantar.

Sus miradas se quedaron pegadas a la cara de Nick, sus expresiones eran muy serias y graves hasta que la última palabra los dejó a todos en nada más que un suspiro, y luego, los veintidós estudiantes la miraban a ella.

La miraban con alegría y esperanza tan inocente que quería llorar.

No, eso no era por lo que ella quería llorar. Quería llorar, porque Nick estaba de pie frente a su escuela, su clase, todo el mundo, mirándola desde el otro lado de la zona de asamblea, su sonrisa nerviosa, nerviosa maldita sea él. Quería llorar porque todo el mundo estaba aplaudiendo, animando y mirándola, y su clase estaba radiante y ella nunca se había sentido tan especial. Tan especial, amada y... y... maldita sea, tan de Nick.

Ella lo miró a través de las cabezas del cuerpo de estudiantes, con el corazón en la garganta.

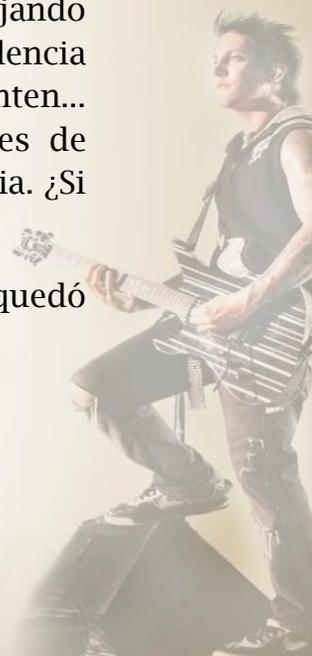
Oh Señor, ¿qué hacía ahora?

Sus labios se curvaron en una lenta sonrisa, un segundo antes de que se diera cuenta de que la zona de asamblea se había quedado en silencio de nuevo. Silencio. Como si estuvieran esperando.

Un silencio que se rompió de nuevo con la voz alta y clara de Thomas Missen.

—Como representante del Sr. Blackthorne quisiera aprovechar esta oportunidad para anunciar que se retira del canto profesional. —El público se quedó sin aliento, un murmullo conmocionado rodó sobre todos. Todos, excepto Nick y Thomas—. Y —continuó el niño esta vez más fuerte, fijando a la audiencia con una mirada severa—, él planea establecer su residencia en Murriundah donde escribirá palabras para que otros cantantes canten... —Thomas hizo una pausa, dándole a Nick un rápido vistazo antes de sonreírle a Lauren—, mientras pasará el resto del tiempo con su familia. ¿Si su familia lo acepta?

La boca de Lauren se abrió. No pudo evitarlo. Su boca se abrió y se quedó asombrada mirando a Nick. Realmente abrió la boca hacia él.



Él le sonrió, y luego se volvió y miró a su hijo, el hijo *de él*, de pie al lado de la zona de asamblea.

—Josh, no has cambiado de opinión acerca de dejar que me case con tu madre desde anoche, ¿verdad?

El corazón de Lauren se estrelló contra su garganta.

Josh le sonrió a Nick.

—Depende. No has cambiado de opinión acerca de darme clases de guitarra, ¿verdad?

Nick negó con la cabeza.

Lauren vio la media sonrisa de su hijo convertirse en una sonrisa tan auténtica de alegría que fue lo único que pudo hacer para no llorar.

—En ese caso, ve por ello, papá.

Era el turno de Nick para sonreír. Volvió la mirada hacia su cara, metió la mano en el bolsillo trasero de sus vaqueros y sacó una pequeña caja de terciopelo rojo.

Oh Dios. Oh Dios, esto está sucediendo. Esto realmente está sucediendo.

Él le sostuvo la mirada y levantó la tapa de la caja, revelando un anillo hecho de limpiador de tuberías verde brillante cubierto con una piedra plástica rosa que ella reconoció del fondo de la pecera de peces de colores de su clase.

—Pensé en dejarte elegir el tuyo —dijo y todos se rieron. Bueno, Lauren asumió que todos se reían. Para ser honestos, ella no estaba prestando atención. No cuando Nick se dirigía hacia ella. No cuando estaba serpenteando abriéndose camino a través de la masa de estudiantes entusiastas aplaudiendo y gritando—: ¡Vamos Nick! —y— Vamos señorita Robbins —y cantando—: ¡Beso, beso, beso!

No cuando estaba de pie frente a ella, con un anillo de limpiador de tuberías en sus dedos, la mirada en sus ojos, su aliento abanicando sus mejillas.

—¿Cásate conmigo, señorita Robbins? ¿Sé mi más uno para siempre?

Ella lo miró fijamente, con la boca abierta, y el pulso acelerado.



Oh Dios. ¿Debería decir que sí? ¿Debería?

¿Estás bromeando?

No, no lo estaba.

Ella tomó el anillo de sus dedos y lo deslizó en el de ella. Podrían hacer que funcione. Ellos *harían* que funcione. Porque sin Nick el ritmo de su vida no sólo estaba mal. Estaba incompleto. Entendía eso ahora. Él la hacía reír, la hacía sonreír. Hacía que su corazón y su alma, cantaran. Su Nick. Ya no el del mundo. Sólo... suyo.

—Me vuelves loca, Nick Blackthorne —susurró.

—Tú me vuelves loco, Lauren Robbins —susurró en respuesta un segundo antes de bajar sus labios a los de ella y besarla.

Justo cuando los estudiantes gritando, aplaudiendo y vitoreando le decían que lo hiciera.

FIN



Próximo Libro



MUSCLE FOR HIRE - HEART OF FAME #2

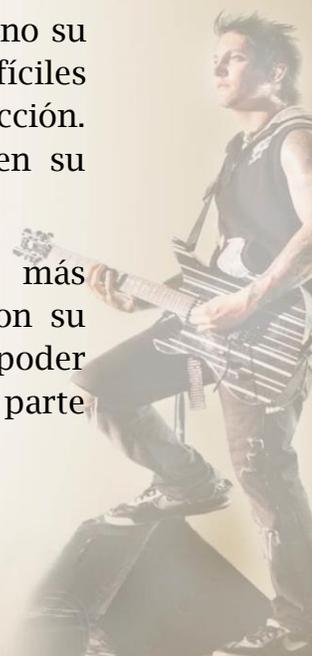
Protegerla no iba a ser fácil.

Después de dieciséis años como el guardaespaldas personal de la mayor estrella de rock del mundo, el ex-comando SAS Aslin Rhodes brilla en el papel de intimidante protector, rezumando amenaza mortal. Ahora que el cantante se ha retirado, Aslin toma un nuevo trabajo como asesor militar en un éxito de taquilla. Pero justo cuando se está poniendo cómodo en el mundo de Hollyraro, se enfrenta a un inamovible objeto inesperado. Una experta en artes marciales estadounidense no más alta que su mentón, que lo pone inmediatamente de culo.

El enfoque de Rowan Hemsworth es doble: mantener a su famoso hermano en la tierra, y nunca volver a ser una víctima indefensa. Ella está muy ocupada siendo la graciosa policía que mantiene a raya a la vividora comitiva de su hermano. Pero nada la preparó para la montaña del músculos británica que hace que sus rodillas se vuelvan inusualmente débiles.

Cuando una serie de accidentes en el set convence Aslin que Rowan -no su hermano- es el objetivo, las cosas se ponen condenadamente difíciles cuando intenta convencer a la obstinada mujer que necesita su protección. Y aceptar que le pertenece a él. En sus brazos, en su cama... y en su corazón.

Advertencia: Los tipos fuertes y silenciosos no vienen mucho más silenciosos y fuertes que Aslin Rhodes. Pero cuando él sí habla con su acento británico te volverá loca de deseo. Al igual que lo hará su poder amenazante y dominante. Y lo que puede hacerle a una mujer en la parte posterior de una motocicleta.



Biografía de la autora



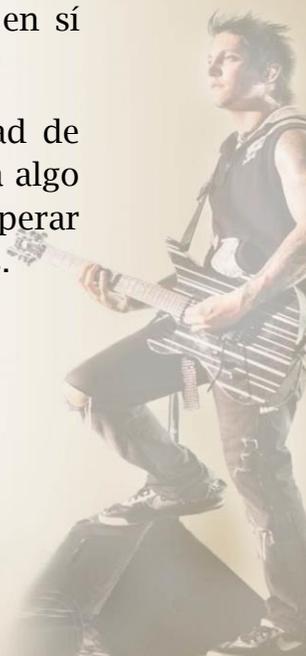
Lexxie Couper comenzó a escribir cuando tenía seis años y no ha parado desde entonces. No es una pervertida, pero sí tiene la imaginación de una pervertida y el deseo de entretener a los lectores con sus palabras. Sumen las dos cosas y obtendrán romances eróticos que pueden hacerles reír, llorar, temblar de miedo o temblar de deseo. A veces, todo a la vez.

Cuando no está sumergida en los mundos que crea, la vida de Lexxie gira en torno a su familia, un marido que cree que está loca, un gato de interiores que le gusta acechar a las sombras, y sus hijas, que tanto han capturado completamente su corazón como cambiado su vida para siempre.

Sin tener idea de la edad que realmente tiene, Lexxie se decidió por 27 y ha tenido esa edad desde hace bastante tiempo. Es la mejor de ambos mundos: la edad suficiente para actuar madura y lo suficientemente joven para ser tonta.

Y tonta puede ser. Pregúntenle a su marido, que con frecuencia tiene que soportar alguna explosión de canto siempre que esté de humor para hacerlo, manosearlo en público (uno de sus pasatiempos favoritos), o dar vueltas en la arena con su perro, un gran perro callejero de origen dudoso que provoca casi tanto estragos en todo el barrio como con Lexxie en sí misma. ¡O chillar al bajar por el tobogán en el parque local con su hija!

Lexxie vive con dos reglas simples: medir el éxito no por la cantidad de dinero que tiene, sino por la frecuencia con que ríe, y siempre prueba algo por lo menos una vez. Como consecuencia, ella se echó a reír para superar muchas cosas que para otros eran una aventura para levantar las cejas.



Simply Books te invita a apoyar
la lectura y comprar los
libros de tus autores favoritos

